

Libros del Asteroide 

Jamie Quatro
El sermón del fuego

Traducción de Regina López Muñoz



Jamie Quatro

El sermón del fuego

Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

El sermón del fuego

Uno

Dos

Tres

Agradecimientos

Colofón

Primera edición, 2019

Título original: *Fire Sermon*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza entre los personajes y personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Copyright © 2018 by Jamie Quatro

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Eduardo Torres

Fotografía de la autora: © Stephen Alvarez

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-82-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

*En memoria de mi abuela,
Naomi V. Utz*

Bhikkhus, todo está ardiendo.
¿Y qué es ese todo que está ardiendo?

Buda, *El sermón del fuego*

A Cartago llegué entonces

Ardiendo ardiendo ardiendo ardiendo

Oh Señor Tú me arrancas

Oh Señor Tú arrancas

ardiendo

T. S. Eliot, *La tierra baldía*

Uno

¿Volvemos andando?, preguntó James en la puerta del cine.

Chicago, abril de 2017. El aire fresco, el cielo despejado tras una tarde lluviosa. Nos habíamos salido de la película, una comedia mal escrita y peor interpretada, media hora después de que empezara. Ahora las aceras estaban desiertas. Unas lucecitas enhebradas entre las farolas de gas y los escaparates creaban un dosel reluciente por encima de nuestras cabezas. *Precioso*, había dicho él a nuestra llegada, poco antes, a esta zona de la ciudad que ninguno de los dos conocía. Yo todavía llevaba la ropa de la mañana: suéter blanco, falda lápiz, botines de ante con cremallera y tacón.

Voy a pedir un taxi, dije. Tu hotel me queda de camino.

Circulamos en silencio; en los semáforos, el asfalto húmedo emitía un brillo rojo y verde. Cuando nos detuvimos delante de su hotel, James se volvió para mirarme, colocándose bien las gafas. Bueno, dijo. Mándame un mensaje cuando llegues. Se inclinó y rozó mi mejilla con sus labios, pero cuando el botones abrió la portezuela no se bajó. Se quedó quieto, mirando al frente, frotándose el muslo con una mano, arriba y abajo, arriba y abajo.

Cuarenta y cinco los dos, nacidos el mismo año, con cuatro meses de diferencia; casados con nuestros respectivos cónyuges desde hacía veintitrés. Dos similitudes dentro de lo que había llegado a parecernos, a lo largo de los tres años que hacía que nos conociáramos, una acumulación cósmicamente predestinada: ambos nacidos y criados en el desértico suroeste, alérgicos a los frutos secos, estudiosos de la mística cristiana, la teoría cuántica y *Moby Dick*. Hijos del mismo género y edad —niña primero, niño después— y sendas abuelas de noventa y seis años que vivían aún con cierta autonomía. Al final fue este último hecho lo que me llevó a la perdición, la longevidad de nuestros respectivos genes.

La forma segura de enamorarte de alguien que no es tu pareja: imaginar la vida que llevaríais después de que vuestras respectivas parejas hayan muerto.

(Lo que quiero decir, cariño mío, es: cuando hice el amor contigo aquella noche, hice el amor con el glorioso anciano que sabía que serías.)

¿Traen alguna maleta?, dijo por fin el botones.

¿Estás en el Hyatt?, me preguntó James.

Sí.

Llévenos al Hyatt, pidió al conductor, y cerró la puerta del coche.

Pero esta historia empieza donde otras acaban: un chico y una chica enamorados, una boda, un fueron felices y comieron perdices.

Malibú, junio. Una novia y cuatro invitados en un acantilado herboso dominando el Pacífico. El cielo matinal está cubierto, típico de la costa, la luz tamizada ideal para las fotos. El vestido de la novia es de seda pura color marfil antiguo y al recortarse contra el océano pizarroso parece iluminado desde atrás. Escote corazón, manga casquillo, falda larga con cola que luego quedará recogida con un polisón. La novia acuna el ramo como si fuera un recién nacido, seis docenas de rosas en diversas fases de floración, rosa claro. Los padrinos, compañeros de fraternidad, ya han sido fotografiados. Esperan dentro de la capilla, donde en media hora empezará la ceremonia. Lucen esmoquin gris con corbatón y zapatos negros impecables. Tres, entre ellos el novio, llevan las mismas gafas redondas de concha.

Siguiendo la línea de costa, más abajo, en el club de campo de Pacific Palisades, los empleados del cáterin montan la tarta: cinco pisos con glaseado en forma de trenzado de cesta, y hiedra y rosas de verdad colgando de un lado. La novia ha escogido un sabor diferente para cada piso: crema, chocolate, especias, *red velvet*. La capa más alta —se guardará en el congelador de los novios para que la tomen el día de su primer aniversario, hasta que una noche en que están fuera, el hermano de la novia, colocado y ajeno a semejantes tradiciones, se la coma entera— es de chocolate blanco con relleno de crema de frambuesa. Los centros de mesa son peceras con hiedra y rosas, idénticas a las de la tarta, y ahora mismo se encuentran en el interior de una furgoneta refrigerada que circula por la autopista de la costa del Pacífico, al norte de Sunset. El conductor está en medio de un atasco provocado por la gente que va a la playa.

Pero hay tiempo de sobra.

El hermano de la novia, de quince años, tiene el cometido de decorar la limusina. *Recién casados*, escribe una y otra vez con pintura de jabón. ¿Cuántas veces es suficiente? Dibuja una campana, pero resulta que parece

un sombrero de copa y la borra. Se mete la mano en el bolsillo para palpar las alianzas. Hoy lo han presentado como un hombre por primera vez. *El hermano de Margaret, padrino del enlace.*

La hermana de la novia cursa el último año de instituto y está abrumada por su papel. Las demás damas de honor parecen saber de qué hablar, cómo moverse y comportarse. Ella se pregunta por qué su hermana no le ha pedido a cualquiera de ellas que sea la dama principal. Casi no conoce a su hermana. Cuando se fue de casa se pintaba los labios con brillantina rosa y se decoloraba el pelo, castaño rojizo al natural; ahora no se maquilla y se ha dejado el pelo oscuro. Habla de becas y sueldos y de mudarse a Princeton, donde en otoño empezará el posgrado. Su prometido —marido— trabajará en Manhattan.

Tendrás que venir a visitarnos, le dijo su hermana. Son viviendas para estudiantes, unos antiguos barracones del ejército reacondicionados y sin grandes lujos, pero tendremos una habitación de sobra.

La madre de la novia tiene cuarenta y cuatro años, el padre, cuarenta y seis; los dos parecen lo bastante jóvenes como para ser los novios. Deleite, orgullo, lágrimas. Su primogénita, graduada *summa cum laude* en tres años, se casa con el primer chico con el que salió en serio. ¡Tan madura para su edad, tan dueña de sí misma! Y ahora, la beca extraordinaria. Será una de las doctoras más jóvenes del país cuando acabe. Experta en algo llamado teoría poscolonial.

¿Y qué va a hacer el marido?, preguntan los invitados.

Trabajar en la ciudad, explican los padres. En una consultoría, una empresa de servicios financieros.

Dentro de la capilla se congregan los invitados al enlace. Frufrú de programas, conversaciones susurradas, el órgano toca a Haendel y a Mozart, *sotto voce*. Los acomodadores —también compañeros de fraternidad— guían por el pasillo a las tres abuelas viudas (dos por parte de la novia, una por la del novio) y a continuación a las madres. La madre del novio usa bastón, y el padrastro va algunos pasos por detrás. Los padres del novio se divorciaron cuando él tenía tres años, y el padre no ha sido invitado a la boda. El novio es hijo único. Huérfano a todos los efectos, le ha dicho a la novia durante años.

Hoy ganará una familia: suegro abogado, suegra directora de escuela secundaria. Dos hermanos, dos abuelas sanas.

Sabe escuchar, le dijo la novia a sus padres. Si vierais cómo se desenvuelve con niños. Si vierais cómo toca la guitarra.

No creas que no me doy cuenta de que con este trato salgo yo ganando, le había dicho él a la novia el día en que se comprometieron.

Yo te gano a ti, respondió ella.

El novio es agnóstico, pero a ella no le importa, en la práctica es mejor cristiano que la mayoría de creyentes que ella conoce; a decir verdad, es una persona —no se le ocurre un adjetivo mejor— *maleable*. Modifica su conducta para satisfacer las necesidades de otros. Su voz adquiere una nota de ternura cuando habla con su madre por teléfono, como si estuviera arropándola para dormir. Su pelo abundante, la forma en que sus labios se separan y la lengua presiona los dientes de abajo antes de hablar... es tan considerado.

Thomas sabe manejar a Margaret, ha dicho la madre de ella a amigos íntimos, a unos pocos parientes. Respeta nuestras creencias. Y sabe encajar... en fin, el temperamento algo voluble de nuestra hija. Cuando Maggie se propone algo no ceja, y cuando lo consigue deja de interesarle. Estuvo un año dándome la vara para que le comprara aquel collar de oro repujado... total, para ponérselo dos veces y luego regalarlo.

Los padrinos están alineados, el pastor de frente en el centro. Las damas de honor entran demasiado rápido, pero la niña de las flores —la hija de tres años del primo de la novia— se toma su tiempo. Va cogiendo pétalos de la cesta, uno por uno, y se acuclilla para depositarlos en la barandilla forrada en tela, como si fueran pegatinas. Nadie le mete prisa, es una preciosidad, saltan flashes de cámaras. Por fin la pausa, el murmullo que se apaga. El silencio se hace incómodo hasta que la madre del novio agarra el bastón y se yergue. Atruenan las notas del órgano y, con gran crujido y bisbiseo, los invitados se levantan y se giran. Solo entonces se percata la madre de la novia de que se le ha olvidado ser la primera en ponerse de pie, lo único que se le había pedido para ese día.

Cuando aparece la novia, el novio se tambalea. Alarga una mano para agarrarse al padrino principal, que no se da cuenta. (Está pensando en las

alianzas: ¿es la novia la que pone el anillo primero? ¿O al revés?) El padre sonríe a los asistentes, mira a derecha e izquierda, unos dientes blanquísimos destacan contra su piel lisa y muy bronceada junto al rostro de la novia, borroso tras un velo irisado. ¿Quién entrega a esta mujer? Con la ensayada voz que reserva para los juzgados, el padre pronuncia un ensayado discurso: *Es este un momento de inmenso honor y orgullo en la vida de cualquier padre, pero es un momento de honor y orgullo muy especial para mí y para mi esposa dar hoy en matrimonio a nuestra primogénita ante nuestro Señor y ante tantos testigos.* Levanta el velo y estampa un beso en una mejilla brillante. La novia se vuelve y le ofrece el ramo a su hermana, que hasta ese momento no sabía que sostener las flores durante toda la ceremonia sería responsabilidad suya. No sabe qué hacer con su propio ramo. Junta los dos y los aprieta contra su pecho.

Una homilía breve, los tradicionales votos, el intercambio de alianzas (el hermano las saca de su bolsillo, siente hambre inmediatamente, un hambre voraz, de hecho, se pregunta si en el convite habrá carne de verdad o solo pollo), encender la vela de la unidad, dos llamas que se convierten en una. Sed una sola carne. El novio sorprende a la novia y le canta con un ukelele que le pasa un padrino. Risas, lágrimas, el beso —corto— y el órgano descarga el himno de fin de oficio. La pareja sale, cogida del brazo, saludando a los invitados.

Pero la novia ha olvidado el ramo. La hermana tiene que recorrer el pasillo con él. Al salir de la capilla descubre que se han llevado a los novios para sacarles fotos. Deja el ramo debajo de un escaño de piedra para que esté a buen recaudo, pero en medio del torbellino de abrazos, besos, fotografías y desconcertantes distribuciones en limusinas, las flores se quedan atrás. Una hora después de arrancado el convite, la novia cae en la cuenta del despiste. Le pide a una amiga que vuelva y eche un vistazo, pero para cuando esta llega a la capilla el ramo ya ha desaparecido.

Dentro de los tallos sin espinas de las rosas había un pañuelo de lino de la abuela paterna de la novia, del color de un huevo de petirrojo —algo viejo, algo prestado y algo azul—, con unas iniciales bordadas a mano en hilo blanco: DTH.

¿De quién son esas iniciales, abuelita?, había preguntado ella.

Bah, de un viejo conocido, dijo la abuela.

Veinticinco años más tarde, cuando la abuela muere de una insuficiencia cardiaca congestiva (tres meses con una bombona de oxígeno, «Cómo duele», sus últimas palabras), la nieta de cuarenta y seis años recibirá un sobre acolchado por correo. Dentro habrá once pañuelos, todos idénticos al que ella perdió el día de su boda, y una carta escrita con la letra cursiva y vacilante de su abuela.

13 de junio de 1993

Mags, tesoro mío:

Acabo de volver de tu boda. ¡Qué maravilla de ceremonia! Y Thomas... lo adoro. Todos lo adoramos. Será un marido estupendo. Tu madre me ha dicho que has perdido el pañuelo. No te apures. Como ves, tengo más. Se llamaba Donald Trent Harper. Lo conocí el verano que pasé en la casa del lago de Ruth. ¿Te acuerdas de la tía Ruth, la de Michigan? Esa que siempre llevaba cordones de gafas con pedrería. Don era entrenador de caballos. Tenía veintisiete años, diez años más que yo. Ese verano nos enamoramos y decidimos casarnos. Cuando volví a Cleveland tuvimos una discusión telefónica. Por una tontería, ya ni me acuerdo. Pero yo me porté muy mal. Lo insulté y le colgué. El orgullo me impedía llamarlo y pedirle perdón; yo quería que diera él el primer paso. Esperé un año, pero no llamó. Me casé con el abuelo Jack para hacerle daño a Don, y Jack murió muy joven, pero yo no volví a casarme. Y no porque no pudiera querer a nadie como quise a Jack, que es lo que siempre le he dicho a tu padre, sino porque esperaba que Donald y yo volviéramos a encontrarnos algún día. Naturalmente, eso no sucedió.

En fin, tesoro mío, ahora ya lo sabes. Bordé un pañuelo al mes durante el año que estuve esperando que sonara el teléfono. Me gustaría mucho que te los quedaras tú. Quizá te sirvan para recordar que debes ser siempre la primera en llamar.

Te quiere,

tu abuelita

P. D. Confío en que no le contarás nada de esto a tu padre. No tiene nada de malo que crea que solo quise a tu abuelo. Porque, a mi manera, lo quise.

Cósmicamente predestinado. Es ridículo cómo los amantes refuerzan la pasión con simbología, armando un pasado común que parece, incluso al cabo de escasas horas, inmemorial. Entonemos la letanía de los sucesos acontecidos antes del instante en que nos conocimos. El Antiguo Testamento del amor. Recurren a él con frecuencia: te acuerdas de esto, te acuerdas de aquello. Israelitas en el desierto, contándose historias muy muy antiguas.

Qué ridículos éramos, me digo ahora, con la esperanza de que algún día suene veraz.

James me vio primero, cuando nos conocimos en persona. Julio de 2014, el congreso de Nashville. Llevábamos casi un año escribiéndonos. Yo llevaba una blusa de cuello redondo, falda larga, chanclas. El pelo recogido, sin maquillaje. En la sala de recepción había una mesa con fruta y bollería, café y té con azúcar. Lo oí decir mi nombre desde el otro extremo de la sala. *Maggie*. Ahí está, pensé. Aquí estás, en mi estado natal. Él llevaba camisa azul marino, chinos cortos, mocasines sin calcetines. Mi calzado de los viajes, dijo más tarde, cuando se los quitó.

Tropecé con la pata de la mesa al ir a su encuentro. Él me esperó sin moverse, con una mano en la cintura, sujetando con la otra una carpeta que contenía su agenda. Me dio la sensación de que quería ver cómo me acercaba, estudiar mi forma de moverme; imaginé que creía que cualquier movimiento por su parte atenuaría el placer de observarme. Yo llegaría a reconocer esa expresión en su rostro: diversión en la superficie, admiración subyacente. Una suerte de relajación, algo ya entendido. «Estamos hechos el uno para el otro.»

Le estreché la mano. Tatuada en la muñeca: la palabra *vista*. Más tarde, durante el almuerzo, me fijé en la otra muñeca: *visión*.

Te he estado buscando por todas partes, me dijo. Tenía los dientes de abajo torcidos, resultaba agradable.

Andaba por aquí, respondí. Me alegro de conocerte en persona, por fin. Igualmente. Aunque es un poco surrealista. ¿Vienes a mi charla?

Pues claro. Cómo me la iba a perder.

¿Y luego?

Tengo toda la tarde libre, dije. ¿Qué tienes tú en la agenda?

Mi agenda eres tú, dijo.

Los padres de la novia han contratado a un camarógrafo profesional para que grabe la ceremonia. Dos ángulos de cámara dentro de la capilla, para captar tanto la cara de la novia como la del novio. Si tú, persona ajena, vieras el vídeo, observarías a un joven de pelo negro, ancho de espaldas, veinticuatro años, con la tez un poco verdosa, casi paralizado de gratitud y anhelo; verías a una chica de apenas veintiún años, de pelo largo y castaño, ansiosa por interpretar su papel. Verías cómo se miran, al tiempo que cambia el ángulo de cámara: la novia reprime las lágrimas y lanza ojeadas a la cara del novio y al público; el novio agacha la cabeza y asiente durante la homilía.

Verías lo que vieron todos los presentes: un chico y una chica enamorados.

Lo que no verías es un día tres años atrás, en el asiento trasero del coche de Thomas, cuando Maggie estaba en primero. La mano de él empujando con fuerza el cogote de ella para que su boca baje más, tan adentro que a ella se le cierra la garganta y se le empañan los ojos, mientras intenta sofocar el ruido de las arcadas: no quiere que él se sienta mal por el daño que le está haciendo, Thomas no puede enterarse de que le duele lo que le está haciendo, porque solo se está dejando llevar por una necesidad, por haber sido abandonado por su madre. No puede evitarlo, se dice para sus adentros.

Tampoco los habrías visto dos noches antes de la escena del coche, solos en la habitación de la residencia de Thomas, cuando él le habló de su infancia en Filadelfia, de la drogadicción de su padre y de cómo su madre se largó definitivamente cuando él tenía diez años, y de cómo al darse cuenta del lío en que su padre estaba metido fue a Pittsburgh a buscarla para preguntarle si podía vivir con ella. *Mi padre me pedía dinero; ojo, yo estaba en sexto, y él me pedía que sableara a mis amigos. Le robé el efectivo que tenía y la tarjeta y me metí en un autobús. Mi madre me hizo volver. Ella sabía en lo que andaba mi padre y aun así me hizo volver*, le contó, subiéndole una mano por la camisa y luego colándola por debajo de los pantalones. Ella lo dejó hacer, era una manera de ofrecerle consuelo, y de todos modos su cuerpo respondía

bien a un contacto que en el instituto no toleraba; y ahora está boca arriba sobre el colchón, él le ha quitado la camisa y los pantalones y, con un dedo, le ha apartado las bragas y se cuela debajo, *No te preocupes, solo te voy a acariciar por fuera, puedo hacer que te corras así, y luego acabaré por mi cuenta*, pero contra su propia voluntad, ella lo agarra, lo atrae con fuerza hacia sí. *¿Seguro?*, pregunta él. *Por favor*, responde ella, casi llorando, *por favor*, se oye decir esas dos palabras, aunque sabe que no son las que debería decir, que no son las palabras que su mejor yo pronunciaría —no conoce a Thomas, no sabe si es la persona adecuada para ese momento—, pero ahora mismo le importa un bledo su mejor yo. Él embiste, fuerte. Dos, tres veces. Cierta dolor por debajo del placer, pero el placer pesa más, se corre al tercer embate, se corre otra vez antes de que él salga y se deje caer sobre su vientre.

Un calor húmedo entre el ombligo de él y el de ella. Él le ofrece pañuelos. Ella se limpia la tripa y se pasa un pañuelo limpio entre los muslos, intentando no hacer un mohín de dolor.

Lo siento, dice Thomas. Te he obligado a ir demasiado lejos.

No, responde ella. Yo quería.

Ella vuelve a su cuarto, su compañera duerme, se mete en el baño y se lava con agua y jabón. Se pone el pijama, se arrodilla sobre el basto tapete azul que hay junto a su cama y confiesa ante un Dios que ya ha visto lo que ha hecho (¿y acaso puedes tú, que estás leyendo esto, disculpar ese arrepentimiento autocomplaciente, casi risible, que ella se reprenda por algo que es normal, y esperable? Pero recuerda: tiene apenas dieciocho años, su primer beso tuvo lugar hace tan solo un año) que ha pecado. Que ha fornicado. Que ha mantenido relaciones sexuales antes del matrimonio. Algo que juró no hacer jamás.

Ridículo, pensará ella, muchos años después de casarse. Disparatado, el listón que yo misma me puse.

Junto a su cama de la residencia, con el borde afilado de un trozo de cristalina que ha encontrado esa mañana en la playa, se hace una muesca diminuta en el antebrazo, saborea su sangre a oscuras, y le dice a Dios —pronunciando las palabras dentro de su cabeza— que se casará con Thomas. Promete que lo cumplirá, pase lo que pase.

Comeré del fruto de mi camino, reza. Este hombre será mi esposo. Así honraré tu voluntad.

Pero que sea un buen esposo, reza.

Mi agenda eres tú: el día en que la luz cambió, el aire se tornó líquido. Después de comer dimos un largo paseo por el campus de la Universidad de Vanderbilt, donde James se alojaba. Impartía un taller al día siguiente. Residencia, capilla, comedor, roble bicentenario... cada cosa ubicada en su lugar preciso para nosotros, para el momento en que llegáramos y las viéramos. Un universo de formas hincando la rodilla. En alguna parte una campana dio la hora. Hacía calor al aire libre. James no paraba de enjugarse el cuello con un pañuelo, que volvía a doblar formando un triángulo perfecto y se guardaba en el bolsillo del pecho.

Él: Desarrollé la alergia con doce años, estaba solo en casa y la garganta empezó a inflamarse y cerrarse. El hospital estaba a ocho manzanas de distancia. Gracias a Dios mi padre ya me había enseñado a conducir. Los minutos que duró el trayecto en coche fueron un subidón. La emoción de conducir con tráfico, la falta de oxígeno... saber que podía morir de dos maneras distintas antes de llegar al hospital. Desde entonces he estado persiguiendo esa misma sensación.

Ella: En un principio, iba a hacer la tesina sobre las reinterpretaciones poscoloniales de la historia del Génesis, pero había empezado a escribir a escondidas —cuentos, poemas—, y no me vi capaz. Cuanto más profundizaba en las teorías, más flojas me parecían. Y luego, como bien sabes, me quedé embarazada de Kate. Ella me salvó de emprender la senda de la literatura comparada. Más tarde empecé a interesarme por la visión helenística de la historia frente a la cristiana, lo cíclico frente a lo lineal, y las perspectivas escatológicas del Nuevo Testamento frente al Antiguo. Y de ahí vino todo.

Él: Les leía de todo cuando eran pequeños. Dickens, Milton, Shakespeare. Moby Dick entero. Caroline tendría ocho años, pero se bebía las palabras.

Ella: Yo se lo leí a Tommy cuando tenía nueve años. Leer Moby Dick de niño es un desperdicio. No por el lenguaje, claro. Pero Ahab, el horror y el

asco que provoca... para darte cuenta de que Melville está metiendo el dedo en la llaga tienes que ser adulto.

Él: Pero ¿en qué llaga? ¿Todos tenemos una ballena blanca que perseguir? ¿O que la persecución misma nos transformará en monstruos salvo que la abandonemos?

Ella: Las dos cosas, supongo.

La fiesta en el campus esa noche: James en el porche principal hablando con un miembro del profesorado. Yo estaba sentada en los escalones. Cuando cogí la mochila y me puse de pie con intención de marcharme, vi que él retrocedía y le estrechaba la mano al catedrático. La conjetura: Nos iríamos juntos. Lo haríamos todo juntos, cada vez que estuviéramos juntos.

Sabía que congeniaríamos, me dijo en cuanto nos quedamos solos. Lo supe cuando leía tus cartas. Las tengo todas guardadas. Y tu libro también. Asombroso. ¿Me decías que escribes poemas?

Algo así, sí. En secreto.

Caminamos en dirección al edificio donde él se alojaba, en la dirección contraria a la de mi coche. A medio camino me detuve.

Yo tendría que irme ya a casa, dije. ¿Quieres que quedemos para desayunar?

Claro que sí, contestó. (Y allí estaba él, en la puerta del comedor, viendo cómo me acercaba, con esa mezcla de diversión/admiración/placer en el semblante.) Le di un abrazo, pero por culpa de la mochila él no pudo corresponder el gesto. Me estrujó los hombros a cambio.

Tendrás que mandarme un poema, dijo.

Me moriría de vergüenza.

Uno solo. Quiero que me lo prometas.

No tengo ninguno terminado.

No voy a dejar que te vayas hasta que me digas: James, te prometo que te mandaré un poema.

Te prometo que te mandaré un poema.

Así me gusta. Hasta mañana.

Cada paso un suave hundimiento en la tierra, volver al coche, combatir la necesidad de dar media vuelta. *Luchad en cuerpo y alma*, dijo una vez un pastor durante un sermón sobre la tentación. *Participad en la batalla como si*

os fuera la vida en ello. Yo había luchado en el pasado, pero no se parecía a esto, no se parecía a la batalla que llegaría a ser casi tres años después, tras la sesión de cine abortada en Chicago. *Llévenos al Hyatt;* su mano ahora sobre el asiento que nos separa, tocando mi muslo con las yemas de los dedos.

Thomas es, en realidad, un buen esposo. Trabaja a destajo para que ella pueda dedicarse plenamente al posgrado. A veces Maggie coge el tren y pasan el fin de semana en la ciudad. Se quedan en el Mansfield del Midtown, o en el Washington Square Hotel si están en el Village, donde Bob Dylan vivió con Joan Báez. Una amiga les regala entradas para ver el *Hamlet* de Ralph Fiennes y Tara Fitzgerald, fila seis del patio de butacas.

Cocina para ella, el desayuno, la cena. No le gustan los gatos, pero cuando ella se presenta con una cría de pelo largo, negra y gris, Thomas la acaricia y dice que no le importa que haya un arenero en el plato de ducha. La acompaña a la iglesia, incluso reza con ella si se lo pide. Lee borradores de sus trabajos, pone lavadoras mientras ella escribe artículos. Le sujeta el pelo cuando empieza a vomitar por las mañanas, apoya su decisión de abandonar el programa de doctorado y llora cuando, después de dieciocho horas de parto y una extracción con ventosa, llega al mundo su hija. Sin epidural, episiotomía para que quepa la cabeza, un dolor más allá del dolor, que provoca que ella abandone su cuerpo, no levitando hacia fuera, sino sumiéndose en sus abismos, como si ya no estuviese anclada a él. *Sé que duele a rabiar, duele a rabiar, duele a rabiar*, la voz del médico repite las palabras que ella no puede pronunciar mientras extraen al bebé y ella se aleja del médico y los enfermeros, se aleja de Thomas, y desciende a través de una oscuridad interior hacia un diminuto armario con las dimensiones de una célula. En este espacio tengo que hacer mi madriguera, piensa, si no, moriré.

La succión deja un bulbo redondo en la coronilla del bebé. Nuestro tesoro bicéfalo, dice Thomas, observando a la enfermera que le enseña a fajarlo.

Dos años más tarde le practican una cesárea de urgencia para su hijo. Thomas no puede entrar en quirófano hasta que no le hayan puesto la anestesia intradural. Un residente introduce mal la aguja. Necesito a mi marido, dice Maggie antes de perder la consciencia. Cuando despierta, los ojos del residente están a escasos centímetros de los suyos. Has tenido una

bajada de tensión, pero ya pasó. Colocan un biombo entre su cabeza y la mitad inferior de su cuerpo. Entra Thomas, desinfectado y de azul de la cabeza a los pies, lo único que se le ve son los ojos. Ella desconoce la mecánica del proceso; nota una presión y tirones y se imagina a su padre en el lago, introduciendo el brazo bajo la oscura superficie del agua para meter en la red un pez que ha picado.

El bebé viene de nalgas, con cuatro vueltas de cordón. El cuerpo todo cubierto de sangre, nada que ver con el aspecto de su hija; el canal de parto y el líquido amniótico constituyen un primer baño natural. Este bebé está blanco debido a la sustancia protectora, como las cortezas duras de los quesos que ella corta y tira para acceder a las blandas partes internas. Un enfermero lo levanta por encima del biombo y ella besa una oreja ensangrentada, la parte de él más cercana a su boca. Es lo que recordará el resto de su vida cuando rememore el parto, esa oreja diminuta, reticulada, roja y blanca.

Mientras la suturan, Thomas le dice que es una mujer increíble. Heroica. La mujer más valiente del mundo.

No le permiten comer nada, demasiado gas dentro del cuerpo por la exposición al aire, lo nota en los hombros y en el cuello. Tiene que expulsarlo y luego la dejarán comer y le darán el alta. Pasan cuarenta y ocho horas. Ablandadores de heces, laxantes, supositorios, nada. Insoportable. Los pechos inflados y supurantes, el calostro cediendo a la presión de la primera leche. Puntos, grapas, tobillos hinchados, labios secos. Al tercer día se quita la bata hospitalaria y se pone unos pitillos y una camisola. No aguanto más, le dice a Thomas, me siento como un animal. Una enfermera le administra un enema y ella llora, más por la humillación y la expectativa del alivio que de dolor, y el momento llega sin avisar. Tiene que cambiarse de ropa. Vuelve a ponerse una bata y va a los nidos a dar el pecho al bebé.

Cuando vuelve oye un grifo en el baño y al abrir la puerta sorprende a Thomas arrodillado junto a la bañera, llevándose los pitillos a la nariz. Se le llena el cuello de manchas cuando la ve. Quería asegurarme de que los he limpiado bien, dice, no quería que tuvieras que preocuparte por esto cuando estemos en casa. Un momento sobre el que volverá a lo largo de los años, a la intensa vergüenza que sintió, pero no por haber manchado la ropa, sino

porque su marido pudiera quererla, y la quisiera, de esa manera. Aceptando la inmundicia que había en ella.

Diecinueve años más tarde, en el Hyatt de Chicago —justo después de que James y ella alcancen el clímax juntos por primera vez—, pensará en el hospital y al principio solo sentirá gratitud por el hecho de no habitar ya aquel cuerpo animal. Por haber salido airosa de los años de crianza con unas formas todavía deseables. Se meterá en el baño, cerrará por dentro, se arrodillará delante del retrete y vomitará. *Thomas limpiando mierda incrustada en sus pantalones. Thomas enjuagando la bañera para que no tuviera que hacerlo un enfermero.* Se cepillará los dientes y se lavará la cara y volverá a la habitación. Fóllame otra vez, le dirá a James, la única manera de apartar la imagen de su mente. Y él lo hará, la follará otra vez. La sujetará por los brazos y con la lengua trazará una línea a partir del cuello, deteniéndose para acceder al pozo profundo de su ombligo y repasar la fina cicatriz blanca por encima del vello revuelto.

Así que vienes a verme, otra vez, porque otra vez te has enamorado de un hombre que no es tu esposo. ¿Correcto?

Nada de otra vez. James ha sido el primero.

Permíteme recordarte que la última vez que viniste fue por aquel profesor que enseñaba a Santo Tomás. Me dijiste que creías que te estabas enamorando.

La última vez me equivocaba.

Permíteme recordarte que antes del profesor hubo un pastor; y antes del pastor, un amigo del máster de tu marido. Declaraste estar enamorada de cada uno de ellos.

Me equivoqué todas las veces.

¿Cómo sabes que esta vez no te equivocas?

Los demás fueron una preparación. Exponerse a algo inferior antes de la revelación del ideal. ¿Acaso no hizo Dios desfilar a los animales frente a Adán y le pidió que encontrara una compañera adecuada entre todos ellos?

Y ahora que has encontrado a Eva, ¿crees que dejarás de buscar?

Sí.

¿Y si de lo que estás enamorada es de la adquisición, y no de la persona? ¿Y si tu presunto amor por James, una vez agotado, empieza a disiparse y se traslada al siguiente de la lista?

No habrá un siguiente en la lista.

Eso ya lo dijiste con el profesor.

El profesor fue una avioneta. James es un puto 747.

Aun así, si quieres seguir casada, no deberías sentir el deseo de levantar los pies del suelo.

Lo sé.

Lo sé lo sé lo sé lo sé lo sé.

Mayo de 2017

Querido Dios:

¿Puedes perdonar a alguien por un acto del que no es capaz de arrepentirse? Yo sabía en el ascensor —sabía en el coche— lo que estaba a punto de pasar. No hice nada por evitarlo. De eso hace un mes, y solicitar tu perdón significaría ver esa noche como algo pecaminoso, pero para conservar su recuerdo no puedo permitirme verlo de ese modo. Y sin embargo es lo que me exiges. Que llame *balanzas* a mis recuerdos y los haga caer de mis ojos para ver el mal que hay detrás del placer, *usando* el placer para apartarme de ti. Y de Thomas, y de los niños. Pero lo he perdido, él está ahí fuera llevando su gloriosa vida mientras yo sigo aquí, en el silencio de no contarle, por eso te pido: ¿me dejas al menos el recuerdo, impenitente? Permíteme conservarlo, Dios. Permite que me quede con la mujer del ascensor, con el hombre a su lado, permite que me quede con lo que hicieron en la habitación 1602, permite que ocurra siempre (y oraré: que Cristo muera siempre por el dolor que provocó y provoca aún ese momento. ¿Y qué pasa con el placer? ¿Murió para eliminar también eso? Cómo voy a pedir perdón por sentir lo que mi cuerpo, de una forma natural...)

Querido James:

No me canso de intentar escribir mis oraciones a mano, en un diario, y acabo deseando estar escribiéndote a ti. Así sea. Estoy leyendo un libro sobre el color azul. Pasajes breves, poéticos, numerados. Leo unos cuantos cada mañana y pienso en ellos durante todo el día, y es como tener caramelos en la boca. La autora escribe sobre la renuncia, dice que cuando dejas algo — alcohol, droga, persona— queda un vacío dentro de ti que otra cosa se apresurará a llenar. El hueco con forma de Dios de San Agustín. Pero alguna gente, dice la autora, se percata de que ese vacío es Dios. Que un maestro zen describió una vez la iluminación como *Espacio a raudales y nada sagrado*.

Yo tengo ese espacio dentro de mí y Dios no está en él y el vacío tampoco. Lo que hay es la conversación que ya no podemos mantener desde lo que convinimos en Chicago.

Ayer leí una entrevista a un poeta, uno que me comentaste que conocías. Decía que de niño se encaramó al árbol que había al lado de su casa para coger manzanas. Estando en las ramas más altas miró hacia una ventana del piso de arriba y vio el interior de su dormitorio; desde aquel punto le pareció un cuarto nunca visto, y al instante desapareció el antojo de manzanas. Se le olvidaron por completo. Y hay un poema de Jack Gilbert (ya sé que no te parece un poeta de fiar, pero no puedo evitar que me encante) sobre entrar en un huerto a coger manzanas y salir con el aroma, la luz moteada y una sensación más amplia del paso del tiempo.

Los dos poetas insisten, a posteriori, en que no querían manzanas, en que las manzanas eran solo un señuelo hacia algo más. El primer poeta contaba que del mismo modo que iba buscando manzanas de niño fue buscando cuerpos de mujeres cuando fue algo mayor. Pero el deseo de mujeres también decayó, y lo que le quedaba —lo que comprendía que había estado persiguiendo todo el tiempo— era Dios. Dios lo tentaba a través de las manzanas, a través de las mujeres, a través del sexo. Cuando se hubo percatado de que era Dios, decía el poeta, empezó a comprender que Dios también era un cebo.

Pero no llegaba a contar qué era aquello que había más allá de Dios, hacia qué lo atraía Dios. Sospecho que todo es un bumerán: el sexo, un señuelo hacia Dios, Dios, un señuelo hacia el sexo otra vez, y así hasta el infinito.

Qué ganas de arrancar estas hojas y mandártelas. O de llamarte por teléfono y hablar, como antes.

Durante el segundo año en Princeton, Thomas y Maggie dejan la vivienda para estudiantes casados y aceptan un trabajo como supervisores en la residencia de un famoso coro de voces infantiles. Solo trabajan por la noche y los fines de semana, a cambio de alojamiento y manutención. Todas las mañanas, Maggie lleva a Thomas en coche hasta el cercano, que él toma para llegar a Princeton Junction, y de ahí a Penn Station. Ella asiste a los seminarios de doctorado por las mañanas, da clases de lengua en el colegio de los chicos por las tardes.

Su apartamento está en el edificio principal, en las antiguas dependencias de servicio. Una hilera de ventanas en su dormitorio da al porche trasero, ahora cubierto, que hace las veces de guardarropa, el sitio donde los chavales sueltan las mochilas. Los fines de semana no pueden dormir hasta tarde, los chicos llegan con las luces del alba, Buenos días, señorita, Buenos días, señor, podemos jugar al baloncesto, podemos ir al pueblo, puedo abrir mi cajón de las chuches. Todos los días, todo el día, cantando: coro general, coro A, coro B, ensayos de residentes. Cuando Maggie vuelve del campus o de correr y avanza a pie por el último tramo del camino de acceso a la mansión —de ladrillo, simétrica, con buhardillas y columnas—, las notas agudas y nítidas escapan por las ventanas abiertas y se prenden de las ramas de los árboles que rodean la finca, más de siete hectáreas de terrenos diseñados por Frederick Law Olmsted, el famoso arquitecto paisajista.

Los niños dejan notas anónimas en su buzón, muestras de amor inocente. *Te quiero, señorita. Eres mi profe favorita. Me gusta tu pelo.* Maggie tiene veintitrés, veinticuatro, en su presencia pueden empezar a imaginar a los hombres que llegarán a ser. Los más atrevidos esperan por las mañanas en la puerta que da al vestíbulo principal de la mansión. Qué bien huele usted hoy, señorita, le dicen cuando aparece. Huele a fruta.

¿Qué es ese elemento invisible que hace que hombres y niños quieran estar cerca de ella? ¿Qué es eso que Thomas denomina torpemente

«descorchamiento»? Eres como una botella de buen vino recién abierta, dice Thomas. Maggie posee, le dice una amiga, una blandura exterior: no hay caparazón protector, confía en todo el mundo, todo el mundo le resulta interesante, es sincera hasta decir basta. Educada en el amor, el dinero y la certeza del favor de Dios; el dinero como indicio del favor de Dios, una idea tan artera que no la reconocerá hasta bien entrados los cuarenta. Nunca ha sido abandonada, ni traicionada, no ha visto morir a nadie. Todo el entusiasmo y el deseo de su juventud quedaron fijados a tiempo mediante el matrimonio; el enlace selló el potencial para esas desilusiones que los demás absorbían: relaciones fallidas, novios infieles. El hecho de casarse tan pronto le aseguró que se mantendría deseable por espacio de muchos años. *Una mujer se vuelve más atractiva con la edad solo cuando está casada*, le dijo un día un profesor, *porque eso significa que posee algo que otro hombre ha deseado y desea aún. Son las solteras las que envejecen mal.*

Los más pequeños van a visitarla por las tardes. Quieren hablar de los padres y hermanos y amigos que dejaron en casa. A veces echan tanto de menos su hogar que lloran. Ella no debe tocarlos, pero lo hace, cree en el Gran Abrazo, percibe cómo la tensión abandona sus extremidades. Progenitor suplente, ¿acaso no debería formar parte de su labor?

Una tarde antes de las vacaciones de Navidad, un chico de sexto llamado Nathan llama a la puerta del apartamento. Entra en la cocina, arrastrando los pies y mirándolo todo, pelo rubio y suave sobre la frente, como un remolino de cobertura dulce. Abre las matrioshkas que hay en la encimera y va sacando las piezas —un Papá Noel gordo dentro de otro—, cada una con un objeto distinto en la mano. Campana, tarta, árbol en miniatura. Durante un buen rato no dice nada.

¿Cómo van los exámenes?, pregunta ella para romper el silencio.

Tengo que contarte una cosa, responde.

Se sienta en la alfombra, delante de los armaritos de la cocina, con las piernas cruzadas, como en el corro de la guardería. Ella hace lo mismo.

Los mayores, dice. A veces hacen una especie de... concurso.

La mira, angustiado, desesperado por que ella lo entienda.

Concurso, repite ella.

Para ver quién manda... eso... más lejos.

Ella está intentando averiguar. ¿Escupen tabaco? ¿Orinan desde los balcones?

Casi siempre lo hacen entre ellos, dice Nathan. Pero Hank lo hace encima de los más pequeños. Como para lucirse.

Se le quiebra la voz, y algo en la forma en que se toca el pelo, la suavidad de la piel de sus mejillas, la delicadeza con que abre y cierra los labios... la lleva a comprender.

Y Hank te lo ha hecho a ti, dice.

Yo se lo pedí, dice Nathan. Las palabras salen como un bramido. Se echa a llorar, sonoros sollozos. Ella se sienta a su vera y le pasa un brazo por los hombros. Él se reclina y apoya la cabeza en su pecho.

Cuando Thomas llega a casa los encuentra allí, sentados en el suelo.

Hola, dice Thomas. ¿Qué pasa?

Nathan se pone de pie.

Quiero irme a mi casa, dice.

Thomas es quien acompaña a Nathan al despacho del director, Thomas es quien lo lleva en coche al aeropuerto de Newark y se sienta con él junto a la puerta de embarque y le dice, una y otra vez: No pasa nada, tú no tienes culpa de nada, tus padres van a quererte pase lo que pase.

Años más tarde, su propio hijo, en sexto, besará a una chica en el club preadolescente durante un crucero, y Maggie se acordará de Nathan, de sus pestañas suaves y húmedas; de cuando aquella tarde puso una mano debajo de sus pechos, ahuecándola, como poniendo a prueba su propio sistema íntimo de reacción. Se acordará de que lo dejó hacer un momento y a continuación le apartó la mano, con delicadeza, con firmeza. A esas alturas estaría en la universidad. Puede que aquel contacto fuera un gesto de despedida hacia el hipotético mundo de las mujeres; puede que fuera un consuelo, sin más. De cualquier modo, no se arrepiente de haberlo permitido.

Mayo de 2017

Querido James:

Otra entrada en mi diario, otra carta que nunca te enviaré. Como rezar en el vacío. Dios de Dios, Luz de Luz, Vacío Verdadero de Vacío Verdadero; ¿te acuerdas del día que fuimos al museo? El primer día del congreso en Chicago, cuando todavía intentábamos fingir. Había una sala en la zona de arte contemporáneo donde proyectaban una película que se repetía, las siluetas de unas marionetas de papel. Al fondo, colgando de un árbol, se veía un hombre negro con una soga al cuello, el cuerpo meciéndose adelante y atrás; en primer plano, el abdomen desnudo de un hombre blanco con una erección. Una sucesión de mujeres negras se acercaban, se arrodillaban y se la metían en la boca. Una y otra vez movían las cabezas de papel arriba y abajo hasta que el hombre blanco las apartaba. Ninguna era lo bastante buena. Acababa terminando él solo mientras sonaba una especie de música militar eufórica, con banjos y trompetas.

Nos sentamos en un banco para verla, los dos únicos espectadores en toda la sala. Yo estaba paralizada, entre el horror de las imágenes y la exaltación de saber tu cuerpo a mi lado en la oscuridad. Viendo aquel acto físico en pantalla, me resultaba imposible no imaginarlo contigo. ¿Qué habrías hecho si yo me hubiera girado, como quise hacer, y te hubiera besado esa zona suave del cuello justo debajo de la oreja? ¿Y si hubiera posado mi mano en tu pecho para sentir los pectorales blandos bajo la camisa, el contraste con la definición de Thomas? (Otra fuente de excitación, la fusión de lo masculino y lo femenino en la forma de tu cuerpo.) ¿Percibiste la fina membrana que separaba mis pensamientos de mis acciones? Quizá sí, quizá por eso te levantaste repentinamente y te fuiste. En la galería de fuera estabas mirando la pared de espejos, y al salir te vi mirarme en el reflejo: el roce de tus ojos, de arriba abajo. Como si por fin te permitieras mirar algo más que mi cara porque en el reflejo yo estaba desgajada de la realidad. Los mismos

labios fruncidos y la misma inclinación hacia atrás de la cabeza, esa expresión complacida que no sé explicar. ¿Era solo placer estético, algo en mis formas, o en mi vestimenta, o en mis andares? ¿O era —como pensé entonces y sigo pensando ahora— posesión? *Todo lo que de ti logre retener mi retina, y electrificar, y mandar a través del nervio óptico a mi corteza visual, todo eso exactamente me pertenece.*

La mirada crucial. Creo que en ese momento supiste que me doblegaría. Percibiste ese elemento perversamente sumiso dentro de mí: quería el dolor infligido por tu mano, tuya y de nadie más. Al mirarme en el espejo lo hiciste real. Colapso de función de onda: hechas las mediciones, todas las probabilidades apuntaban hacia un único resultado. Y tú harías más que exponer el deseo, lo devastarías y te marcharías y yo no intentaría detenerte ni querría que te detuvieras. Yo también sabía lo fundamental: *no actuarías*. Sentías algo, y veías que yo te correspondía, me viste indefensa, y decidiste contenerme. Eres, como Thomas, un buen hombre. Un hombre que honra un compromiso duradero. Te vi tomar la decisión de seguir siendo ese hombre.

Cuando me acerqué retrocediste tres pasos, por si pretendía traspasar algún límite. Y lo habría hecho, a la señal del más leve gesto de cabeza. Aquel día estaba hecha un puto desastre.

Más tarde, en el parque, nos sentamos en otro banco. Hacía tanto calor, tan intempestivo, que se me hincharon los pies dentro de los tacones. Cuando me los quité me sobresaltó por un instante el color de las uñas, pintadas de azul eléctrico. Se me había olvidado. Estábamos hablando de Dios y de teología (el deleite, el júbilo absoluto de conversar con alguien que compartía el lenguaje de mi niñez). Hablábamos de palabras mancilladas como *perfección*, de cómo ha conservado su sentido original —la cualidad de algo que posee su grado máximo— únicamente en los ámbitos de la música (cadencia perfecta) y la gramática (tiempos perfectos). Hablamos de los argumentos ontológicos frente a los cosmológicos para probar la existencia de Dios, y de si el universo existe *in esse*, como una casa (deísmo, Aristóteles), o *in fieri*, líquido en un recipiente (teísmo, Santo Tomás de Aquino). Y de San Juan de la Cruz, que dijo que podíamos llegar a excitarnos sexualmente en el transcurso de actos espirituales como la oración o la

comuni3n porque cuando el esp3ritu experimenta el placer arrastra consigo al cuerpo. Somos criaturas hol3sticas, qu3 le vamos a hacer.

Qu3 misericordioso apunte, dijiste.

Y hablaste de tu padre, que acababa de fallecer. Era m3sico de jazz, y por el modo en que agitaba las extremidades en sus 3ltimos momentos te pareci3 como si intentara sin 3xito sacar un ritmo de percusi3n.

Me ense1n3 a atar moscas, dijiste, y recuerdo que hasta entonces no me hab3a fijado en lo peque1as que eran sus manos. Yo las he heredado. Siempre me han dado vergüenza.

Estiraste una mano para enseñármela; yo apreté la palma de la mía contra ella, las puntas de mis dedos sobresalieron más de dos centímetros.

Una conversaci3n íntima, c3moda. Incluso familiar, como si fu3semos hermanos. Cuando me recost3 y apoy3 la cabeza en tu regazo, ¿comprendiste que no fue un movimiento premeditado? Mi cuerpo se coloc3 ah3 por propia voluntad. Yo deseaba algo. No sexual.

Descansar, quiz3. Deseaba descansar contigo.

Cerr3 los ojos y sent3 tu mano en mi frente.

No podemos permitir esto, dijiste. No lo permitiremos.

Por supuesto que no, dije.

Y sin embargo: para incorporarme tuve que oponer resistencia, mucha, a la fuerza de tu mano, que me empujaba hacia abajo.

Haz oídos sordos, dice Cabeza.

Sigue adelante, dice Corazón.

Corazón Engañado, solo conseguirás meterme en un lío.

Cabeza Engañada, cualquier lío merecerá la pena.

Verás un fuego consumir todo lo que te importa. Solo te quedará ceniza, el único y apropiado final de cualquier quema.

Piensa en Moisés. Su visión en el desierto. Una zarza en llamas que no se consumía.

Piensa en las *Cartas de John Newton*: el arbusto en llamas es un emblema aplicable al estado de un cristiano cuando se halla en el fuego de la tentación. Piensa en Job, en la causa real de sus infrecuentes sufrimientos. Piensa en los muchos propósitos que satisfizo el experimento del que fue objeto: Job fue humillado y sin embargo pasó la prueba; sus amigos recibieron enseñanza; la gracia y la misericordia del Señor, en sus designios más oscuros, fueron gloriosamente...

Job es una pampolina. Job lo perdió todo.

Quiénes somos nosotros para cuestionar los caminos de Dios, dice Cabeza. Quién eres tú...

Deseo lo que deseo, dice Corazón.

Cuando Kate tiene dos años y Tommy es un recién nacido, fallece el tío rico de Maggie —el hermano mayor del padre, que nunca se casó—, legando un millón de dólares a cada uno de sus sobrinos. Thomas deja el trabajo y se mudan a Nashville para que él pueda empezar su máster en Owen School. Compran una casa en Franklin, en una urbanización que se ufana en proclamar su conexión con lo pastoral: Maple Creek Farms. Las viviendas se sitúan entre ondulantes colinas y laguitos, hay un sendero para correr e ir en bicicleta que discurre paralelo a un arroyo en el bosque.

Deberíamos bautizarlos, dice Maggie un domingo por la tarde.

Han empezado a acudir a una iglesia presbiteriana, liberal, litúrgica: sotanas, coro, vidrieras. La clase de servicio religioso que a Thomas no le pesa. Sermones breves, discreta administración de la Última Cena de nuestro Señor una vez al mes; bautismos infantiles, formales, con una pila diminuta y transparente en la que el pastor sumerge tres dedos que luego coloca sobre la cabeza del niño. Esa mañana han sido testigos de un bautismo, el de unos gemelos recién nacidos.

¿No está Kate un poco crecida ya?, dice Thomas.

Mis padres no paran de repetirme que quieren que los consagremos la próxima vez que vayamos a casa, dice ella. Así nos lo evitaríamos.

Pues sí. Solo que me sorprende que no lo hayamos comentado.

La iglesia de los padres de Maggie les causa bochorno a los dos: baterías y guitarras eléctricas, luces láser parpadeantes e imágenes proyectadas en pantallas durante el sermón, formaciones de nubes en galaxias lejanas con forma de Virgen con el Niño; el espectáculo al completo. Y las constantes referencias al segundo advenimiento, a la vigilancia de Israel. *Necesitan su propio estado, necesitan reconstruir el templo, y América necesita ayudarlos a conservar aquello que les pertenece por derecho.* Cuando era joven, la amenaza del retorno de Jesucristo se fusionaba con la amenaza de la guerra nuclear; solía soñar con una nube en forma de hongo estallando sobre las montañas. Sus hijos, se dice, tendrán un Dios sin terror.

Invita a sus padres a Nashville para la ceremonia, pero no pueden ir, o no quieren, Maggie no está segura. Tommy lleva un traje de cristiano y duerme en los brazos de Thomas; Kate estrena un vestido rosa con canesú fruncido. No para de subirse y bajarse la falda, escondiendo los ojos, exponiendo ante la congregación las bragas de rayas nuevas.

Padre, di el nombre de tu hija, dice el pastor.

Katherine Margaret Ellmann.

Katherine Margaret, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Que la bendición de Dios Todopoderoso descienda sobre ti.

Kate levanta la vista para mirar al pastor, boquiabierta, oscurecidos por el agua los bucles rubios de su frente. El pastor coge a Tommy en sus brazos. *Thomas Maxwell Ellmann Junior*. El pastor repite la bendición mientras el bebé duerme y tiembla el chupete. Llega entonces la parte de la ceremonia que más le gusta a Maggie: el pastor recorre los pasillos con Tommy, ella y Thomas detrás, Thomas con Kate en brazos, mientras la congregación entona la doxología. Maggie sorprende a algunas personas enjugándose las lágrimas.

Después se colocan en el recibidor, como es costumbre los domingos de bautismo, para que los feligreses puedan extender la mano derecha de la fraternidad. *Estamos muy contentos de tenerles aquí. Qué niños más guapos. Qué familia tan preciosa.*

Entiendo por qué te gusta, dice Thomas cuando están volviendo a casa. La iglesia. La sensación de comunidad. Quién sabe, quizá algún día yo también participe.

Ya sabes que a mí no me importa, dice ella.

Sí que te importa. Es una parte enorme de tu vida.

Bueno, pero no tiene por qué serlo de la tuya.

Thomas le lee a Kate antes de dormir. Examinan páginas juntos. *¿Dónde está el gatito? ¿Y el reloj? ¿Ves al hipopótamo?* En el dormitorio al otro lado del pasillo, Maggie da el pecho al bebé y oye el suave chasquido del pulgar de su hija cada vez que se lo saca de la boca para señalar. Se fija en el delicado

énfasis que pone Thomas al pronunciar ciertas palabras: *pío, cesta, estrépito*. Un buen padre. Tiene suerte de estar casada con un hombre así.

Cuando Kate ya está arropada y ella ha terminado de dar de mamar, Thomas se lleva al bebé dormido y lo coloca en el moisés, de lado, junto a una chichonera con forma de cuña. Recuerda sobre qué lado lo acostó la víspera y va alternado, para facilitar un desarrollo uniforme de la cabeza, algo que ella había leído en un libro sobre crianza y le comentó a él, una sola vez. Thomas se acuerda de cosas así. Que a ella le gustan las sábanas bien remetidas y ajustadas, y cómo separar la colada, no solo blanco y color, sino también ropa de hogar y prendas de vestir, y cómo le gusta el café, con la leche primero en la taza, precalentada durante veintitrés segundos en el microondas.

Cuando los niños se han dormido, ella se cepilla los dientes y deja el grifo abierto, se sienta encima de la tapa del retrete y respira, intentando evitar que se apodere de ella esa sensación reprimida. La invade igualmente. Imagina escenas de películas picantes que han visto juntos: un pecho contundente cerniéndose sobre una boca ansiosa, mujeres besando con lengua a hombres, mujeres besando con lengua a otras mujeres. Nada. No puede fabricar la excitación.

Tú le quieres, se dice para sus adentros. Si te lo pide —cuando te lo pide— solo te está pidiendo que lo quieras como una esposa normal y corriente.

Pero el pánico hace presa en ella, la larga pausa entre latido y latido, opresión en el pecho antes de un fuego racheado y sudor por todo el cuerpo, la visión periférica estrechándose. Al otro lado de la puerta, en la cama, Thomas la espera.

Maggie entra en la habitación y se gira para ponerse el camisón.

Deja que te mire, dice Thomas. Estás guapísima con los pechos así. Métete desnuda en la cama.

Y ella le responde, otra vez, que pierde leche, que le da vergüenza la tripa todavía blanda, que se siente más atractiva enseñando menos.

Solo te voy a mirar. Luego te pones el camisón cuando acabemos.

Cuando acabemos. Y ahora los cálculos, la serie de *y si y entonces* por la que debe pasar, la urgencia que aumenta con cada noche transcurrida desde la última vez que mantuvieron relaciones sexuales. Si ahora se pone el

camisón, después de que él le haya pedido que no lo haga, se dará la vuelta y apagará la luz y se quedará callado. Si ella le dice Lo siento o Quizá mañana, él contestará No pasa nada.

Pero cuando abra el libro, o encienda su lamparilla, Thomas volverá a la carga.

¿Por qué ya no me deseas? ¿Por qué no te excito? Antes era todo muy fácil.

Y una vez más ella intentará convencerlo de que es cosa de ella, que él no tiene la culpa de nada. Dos bebés, le dirá. Hormonas de lactancia. Estoy agotada.

Pues deja de dar el pecho, dirá él. Ya va para cuatro meses. Quiero que vuelvas a ser la de siempre.

Pero ella no está preparada para dejarlo, quiere dar el pecho durante un año. No es capaz de explicar el deseo de seguir amamantando, más allá de que es tan persistente como un instinto. Discutirán hasta que tenga que levantarse a dar la siguiente toma.

Si no se pone el camisón y se mete en la cama, él dará por hecho, debido a esta concesión, que ella quiere que le dé placer. Thomas hará acercamientos, inciertos al principio, delicados. Y ella elegirá entre fingir que disfruta con lo que le está haciendo (qué tiene de malo fingir; con tal de que él se corra, con tal de que parezca que ella se corre, los dos podrán dormir tranquilos) o no fingir. Si decide no fingir, él podrá elegir entre darse la vuelta y callar o hacerse una paja delante de ella, con la mirada fija en sus tetas. Puede que le meta un dedo antes de cerrar los ojos y perderse en sí mismo.

O bien —las noches peores, para las que ella se prepara en el baño— Thomas se convertirá en una persona que Maggie no reconoce.

A tomar por culo, le dirá cuando se meta en la cama con el camisón puesto. Quiero estar dentro de ti, soy tu marido, joder, y la pondrá de lado, y luego bocabajo, el peso de su cuerpo hundiéndola contra el colchón.

¿Cuál es la opción menos dañina? De todos modos, su cuerpo ya no es suyo, tiene una niña pequeña y un bebé adheridos, como apéndices. Si lo permite —si respira hondo hasta que haya acabado todo—, se evitarán una pelea. Ella dormirá un poco. Y su dolor es privado. Realmente, se plantea,

¿qué es el dolor en este caso? *Incomodidad* es la palabra para lo que siente su cuerpo. El dolor es espiritual, una rendija en su alma cada vez que le permite penetrarla después de las negativas. Pero ¿acaso concederle eso no es un gesto de amor, en el fondo? ¿Un gesto de los que enriquecen el alma, satisfacer al esposo, a un buen hombre y buen padre que nunca le ha hecho daño adrede ni a ella ni a nadie?

El marido de una amiga sufre de eyaculación precoz; el de otra es adicto al porno. Thomas tiene traumas relacionados con el abandono, se dice. Cruces peores hay que cargar.

No durará mucho. Mirará hacia la pila de libros de la mesilla de noche, la botella de agua, la lamparilla de cerámica con pantalla de lino gris topo. Cuando Thomas acabe, la abrazará y le acariciará el pelo y le dirá una y otra vez Lo siento. Es la última vez. Te lo juro, Maggie, nunca más volveremos a hacerlo así.

Llévenos al Hyatt. En el asiento de atrás sus dedos rozaban apenas mi muslo, tirante bajo la falda lápiz. Empecé a mover las caderas a un lado y a otro — milímetro a milímetro, con un movimiento casi imperceptible—, a un lado y a otro, una vez y otra, hasta que la falda comenzó a subirse, sin que se alterara la posición de su mano, de modo que cuando llegamos al hotel las yemas de sus dedos ya estaban en contacto con mi piel. Dejé de moverme, él mantuvo la mano donde estaba, y el rechazo mutuo a apartarnos indicaba un acuerdo tácito: *Pondremos todo de nuestra parte sin aparentar nuestros propósitos, pondremos todo de nuestra parte sin hablar, sin mirarnos.* Hasta la respiración la mantenía lo más superficial posible, como si palabra o mirada o aliento pudieran rasgar una membrana temporal y sin embargo mientras la mano permaneciera en su lugar, mientras la pierna no se moviera, podríamos quedarnos allí, oscilando entre un pasado platónico y un futuro carnal. En equilibrio sobre el precipicio abriríamos en canal la eternidad. El motor se detuvo. El conductor carraspeó. Y entonces la indecisión —la deliberada inacción— terminó, James me sacaba del coche, con agresividad, por el codo. Yo me puse de pie y me bajé la falda, él me agarró la muñeca y dijo *Déjala así,* en sus ojos la diversión y la admiración, pero también algo más, lo mismo que en una ocasión distinguí en la mirada de un sacerdote (en misa con una amiga católica; *Tú haz lo mismo que yo,* me decía ella) en el instante en que me puso una oblea en la lengua y dijo *El cuerpo de Cristo:* santidad, humildad, voluntad de convertirse en recipiente usado por Dios para un propósito más elevado. Superioridad y control también. *Para esto me ordené, no hay nadie más que pueda administrar este sacramento, en este momento soy el único que puede darte lo que necesitas,* sus dedos enlazados con los míos mientras tiraba de mí y me hacía trasponer la puerta giratoria, detrás de él, tan cerca que por un momento sentí las caderas en estrecho contacto con su espalda, hasta que aparecimos en el vestíbulo, con sus espejos y equipamientos modernos, mostradores de recepción hechos de bloques de madera con incrustaciones de mármol, cuadros gigantescos como

vidrieras fracturadas. Agarré con fuerza su mano, algo sólido en un universo trémulo y líquido. En el ascensor pulsé el piso dieciséis y me retiré al fondo y dejé que la pared de espejo me sostuviera. James se puso a mi lado. Las puertas se cerraron, nuestros reflejos ocuparon su lugar: mujer alta y delgada de pelo castaño rojizo y tacones; hombre de pelo y traje oscuros a su lado. Observé a la mujer del reflejo apoyarse en el hombre. Observé al hombre abrirse la chaqueta y atraer a la mujer hacia su camisa blanca.

Aquí, casa. Aquí, puerta principal roja que da a escalera principal con barandilla en curva que el marido adorna con luces de colores cada Navidad. Una galería fotográfica que necesita actualizarse, retratos escolares de cada niño en uniforme: polos, chinos y faldas de tablas, en tercero el hijo lleva botas de vaquero con pantalones cortos y el pelo peinado hacia atrás con gomina; hija con media melena rizada y flequillo, melena cada vez más larga y flequillo cada vez más crecido conforme las fotos van ascendiendo con la escalera. Aquí, comedor, mesa rústica picoteada y arañada, espejo alargado donde esposa y marido e hija e hijo han visto sus respectivos reflejos cada día durante diecinueve años. Aquí, mesa redonda de cocina con cuatro sillas descascarilladas, gato dormido en el alféizar, jerbo en su rueda metálica, corriendo como si le fuera la vida en ello. Aquí, dormitorio principal con cama con dosel, colchón grande comprado tras nacimiento del hijo. Cómoda con cajón superior diminuto donde esposa ha guardado notas de hijos y marido y, protegidas por un sobre, desnudos de ella embarazada de nueve meses. Aquí, baño, maquinilla del marido sin usar, frasco de colonia sin tapón, foto de compromiso en San Diego, esposa con bikini sin tirantes, piel morena y siete kilos menos. Demasiado flaca, en aquellos tiempos. Dormitorio de hija, camas gemelas encargadas en Pottery Barn, alfombra manchada de pintura, tablón de corcho con entradas de películas y conciertos, tarjetas de embarque de viajes a Inglaterra y la India; versículos de la Biblia escritos a mano de cuando iba a catequesis dominical (*Que tu belleza sea la que procede de lo íntimo del corazón*) y listas que confeccionó durante una etapa en que no hacía otra cosa: Cosas que haré este verano: 1) bailar bajo la lluvia, 2) comer sandía, 3) ver salir las estrellas, cada elemento con un pequeño dibujo a lápiz al lado. La funda de almohada con sus iniciales que no se llevó a la universidad. Aquí, dormitorio del hijo, pilas de libros que nunca leyó, cajas de zapatos llenas de piezas de Lego y fichas de dominó y canicas. Pistolas de agua, pistola de perdigones, pistola de proyectiles de gomaespuma, vestigios de la vida de un niño.

Aquí, hornillos, microondas, cafetera. La gravedad del fregadero. Aquí, ventana sobre fregadero con vistas a porche trasero y puerta trasera, a través de la cual esposa los ha visto marchar, y volver, y marcharse de nuevo.

(¿Qué tal en Chicago?, pregunta Thomas.

Ella está de pie junto al fregadero, sosteniendo la mantequera bajo un chorro de agua caliente.

Bien, responde. Mucho trabajo.

¿Has visto al poeta?

¿Qué poeta?

El de Princeton. Ese con el que te escribes.

Cierra el grifo, coloca la mantequera bocabajo en el escurrerplatos de madera.

De pasada, dice.)

Quiero que hagas una lista con cinco recuerdos positivos y cinco negativos de tu infancia.

No he venido aquí por eso.

¿Por qué has venido?

Porque me he follado a alguien que no es mi marido. Porque estoy enamorada de mi marido. Porque estoy enamorada de un hombre con el que no voy a poder hablar nunca más. Porque quiero seguir casada. Porque me domina el deseo de una vida que no puedo tener. Porque no quiero confesárselo a Thomas. Porque debo confesárselo a Thomas.

Llevo mucho tiempo haciendo esto, tienes que confiar en mí. Empecemos por los recuerdos.

Pero yo quiero hablar de Nueva York. De que se suponía que sería la última vez que nos veríamos. De que el dolor que acarreó esa decisión se convirtió en combustible para lo que pasó en Chicago.

Hablarme de aquel día —del que ya me has hablado— no servirá de nada en el proceso de curación.

Eso ya lo veremos.

Supongo que sí.

11 de septiembre de 2016

Nueva York, mañana cubierta que deriva en tarde soleada y cálida, primer atisbo de otoño, sol oblicuo y sombra sobre aceras y escaleras. Por todas partes, camiones de bomberos, carteles de No olvidamos, agradecimientos, apretones de manos, abrazos. Dos semanas antes trasladamos a Tommy a su residencia de la Universidad de Nueva York. Thomas había vuelto a casa para reincorporarse al trabajo, yo me había quedado con una amiga en Brooklyn.

Cogí la línea F, de Carroll Gardens a la Cuatro Oeste. Había planeado subir andando por la Quinta y quedar con James en Union Square. El calor veraniego todavía estaba atrapado bajo tierra, aire viciado comprimiendo mi cuerpo, los pies tan achicharrados dentro de los tacones que tuve que quitármelos y caminar descalza por Washington Square Park. Un carnaval: un tipo barbudo, descamisado y en calcetines agarraba palomas y se las llevaba a la boca, una por una, aunque no quedaba claro qué hacía con ellas, el pelo largo le caía sobre la cara y obstaculizaba la visión. Un hombre en esmoquin tocaba *Claro de luna* en un piano de cola junto a la fuente; tocaba fatal, con rubato, sin tener en cuenta la precisión del compás 9/8. Una bailarina vestida de dominatrix hacía *ronds de jambe* ante un público que la aclamaba, envuelta la larga cola de caballo en una soga negra. La soga no paraba de golpearle la cara igual que un látigo, dejándole marcas rojas en ambas mejillas. El dolor era, obviamente, el elemento más destacado del espectáculo.

Pasé por debajo del arco —Empire State delante, Freedom Tower detrás—; era fabuloso estar allí, ese día, un latido nuevo en mi sistema vascular, una cadencia expectante que armonizaba con el pulso más amplio del tráfico y los ruidos de las obras. *Vida, vida*. Lo decía Manhattan. En los intersticios entre tragedias, los espacios entre los edificios en forma de flecha, las ráfagas de aire en los callejones y túneles, la brisa sobre los tejados, *vida*. Cuánto

sudor y energía absorbido por algo inanimado, pensé, si eliminaras a todos los seres humanos de esta isla las piedras chillarían. Decía Faulkner que el Este y el Medio Oeste —Nueva York, Chicago— son jóvenes porque están vivos, y que el Sur es viejo porque está muerto. Lo mató la guerra de secesión. Puede que yo sintiera eso mismo. Venía desde Nashville y de pronto me encontraba entre los vivos.

Él no había pasado ni un solo 11-S en la ciudad desde los atentados. Demasiado doloroso, decía, demasiadas almas perdidas. La madre de un colega, que trabajaba en hostelería; una antigua compañera de clase que trabajaba en una guardería; el neurocirujano que vivía a tres casas de distancia, cuyo hijo recién graduado trabajaba en el World Trade Center. Era su segundo día. Se había cortado el pelo, y ese fue el detalle en que se fijó el cirujano, me dijo James, cuando lo llamaron para que identificara el cadáver: el pelo recién cortado de su hijo, el corte preciso por todo el cuello, contra el que el médico apretó la cara y lloró.

Ese domingo, James fue en tren desde Princeton para comer con su hija en la New School, y para verme otra vez en persona. Yo imaginaba nuestras vidas paralelas cuando me describía los almuerzos con Caroline, su pelo liso y el vestido escotado que él quería colocarle bien todo el rato; mi hija en Boston College, también en tercero de carrera, la melena hasta la cintura; y nuestros hijos varones, los dos en primero, con moño y aficionados a fumar porros para conciliar el sueño. Él se había encargado de las disposiciones necesarias —aunque su mujer no entendía por qué tenía que ir precisamente ese día a la ciudad— porque yo había decidido que teníamos que cortar la comunicación y él quería disuadirme.

¿Le has contado a Beth que quedarías conmigo?, pregunté. Estábamos atravesando Union Square.

Se lo he dicho, sí. En el último momento.

¿Y?

Dile a Maggie que estoy deseando conocerla. Eso me ha dicho.

Su teléfono sonando cuando paré a comprar troquelados desplegados del Taj Mahal para Kate, de la torre Eiffel para Tommy; sonando mientras paseábamos por Broadway, en dirección a Penn Station para que él cogiera el tren de regreso. Eran casi las cuatro. Examinábamos las iglesias —la catedral

serbia ortodoxa, la Marble Collegiate— tratando de dar con alguna que todavía tuviera la puerta abierta, un espacio fresco e íntimo. Me crucé con una conocida a la altura de la Veintiocho. *¿Maggie?*, dijo. Estaba en Nueva York de camino a Ámsterdam, acababa de llegar de la India, donde mi hija estaba a punto de ir, y me contó que una dependienta de Delhi, mientras le envolvía una estatuilla de Ganesha en papel de periódico, la felicitó por su elección: *¡No se arrepentirá, es el dios que más vende!*

Ya es casualidad, dijo James más tarde, cuando estábamos sentados frente a frente en una cafetería. Teniendo en cuenta la cantidad de personas que hay en esta isla.

Los pitidos eran mensajes de su mujer. *Por qué no coges el tren antes. Esta noche tenemos la cena, necesito que vayas a comprar vino. Me ha dicho Caroline que os habéis despedido a las dos, ¿de qué tienes que hablar tanto rato con Maggie?* Mensajes reemplazados finalmente por una llamada. *Dame un segundo*, me dijo, llevándose el teléfono a la oreja, y por la forma rápida en que lo dijo —*Dame un segundo*— y sobre todo por el significado de aquellas palabras (*Que no te oiga Beth mientras hablo con ella*) me pregunté si no sería yo una de muchas, solo otra mujer con la que había entablado conversaciones clandestinas, un cosquilleo más, avivado por la lujuria y la soledad y la necesidad de acceder a algún tipo de energía creativa, de enamoramiento, por ficticio que fuera, que lo mantuviera activo; y si su mujer, a sabiendas de ese patrón de conducta suyo, no se insinuaba entre nosotros legítima, misericordiosamente. Oí el deje de frustración en su voz cuando se puso a hablar con ella, una respuesta acorde, solo estaba igualando su tono al de la frustración y el miedo (más intenso) de ella, como suelen hacer las parejas; pero en su voz percibí (*¿Es que tenemos que estar allí a las siete en punto? ¿Puedo pasar primero por casa a cambiarme, al menos?*) una impaciencia que, imaginé, se ampliaría hasta estallar en pura indignación cuando llegara a su casa.

Sentada frente a él, escuchando su parte de la conversación —bajo la mesa despedazaba mi servilleta y hacía piedrecitas con los fragmentos—, lo imaginé explicándome a su mujer en ese mismo tono. El aguijón del coqueteo estimula mi arte, pero si vive a mil quinientos kilómetros de aquí, ¿por qué te preocupa?

Es combustible, nada más, lo imaginaba diciéndole a su mujer.

Aunque aquel día en la cafetería yo no sabía si algo de eso era cierto, sí que sabía, al enfrentarme de nuevo a su presencia física, que hubiera lo que hubiese entre nosotros era peligroso, y real, y que había que cortarlo.

No podemos tirar nuestra amistad por un precipicio, me dijo. Eres demasiado importante.

No puedo seguir así, dije yo. (Metiéndome bolitas de servilleta en el bolsillo del vaquero.)

¿De qué tienes miedo, si solo mantenemos un diálogo profesional?

De seguir enamorada de ti, dije. Puse la palabra sobre la mesa y la dejé allí, en medio de los dos. Siempre mi debilidad: exponer la verdad sin paliativos, ajena a las consecuencias. Miró para otro lado cuando pronuncié la palabra enamorada. Enfadado, tal vez, porque yo la hubiera dicho primero, o por decirla, sin más. (Dos fuerzas rigen el universo, dice Simone Weil. La gravedad y la gracia. Y ¿por qué razón, en cuanto un ser humano manifiesta la necesidad de otro, ya sea dicha necesidad pequeña o grande, el segundo se repliega? Respuesta: la gravedad.)

Terminamos el café y seguimos caminando. En un cruce, el semáforo estaba cambiando; yo eché a correr, pero él me agarró el codo. Ten cuidado, me dijo, soltándome, y durante tres segundos posó la palma de la mano entre mis omóplatos, y bajo el fulgor vespertino del decimoquinto aniversario del 11-S en Nueva York, un día en el que nada en Estados Unidos iba tangiblemente mal, supe que nuestras conversaciones, emails, música compartida, fotos, llamadas, mensajes, todo se concentraría en un punto microscópico y trémulo de energía cuántica y, si decidíamos permitirlo —si éramos lo bastante valientes o temerarios o estábamos lo bastante desesperados o enamorados—, explotaría formando un único y espontáneo orgasmo que nos cambiaría la vida. Estaba ahí, a nuestra disposición, si queríamos cogerlo. Hasta nuestros cuerpos se alineaban, yo elevada cinco centímetros por los tacones, de modo que cuando nos volvimos para mirarnos, parados en el cruce, nuestros ojos quedaban al mismo nivel. Ombligo con ombligo, cadera con cadera.

Habíamos llegado al meollo del asunto. Al núcleo. Me había desnudado frente a él, me había mostrado... ¿cómo: demasiado precipitada, zafia?

Aunque ¿pudo haber sido una manera de intentar salvarme, decirle que estaba enamorada? (¿Lo estaba? ¿Lo estoy? ¿O es James —como dirías tú, Terapeuta— el siguiente de la lista, de mi lista, una letanía de hombres que atraigo hacia mí no por soledad o infelicidad, sino movida por un deseo, el de ser follada por alguien además de mi esposo? ¿Y debido a que solo conozco la excitación dentro del amor —porque nunca he separado la emoción del cuerpo— mi modelo de conducta es el de crear un amor simulado al principio, una y otra vez, con el fin de sentir deseo y sentirme deseable?)

En la cafetería intercambiamos los libros. Yo le di mi ejemplar subrayado de San Juan de la Cruz. En ausencia de conversaciones, le dije, puede que esto sea una manera de sentir que todavía hablamos.

Él me dio una antología de Sharon Olds. Te partirá el alma, dijo.

En la Treinta y uno torcimos hacia la Séptima. Podríamos intentar entrar en San Juan Bautista, dijo.

Delante de la iglesia leyó un último mensaje.

Lo siento, pero tengo que irme corriendo, dijo.

Y eso hizo: correr. Durante el trayecto de vuelta al centro iba palpando las bolitas del bolsillo y tirándolas al asfalto. Una por una, manzana a manzana. Dejando un rastro por si se decidía a dar media vuelta.

Maggie: Gracias por venir a verme.

James: Ha sido maravilloso (y maravilloso es la palabra exacta) estar contigo en persona otra vez. Dos años es mucho tiempo. Solo me sabe mal haber tenido que salir corriendo.

M: Seguramente sea mejor así.

J: [escribiendo...]

M: Aunque ahora estoy un poco hecha polvo.

J: ¿Vas en taxi?

J: Y yo. Hecho polvo.

M: Sí. Puente de Manhattan.

J: Mañana te escribo. Una carta muy larga. M: [escribiendo...]

J: Todavía tengo muchas cosas que decirte.

M: No. Vamos a dejar las cosas como están.

J: Ok.

M: Lee el libro que te he dado y yo leeré el tuyo.

J: Vale.

M: Gracias.

J: [escribiendo...]

M: (corazón)

J: (corazón roto)

Qué impecables, qué sencillos los primeros tiempos en la casa grande de Franklin. Una casa en la que todos ellos crecerán. Verano verde derramándose sobre cuartos vacíos, luz solar reflejándose en suelos de madera, motas de polvo brillando como estática. El césped de atrás inclinándose en dirección al juego de columpios de madera y la cerca de madreSelva; cornejos y lagerstroemias y pinos junto al camino de entrada con los dos coches aparcados bajo los árboles. Planean añadir un garaje, pero nunca sacan tiempo. Con los años, a los capós les salen manchas de savia.

Cuando refresca, Maggie abre las cristaleras y toca el piano de cola —un Steinway, otra adquisición fruto de la herencia— e imagina las notas entrando en los jardines de los vecinos. Los niños tienen cuatro y dos años. Pulsan con la punta del dedo las teclas del registro más alto y Maggie los coge y los sienta en su regazo, usa los dedos índice para tocar notas sueltas. «Estrellita, ¿dónde estás?», «Mary tenía un corderito». Los niños corretean en cueros después de bañarse, se cogen de la mano y dan saltos en la cama. En la cocina sacan recipientes de plástico con tapas de los colores del arcoíris.

Amalillo, dice Kate, ofreciéndole una tapa a Tommy.

Amalillo, dice Tommy.

¡Buen trabajo, hombrecito!, dice Kate, dándole un beso en la coronilla.

Maggie no corrige a Kate cuando habla al revés: madrina hada, corolete, deszalca, ni cuando llama al melón *cantalobos*. Mientras echan la siesta, Maggie se pasea por las habitaciones, en paz con la textura de la crianza, con su tosco carácter físico. Es como si hubiera recuperado la sensibilidad, una vez fuera del ámbito académico. Lee cuentos y novelas, teología y poesía. Y escribe poemas, o lo intenta.

Orinal, vasos con boquilla, guardería media jornada, vídeos de canciones infantiles. Ahora los niños tienen cinco y tres años. Tienen sendas mecedoras en miniatura con sus nombres grabados y ven un vídeo que mandó su madre, una versión animada del Éxodo. Los niños adoran las canciones, aunque ella les pasa la escena en que el Ángel de la Muerte sale de una nube

y un vapor verde va puerta por puerta, repelido por la sangre en los dinteles. Ven una serie de vídeos llamados *Los cuentos de la verdura*, producidos por una compañía local. Un pepino, un tomate y otras hortalizas cantan y representan historias de la Biblia. «David y el pepinillo gigante»; «Josué y el muro grande»; «¿Dónde está Dios cuando tengo miedo?». Un espárrago diminuto canta una canción sobre Dios, y dice que es más grande que el hombre del saco.

¡El hombre del sapo, grita Tommy, el hombre del sapo! Los dos niños se tiran al suelo de risa.

Maggie contrata a una niñera para poder ir a la compra, al gimnasio, para poder sentarse en cafeterías con su cuaderno. Thomas ha terminado el máster y trabaja para un fondo de inversión privado. A veces va a casa por las tardes —en un intento por conectar con ella durante el rato de la siesta— antes de volver al trabajo. Sabe que las tardes son el momento más propicio, las horas en que ella está más excitable. Pero es sorprendente el cambio tan abrupto que eso le exige en la autopercepción: de mamá a esposa, amante. Por las noches Thomas la despierta, una mano en su pecho o entre sus piernas, como una pregunta. ¿Por qué no? Ya hace mucho que Tommy dejó de mamar, hace dos semanas que no hacemos el amor, ¿por qué no?

Degeneración en pelea, o —con más frecuencia— ella se colocará bocabajo voluntariamente, y mirará los lomos de los libros que brillan bajo la tenue luz nocturna, y se moverá hacia él, como sabe que le gusta. Él sale justo antes. A veces llora después. A veces ella también llora. ¿Por qué no puede ser más fácil el sexo dentro del matrimonio? Thomas solo se queda satisfecho cuando ella llega al orgasmo, algo que solo ocurre si se desvincula de él, mentalmente, imaginando a otro hombre y a otra mujer, imaginando que está en cualquier otra parte menos ahí, en la cama, debajo de él. Si no se corre es como si él hubiera fallado en algo. Tendrá que volver a intentarlo la noche siguiente, y la otra, hasta que ella pueda demostrar algo con un orgasmo. Y entonces se sucederán unos días de tregua hasta que la necesidad apremie de nuevo.

Es un colador, piensa ella. Haga lo que haga —por mucho que intente disfrutar o moverme— nunca es suficiente, nunca se sacia, ni se convence de... ¿de qué? ¿De que es válido? ¿De que no lo abandonaré como lo

abandonó su madre? Su clímax —la habilidad de él para que alcance el clímax— es lo que sella y certifica: *Soy fundamental para Maggie*.

Ella se pregunta si la culpa no será suya. Thomas tiene treinta y tres años y es objetivamente guapo. Su pelo abundante ha empezado a encanecer, la barba incipiente es todavía oscura, el mentón redondeado como una pelota. En contraste con su piel lisa, el pelo plateado y la barba oscura lo hacen parecer aún más joven de lo que es. Alto, atlético, proporcionado, las pantorrillas tan desarrolladas como el torso y los brazos. Maggie se fija en otras mujeres que se fijan en él, las mujeres de sus amigos. *Tu marido se parece a Patrick Dempsey*, le susurra una, tímida, durante una cena de empresa. Ella tiene la sensación de que en presencia de Thomas las mujeres se achican, bajan los párpados para mirarlo desde abajo, casi serviles. Sabe que a cualquiera de ellas le encantaría acostarse con él.

El pánico ha desaparecido, la necesidad de respirar hondo en el baño. En su lugar hay un extraño letargo. Es como si fuese incapaz de mover las extremidades.

Thomas tiene una toalla pequeña debajo de su lado de la cama y ahora la usa para limpiarla, con delicadeza, como pidiendo perdón. Busca su mano; ella no la aparta. Dentro de ella: espacio negativo, apatía, el color gris.

Él se queda dormido —la mano apoyada en su brazo y un pie tocando su pantorrilla, para mantener el contacto—, pero Maggie no concilia el sueño y obliga a su cerebro a recordar. Ha leído que el acto consciente de recordar puede tener efectos sedantes. De ahí que haga un repaso por los años: infancia, universidad con Thomas, el traslado a Princeton, los años buenos del doctorado. Nacimiento de Kate, de Tommy, mudanza a Nashville. Dentro de su cabeza los ve crecer a cámara rápida: dos años y recién nacido, tres y uno, cuatro y dos, cinco y tres. Tras ellos, a su alrededor, un revoltillo de libros y juguetes y muebles. Sistemas físicos con tendencia a estados de desorden. La entropía, piensa, es la trayectoria de un hogar, al igual que lo es el cosmos.

En agosto Kate empieza preescolar en un centro independiente muy reputado. Todas las mañanas Maggie recoge los rizados rubios y largos de Kate en una cola de caballo. Lleva uniforme: polo azul marino y falda de tablas. La tercera semana de escuela llega la mochila nueva, con estampado de hojas

otoñales y sus iniciales bordadas. ¡Sácame una foto con ella puesta, papi!, dice. ¡Sácanos una a Tommy y a mí! Tommy lleva un taparrabos improvisado, con las piernas metidas por las mangas de una de las camisetas de Thomas y el exceso de tela retorcido y recogido con un imperdible. Blande un tubo de papel de regalo a guisa de lanza. La pose de los niños, abrazándose mutuamente, mientras Thomas pulsa el botón de una cámara digital. Kate y Thomas se van juntos; él la deja cada día de camino al trabajo.

Maggie está preparando a Tommy para llevarlo a la guardería cuando llama la vecina que suele recogerlo.

Te has enterado de que hoy no abre, ¿no?, dice.

¿El qué no abre?

La guardería. ¿No lo estás viendo?

¿Viendo el qué?

Enciende la tele.

Al cabo de pocos minutos ve el impacto del segundo avión. Se lleva a Tommy arriba, al cuarto de juegos, le pone una película y baja corriendo. Sola y horrorizada ve la caída de las dos torres. Llama a Thomas varias veces, pero no consigue hablar con él. Seguro que Thomas conoce gente. Thomas, y ella.

Instala a Tommy en la sillita del coche y va al colegio, que ha decidido cerrar. Esperan en el aparcamiento, donde se han juntado varios padres. Todo el mundo se queda dentro del coche, escuchando la radio. Ella no enciende la suya. Quiere rezar, pero no se le ocurre una fórmula que suene apropiada. Una bonita mañana, soleada y cálida, luz y cielo reflejados en el ventanal en forma de arco de la fachada de la escuela.

Salen los niños. Profesores y auxiliares los acompañan a los coches. Kate se encarama al asiento de atrás, con los ojos como platos.

La tele estaba encendida y he visto un humo negro, dice. La señorita Gifford la ha apagado y nos ha dicho que nos sentemos en el pasillo y dibujemos cómo nos sentimos.

Le tiende el dibujo a Maggie: una niña con dos coletas y unas lágrimas gigantescas cayendo en línea recta hasta el final de la hoja.

A ve, a ve, dice Tommy.

¡Un avión se ha estrellado con un edificio, Tommy!, dice Kate.

¿Dónde? Tommy mira por la ventana.

Muy lejos, en el Empire State, dice Kate.

Thomas va a casa a comer, los abraza a todos.

Todavía nadie que yo conozca, dice. No hay línea telefónica. Madre mía, Maggie.

Los niños sacan las botas de nieve y el tubo de la aspiradora y salen al jardín. Desde las ventanas abiertas, Maggie los ve jugar a los bomberos. Se turnan para hacer de rescatador, arrastrando al otro por las muñecas por la hierba alta.

Haz como si estuvieras atrapado, le dice Kate a Tommy. Haz como si no pudieras respirar.

Antes de la siesta, Maggie baja la bandera del armario del vestíbulo. Kate, Tommy y ella la llevan, juntos, por el camino y la enganchan al soporte del buzón con forma de casita de muñecas que dejaron los anteriores propietarios. Hace tiempo que quiere pedir un buzón nuevo, algo sencillo, pero los niños le suplican que deje este. Dentro vive una familia de Lego. Maggie se los encuentra en muy diversas situaciones cuando recoge el correo: sentados alrededor de una piedra plana que hace las veces de mesa, o tumbados en fila y tapados con trocitos de papel de cocina.

Tommy, en taparrabos, se encarama al muro decorativo de piedra, lanza en mano, para vigilar el césped plagado de malas hierbas y la calle sombreada. Kate coge dientes de león y sopla los pelillos. El sol se filtra a través de las titilantes hojas del arce. Brisa, gorjeos, el azul austero del cielo. Imposible.

Mira a ver si me gusta la mantequilla, dice Kate, con un diente de león en la mano. Maggie pasa la flor por la barbilla de Kate, ladea su carita a izquierda y derecha para inspeccionar.

Ajá, dice Maggie. Amarillo fluorescente. Te encanta la mantequilla.

¡Hazme la mantequilla!, dice Tommy. Maggie se inclina para apretar la flor contra la barbilla levantada del niño.

¿Por qué lloras?, le pregunta.

Porque estoy triste, responde Maggie.

¿Por la gente de los aviones?, pregunta Kate, arrugando el ceño.

Sí. Y por sus familias.

Esas personas no han muerto, dice Kate. Se han ido al cielo.

Mira, mira, dice Tommy, saltando de un saliente.

Los he visto volando por la tele, insiste Kate, casi enfadada. Los he visto flotando en el cielo. Mami. No llores más.

Junio de 2017

Querido James:

A veces, cuando estoy sola en casa, me escucho repetir nuestras citas en voz alta, como una letanía:

Nashville, julio de 2014

Nueva York, septiembre de 2016 Chicago, abril de 2017

(Dios, lámpara a mis pies y lumbrera a mi camino, ¿cómo es posible?)

Todavía estoy leyendo el libro sobre el azul. Es dolorosa la manera en que la autora escribe sobre la pérdida. Solo puedo tomarlo en pequeñas dosis. Los antiguos, dice, no se ponían de acuerdo sobre si nosotros percibíamos objetos o si los objetos nos percibían a nosotros. ¿Arrojan un haz de luz nuestros ojos, igual que una linterna, que los ilumina? ¿O son los objetos los que emiten rayos que, al alcanzar nuestros ojos, se nos revelan, como si nos devolvieran la mirada? Platón, escribe la autora, da la solución salomónica: un fuego visual arde entre el ojo y el objeto que mira.

No puedo evitar aplicar estas ideas al amor. Su ubicación en un sentido físico. ¿Era algo que llevábamos dentro, algo que yo emitía hacia ti y tú emitías hacia mí? ¿O existía con carácter independiente, un fuego latente cerniéndose en el espacio que nos separaba, apareciendo solamente cuando nos mirábamos? En ese caso, en cuanto dejábamos de mirarnos, el fuego desaparecía. De ahí mi uso del pasado. (Pero, oh Dios, quiero emplear el presente. Quiero seguir mirando, contemplar largo y tendido. Quiero acceso, de nuevo —horas, días, meses—, para memorizar su pelo suave con el remolino a un lado, las pecas de sus piernas, el lunar diminuto del pezón. Quiero sentarme encima de él y estudiar las venas de su polla; imaginar, una y otra vez, el ángulo concreto que esta adoptó en el instante en que él me

levantó desde atrás por las caderas y se echó sobre mi torso, yo con las almohadas debajo de las caderas, esperando, y él acercando la boca a mi oído y diciendo *No te muevas, igual esto te duele.*)

Uno de los lomos de mi mesilla de noche: *Cartas de John Newton*. Página señalada: «Aplicaciones diversas de la tentación en la vida del creyente». Pero ¿quién es John Newton? Tengo que familiarizarme con su historia si de sus escritos voy a extraer algo de provecho con respecto a la naturaleza de la tentación. Y debería. Extraer todo lo provechoso que tenga que decir con respecto a lo que pasó en el Hyatt, para arrepentirme, para aceptar el perdón, para perdonarme a mí misma. Para querer a mi marido y a mis hijos con integridad.

Por encima de todo, para dejar de echarme de menos.

Newton: nacido en Londres en 1725. Su madre murió cuando él tenía siete años. Se hizo marinero con once, echándose a la mar con su padre, y vivió de barco en barco hasta que sufrió un derrame con treinta años. Durante ese periodo fue traficante de esclavos. Es muy probable que dejara embarazadas a varias esclavas durante las travesías para luego venderlas más caras al llegar a puerto. Libertino, infiel, agresivo, viejo blasfemo africano, epítetos que él mismo se dedicó. Luego: la gran revelación. Conversión e instalación en la parroquia de Olney, donde escribió famosos himnos con el deprimido Cowper. *Amazing Grace, How Sweet the Name of Jesus Sounds*. Un despojo humano, víctima de la perdición, que me habla de las aplicaciones de la tentación:

1. *Para mostrarme lo que hay en mi corazón.*

Fuego. Arde oído arden sonidos arde nariz arden olores arde lengua arden sabores arde cuerpo arde lo tangible. Mente, idea, consciencia arden. ¿Arden de qué? De deseo, de delirio.

2. *Para volverme sensible a mi dependencia inmediata y absoluta de Dios.*

«¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra.» Asaf, salmo 73. Esta ya no es mi verdad. Aunque te pido que lo sea, Dios. Que nada haya en la tierra —nadie— que yo desee. Concédeme distancia. Oído, nariz, lengua, cuerpo. Formas externas, mente, idea.

3. *Para adecuarme a Jesucristo en sus sufrimientos: «¿Podéis desear transitar un camino tapizado de flores cuando el suyo estuvo tapizado de espinas?»*

Pero ¿experimentó Jesucristo la tentación sexual? ¿Adúltera, homoerótica, pedófila, bestial? Nos dicen que fue tentado de muchas maneras y no pecó. Sin embargo, según el propio Jesucristo, imaginar siquiera un pecado es cometerlo. Ergo: ¿Cómo pudo ser tentado sin imaginar la tentación? ¿Por qué usar la palabra tentación? ¿Se trata de un problema de traducción?

4. *Para compadecerme del sufrimiento de mis hermanos y poder pronunciar una palabra de consuelo ante quien está cansado. «Si tus oraciones, tu conversación y el conocimiento que otros tienen de tus penurias les proporciona consuelo en horas oscuras, es un honor y un privilegio cuyo precio, estoy convencido, no te parecerá demasiado caro, merced a lo que has soportado.»*

En horas oscuras. Aquí estamos, pues, en Nueva York, buscando una iglesia con la puerta abierta, un espacio más íntimo que una cafetería, un interior fresco donde podamos sentarnos o arrodillarnos o postrarnos y rezar juntos en voz alta. Velas de llama tenue, iconos, estatuas, quizá un confesionario vacío en el que colarnos e interpretar los papeles de penitente y sacerdote y decirnos a través de la celosía, con la seguridad que da un muro entre los dos, las cosas que nos dijimos en la habitación 1602 del Hyatt, poscoitales y sudorosos encima de la suave moqueta beis. Las cosas que me pediste que dijera cuando lo hicimos otra vez en la cama. Quizá, de haber encontrado un espacio así antes de la noche en Chicago, una hora oscura en la que confesarnos mutuamente la naturaleza de nuestra tentación, el júbilo aterrador del encaprichamiento, cómo nos excitaban las palabras escritas y las imágenes del otro, y cómo nos masturbábamos con ellas, y las mentiras que contábamos a nuestras parejas (solo un amigo, una colega en realidad); si hubiéramos analizado, juntos, la posición de un par de amigos (uno al lado del otro, mirando hacia delante, hacia un horizonte compartido) frente a la de unos amantes (uno al lado del otro, mirándonos), y hubiésemos reconocido que, efectivamente, nos habíamos girado, que ya no mirábamos hacia delante,

quizá entonces yo habría dicho: Ruega por mí, me siento tentada por ti. Tú podrías haberme dicho lo mismo. Y luego ¿qué? ¿Nos habríamos permitido hacer dentro de una iglesia lo que hicimos en Chicago? ¿Qué habría pasado, si hubiéramos hecho esas cosas en un espacio sagrado? Imagino estatuas echándose a llorar, sangre deslizándose por los tobillos de mármol tallado del crucifijo sobre el altar, *Por este momento morí, por este momento muero eternamente, a cada momento por siempre jamás sangro para que ellos puedan sentarse en un banco de este santuario y permitir que las yemas de sus dedos se toquen sobre la madera, permitirse cogerse de la mano en un intento por rezar para luego mirarse, él deslizando su mano por debajo de la rodilla rasgada de los vaqueros de ella para tocar la piel de su muslo y la musculatura de su cuádriceps (véase la maquinaria humana de la que yo me sirvo eternamente para coger aire), ella estirando la mano y colándola bajo su chaqueta, pasándola por el algodón liso de su camisa de cuadros (véase la llaga justo debajo de mi torso desnudo).* ¿Cuál de nosotros se habría fijado en el Cristo ensangrentado, en la cabeza inclinada y la mirada vidriosa y desamparada hacia la eternidad, en la hediondez del infierno? ¿Cuál de los dos se habría apartado y habría dicho: y qué hay del sufrimiento? ¡No podemos olvidarnos del sufrimiento! Tú dirías: Tenemos unas familias preciosas, no podemos hacerles daño. Yo diría: Podemos soportar nuestro propio dolor, pero jamás debemos consumir esto, y mi mano dentro de tu camisa, el índice trazando una línea que baja por tu abdomen, el vello escaso y suave, y tus dedos desabrochando los botones de mi blusa.

Al tercer día. En eso pensaríamos. *La resurrección que sucede al sufrimiento, no hay condena para quien está en Jesucristo (labios, bocas, lenguas, manos arden), ¿por qué no seguir pecando para que la gracia se acreciente?*

Las puertas estaban cerradas. De todas las iglesias que probamos.

Nunca las dejan abiertas, dijo él en la puerta de San Juan Bautista, por los indigentes.

Ni él ni yo insensibles a la ironía: nos quedábamos fuera por culpa de las personas a las que debían dejar entrar.

El día que ella cumple treinta y dos, Thomas llega a casa con una caja de cartón sin distintivos.

No te cierres en banda, le dice.

Dentro de la caja, envuelto en plástico de burbujas, hay un vibrador de color carne. Realista, venoso y arqueado, con un interruptor en la base. Más grande que Thomas.

Se supone que es el más fiel a la realidad, dice.

Pero ¿por qué?, dice Maggie.

Soy el único hombre con el que has estado. Es una manera segura de que experimentes algo distinto.

Ella lo mete en la caja y lo guarda dentro de una maleta debajo de su lado de la cama, para que los niños no lo encuentren. Y cuando él se lo pide —*Podemos probarlo, mira, enjuégalo con agua caliente*—, la primera vez que ella lo aprieta contra su piel, es como si estuviera replegándose dentro de sí misma, alejándose de Thomas y de la realidad.

¿Puedes...?, pregunta él exhalando. O sea, vas a... si te parece bien...

Ella está tumbada bocarriba, él arrodillado a su lado en la cama, observando desde lo alto. Ella introduce solo la punta. Empuja un poco más, arqueándose para dar con el ángulo correcto. Thomas profiere un sonido contenido, cae sobre ella, se estremece. El intento de limpiarla con una toalla. Ella la coge y se limpia sola.

No te ha gustado, dice.

Es un objeto, dice ella. No tengo conexión emocional con un objeto.

Ya lo sé. Pero verte para mí, es que es tan...

No me pidas que lo vuelva a hacer.

Ahora mismo lo hago desaparecer, dice, metiéndolo en su caja.

De noche oyen la voz de Kate, horas después de haber acostado a los niños. Maggie sube y la encuentra sentada con las piernas cruzadas, a oscuras.

¿Va todo bien por aquí?, pregunta Maggie.

Estoy hablando con mis amigos del cielo, dice Kate.

¿Qué amigos?

Unas niñas. Bueno, y un niño también.

Maggie se sienta en el borde de la cama.

¿Cómo se llaman?

No me lo quieren decir.

¿Y de qué habláis, tus amigos y tú?

Me hacen preguntas. Pero ahora han parado porque has venido.

¿Te acuerdas de lo que estabais hablando justo ahora?

Algo de un gato, dice.

Kate se echa a llorar todas las noches a la hora de meterse en la cama, dice que le da miedo dormir. Una noche, cuando Thomas apaga la lamparilla, Kate vomita encima de la colcha. Empieza a vomitar después de cenar, en cuanto se pone a pensar en ir a dormir. Thomas y Maggie se turnan para tumbarse en el suelo, a su lado, hasta que la niña coge el sueño. Se despierta en plena noche y baja para meterse en la cama con ellos.

Mis amigos no me hablan, dice, su cuerpo flaco tembloroso.

Vamos a dejar que duerma en nuestro cuarto hasta que se le pase, dice Maggie a la mañana siguiente.

No lo sé. ¿No será peor darle tanta importancia a ese miedo?

La semana siguiente, Maggie lleva a Kate a la peluquería. La estilista entra en la sala de espera minutos después de lavarle el pelo.

Me gustaría que viera una cosa, dice la estilista.

Los rizos de Kate están húmedos y alisados con el peine. De la coronilla le brota lo que parece la punta de un diminuto saguaro.

Tenemos un pequeño estropicio aquí atrás, dice la estilista, alegre.

¿Dónde?, pregunta Kate, llevándose la mano a la coronilla.

¿Te has estado tirando del pelo, bichito?, dice Maggie.
A veces, dice Kate. Te prometo que no lo haré más.

El sótano de su abuela en Cleveland: la magia de levantar la vista y ver el suelo. Al pie de la escalera, botas de goma y abrigos y palas y un armario en el hueco, lo bastante grande para que los tres nietos —Maggie, Sarah y Steven— se escondan en su interior. Una mesa de billar, discos viejos, decenas de tarros, casi todos vacíos, algunos con botones o bobinas; un puzle a medio hacer de un granero rojo al atardecer, con vacas en primer plano. Números de la revista *Life*, latas de tiritas llenas de regalos de los que vienen en las bolsas de patatas, cajas de zapatos con fotografías acartonadas, todos los antepasados horrorizados y condenados. Encima de una mesa de pie, sombrereras con tocados descuidados, bandejas llenas de broches de pedrería y pendientes de clip horteras. ¿Qué mujer ha llevado esas cosas? Su abuela seguro que no. Y mientras tanto el tío Rick, el hermano de su padre, que tenía un grupo de música, arriba, delante del televisor, viendo el fútbol americano, el tío gordo y calvo que no estaba casado y olía a Reflex. La única manera de relacionarse con sus sobrinos era comprándoles regalos, o estirando el brazo y dejando que se colgaran como monos. ¿De verdad era el mismo tipo flaco de las fotos, con el pelo negro peinado hacia atrás y un traje blanco, que se meneaba cual Elvis frente al micrófono?

El tío Rick no se casó porque se enamoró de una mujer negra, según le contó a Maggie su madre un día. Tu abuela se negó a dejarla entrar en su casa. Él no tuvo lo que había que tener y eligió a su madre. Intenta no tenérselo en cuenta a la abuela, las cosas eran así en aquellos tiempos.

El sótano olía a detergente y cedro mezclado con madera húmeda y bolas de naftalina. La vida y la descomposición conviviendo. Encima de la lavadora había un conducto para la ropa sucia del que caían juguetes y libros que mandaban sus hermanos desde los pisos superiores. En el desván, tres plantas más arriba, Sarah bisbiseaba algo en el conducto y era como si le hablara a Maggie directamente al oído. Todo era posible en esa casa. Podía volar escaleras abajo: del desván a los dormitorios, de los dormitorios al salón, del salón al sótano. Cuántas escaleras, nada que ver con las casas de

una sola planta de Phoenix. Apenas un impulso —un aleteo nervioso en el estómago— y descendía hasta el siguiente rellano, sin que sus pies tocaran jamás los peldaños.

También en casa, de noche, levitaba en horizontal por encima del colchón de su cama. Una sensación maravillosa, cálida y muda, como si estuviera suspendida en una gelatina densa. Ella sabía que la gelatina era Dios, que estaba en todas partes y sin embargo no se dejaba ver, que estaba fuera del planeta, en las estrellas, y también en su interior, en la bola de lava ardiente. Dios estaba en las lentejuelas de luz del fondo de la piscina; estaba en el movimiento del sol y en las sombras de la pared de ladrillo pintada de blanco de su cuarto, una película de puro movimiento cuyas pautas eran como un código o un lenguaje que ella siempre se sentía a las puertas de comprender. Dios estaba en los circulitos que daban vueltas dentro de los párpados cuando intentaba conciliar el sueño, y en las visiones incandescentes de cuerpos de agua que aparecían y desaparecían, creciendo y secándose.

A veces, si cerraba los ojos con fuerza, veía una cabeza coronada de espinas, demasiado cerca para escudriñar su rostro antes de que desapareciera.

Dios no estaba dentro de la iglesia, un edificio bajo de ladrillos con palmeras en tiestos en el recibidor y bancos anaranjados con cojines en el sagrario. Dentro de la iglesia la gente no se comportaba como se supone que deben comportarse los adultos. Lloraban, o hacían el ruido de una máquina de escribir con los dientes, las manos estiradas como si pidieran algo. No era que hubiesen olvidado quiénes eran: el socio de su padre, la directora de su colegio, la señora que trabajaba en el bar del club de campo. A un adolescente retrasado al que le sudaban las manos le gustaba tocarle el pelo. Déjalo, Maggie, le decía su madre, los niños como él son angelitos de Dios, nos bendicen con sus manos. Sarah y Steven salían corriendo cuando lo veían, así que ella era la que aguantaba el chaparrón. Guapa, le repetía el muchacho, mientras le pasaba una mano húmeda por el cuero cabelludo.

Al final de los sermones la gente cantaba *Just as I Am* hasta que aparecía un señor con botas de agua en el pequeño jacuzzi que había encima del altar. Cualquier hombre podía bautizar, no solo el pastor. El señor de las botas

empujaba hacia atrás a quien fuera para sumergirlo en el agua. ¡Amén, amén!, exclamaba la gente. Ella nunca haría algo tan bochornoso. Jesús había sido avergonzado por ella. Lo habían desnudado y azotado, y lo había visto todo el mundo. ¿Por qué tenía que pasar ella también por esa vergüenza?

Es una manera de demostrar nuestro amor y gratitud, le decía la catequista. Pasar un poco de vergüenza. Zambullirse y salir otra vez a la superficie; una participación indolora en la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo.

Una noche oyó una voz al otro lado de su ventana, aterradora, tan fuerte como si un tren atravesara su dormitorio con un bramido, como si todos los tambores y platillos de una banda sonasen a la vez. *Niña, niña*. La voz parecía exasperada, igual que la de una niñera harta de jugar y que solo quiere ver la tele. Fue corriendo por la casa a oscuras hasta el cuarto de sus padres y se plantó en el lado de su padre.

Hay un hombre en mi ventana, dijo.

¿Sarah? La voz ronca del padre, una ráfaga de aliento rancio junto a su cara.

Soy Maggie, dijo. El hombre estaba diciendo *Niña, niña*.

Estabas soñando.

¡Que no! Lo he oído. Lo ha gritado desde la ventana.

¿Maggie? La voz de la madre desde el otro lado de la cama. Ven, acurrúcate aquí un rato.

Julio de 2017

Querido James:

Si tú y yo siguiéramos en contacto, te escribiría para hablarte de las visiones que estoy teniendo. Negativos fotográficos dentro de los párpados que llegan cuando estoy a punto de conciliar el sueño, como cuando era una niña. Muy probablemente las imágenes son consecuencia del hecho de que apenas duermo desde Chicago. O bien un intento del intelecto de crear un discurso oscuro a nuestro alrededor. Para convencerme de que está bien a ojos de Dios —y es conforme a nuestro acuerdo, y a los principios más básicos de la honradez humana— no estar ya en contacto contigo.

La Cabeza dándole al Corazón lo que necesita. La Cabeza diciéndole al Corazón: *Los dos, juntos, sois algo malo.*

Aun así, sufro las visiones.

1. Un halcón al final de su caída en picado, las garras extendidas; *el batir de alas descendente, a cámara lenta*. Cuando Tommy se fue a la universidad compré seis pollos. Acababan por fin tantos años de cuidados diarios, y yo lo único que quería era tener algo que cuidar a diario. Los polluelos picoteaban bajo las azaleas. Me senté en la hierba, a corta distancia, para controlar que no se metieran en el jardín de los vecinos. Hacía un calor agradable. Me recosté y me quedé dormida, y desperté justo a tiempo para ver un remolino de plumas blancas. No, chillé, poniéndome de pie y agitando los brazos. No no no. El halcón soltó el pollo, que fue corriendo a reunirse con los demás bajo los arbustos, ileso. ¿Cuánto tiempo llevaba el halcón posado en los árboles, concentrado en su objetivo, esperando verme lo bastante quieta como para dejar de suponer una amenaza?

2. Un hombre con cara de serpiente en un cementerio, de noche, descubre que un bien superior ha desbaratado sus planes. Da media vuelta, *la capa larga*

aletea tras él. Reconozco que esta figura embozada guarda cierto parecido con Ralph Fiennes en el papel de Voldemort en las películas de Harry Potter. (En la visión había también una mano con aires de garra, dedos torcidos sosteniendo una varita.) Pero era la percepción de la rabia del hombre lo que más peso tenía en la escena, su feroz propósito de redoblar cualesquiera empeños malignos que estuvieran en marcha. Entiéndelo: ese hombre no eres tú. El aleteo de la capa cuando da media vuelta es una imagen de oscuro propósito detrás de nosotros, esa cosa que quería, y quizá quiera todavía, destruirme a mí, y a ti, y a nuestras familias.

3. La rama de un árbol quiebra un parabrisas mientras la conductora va a setenta por una carretera de doble sentido; un sonido explosivo, *cristales que recubren como azúcar la piel de la conductora.* Esto no es una visión en el sentido más técnico. Puede que recuerdes que cuando ocurrió te escribí para contártelo. Ahora que lo pienso me doy cuenta de que tendría que habérmelo tomado como una advertencia. La víspera había llovido y los árboles de las laderas, con sus raíces poco profundas, estaban empapados. Yo estaba hablando por teléfono con Kate, que me explicaba lo que quería del camión de los tacos, cuando de pronto apareció un árbol flotando delante de mí, del revés, como si colgara del cielo por las raíces. La rama que atravesó el parabrisas se quedó a veinticinco centímetros. Mientras los del servicio de urgencias me quitaban con cinta de embalar el polvillo de cristales de la piel sudada —era fiesta y yo acababa de salir del gimnasio—, el policía que redactaba el parte daba vueltas y más vueltas alrededor del coche.

Y dice que no ha dado un volantazo para evitarlo.

No, dije, queriendo explicar que en la décima de segundo entre el árbol colgando y la rama rompiendo el cristal se creó una pequeña eternidad durante la cual fui capaz de evaluar la situación casi con holgura. Volantazo a la derecha y me estrello contra la ladera, volantazo a la izquierda y me arriesgo a un choque frontal; choca con el árbol y concédete las mejores previsiones.

Quince centímetros más a la derecha y una rama le habría atravesado el cráneo, dijo el policía.

Cuando te escribí para contarte lo del accidente, quise llamarte y decirte... ¿qué? *¿Móntate en el primer avión, no perdamos más tiempo? ¿Voy a ir a verte, la vida pende de un hilo, tenemos que estar juntos?*

Me alegro de que estés bien, escribiste. Y luego relataste brevemente tu propio accidente de coche, uno en el que había un autobús escolar con un equipo de fútbol a bordo.

La semana pasada me escribí en la muñeca, con un rotulador de punta muy fina y en una letra cursiva y diminuta que solo yo era capaz de leer: *alas, capa, azúcar*. Para fortalecer la determinación de no volver a contactar contigo.

¿Qué tienes en la muñeca?, me preguntó Thomas.

Unas cosas que tengo que comprar en el mercado, le dije.

Un día, mientras los niños están en el colegio —Kate en tercero, Tommy en primero—, entra en el dormitorio y ve al gato tocando con la pata un cordel que cuelga del borde de su almohada. Debajo de la almohada encuentra una bolsa con cierre de cordón que contiene un vibrador rosa muy pequeño, delicado, con forma de riñón. Aprieta el botón de la base, lo aprieta otra vez; el vibrador se acelera y cambia de ritmo.

En el fondo de la bolsa hay una nota de Thomas: *Este es solo para ti. Pruébalo, ¿no? Y, si te gusta, igual podríamos usarlo juntos.*

Dios quiere tu santidad, no tu felicidad; esto forma parte de un sermón en la iglesia de sus padres. Toda la historia, decía el pastor, es un largo relato de hombres y mujeres tratando de hacerse felices. Probando muchas muchas cosas. Nada funciona. Y claman a Dios: ¿Puedes darme algo que me haga feliz, por favor? Y Dios dice: Te doy a Mí mismo. Sí, sí, dicen, ¡pero dame algo tangible, algo de carne y hueso! Y Dios dice: Salvo que os quedéis conmigo, no tengo nada que dar.

Al menos tres veces al mes, continuaba el pastor, una esposa infeliz se presentaba en su despacho y le decía: Este matrimonio no puede ser la voluntad de Dios. Dios quiere que yo sea feliz.

Y el pastor le decía: Enséñame en qué parte de la Biblia se dice eso.

Risa incómoda, una mano por el pelo.

No es broma, decía el pastor, reclinándose, como esperando. Abre la Biblia y enséñame ese versículo.

Maggie y Thomas ocupan el sofá del terapeuta, con Kate entre ellos. Thomas carraspea una y otra vez. El doctor Pierson es alto, delgado, con barba negra y gafas de montura al aire. Está sentado en una silla frente a ellos, vestido con camiseta, vaqueros y zapatillas Puma. Su despacho es como una salita: sofás y sillas, una mesita baja con un cuenco lleno de bombones de chocolate y caramelos de menta. Juguetes, libros de Harry Potter, una videoconsola.

Bueno, señorita Kate, dice el doctor Pierson. Me he enterado de que estás teniendo pensamientos que repercuten sobre tu cuerpo.

Kate se queda callada. El doctor Pierson no mira a Maggie ni a Thomas. Coge un libro, lo hojea, lo levanta.

¿Has leído alguno de estos?

Ese no, dice Kate. Pero vi la peli.

¿Cuál es tu libro favorito de momento?

No lo sé.

Te gustó mucho el primero, ¿te acuerdas?, dice Thomas. El que yo te leí, que salían lechuzas.

En todos salen lechuzas, dice Kate.

El doctor Pierson se saca del bolsillo una figurilla de plástico y se la ofrece a Kate.

¿Sabes quién es?

Lupin, dice.

¿Te acuerdas de cuando se transforma en hombre lobo? Esa parte me dio mucho miedo. Y a mi hijo, que tiene doce años, también. ¿A ti te dio miedo?

Kate asiente.

Imagínate que hubieras tenido un mando a distancia en el cine. ¿Habrías querido cambiar de canal?

Lo que hice fue cerrar los ojos, dice Kate.

Quiero que pruebes a hacer una cosa, propone el doctor Pierson. Quiero enseñarte cómo crear tu propio canal dentro de tu cabeza. ¿Qué es lo más bonito que se te ocurre?

Una cría de conejo.

¿Y tu color favorito?

El azul.

Vale. Pues quiero que cierres los ojos y veas un conejito azul. Es tan esponjoso que casi no le ves los ojillos entre tanto pelo. Está dentro de una cesta. La cesta está atada a un globo aerostático gigantesco con rayas de los colores del arcoíris. No vuela muy alto, justo por encima de la hierba. El conejo se asoma por el borde de la cesta. Tiene los ojos muy grandes y las orejas azules muy tiesas. ¿Me sigues?

Kate asiente.

Ahora viene la parte en que tienes que ser valiente. Quiero que cambies de canal. Quiero que te imagines la escena de la peli del prisionero de Azkaban en la que el profesor Lupin se transforma en lobo y abre las fauces y enseña los dientes afilados. Quiero que lo mires con atención. Las fauces se acercan. Dime cuando lo veas.

Lo veo.

Bien. Y ahora, rápido, vuelve a pensar en el conejito. Puedes abrir los ojos, Kate, dice el doctor Pierson. Voy a hacerte unas preguntas. No hace falta que respondas si hay algo de lo que no te apetece hablar. ¿Cómo te has sentido cuando veías al conejito?

Contenta, creo.

¿Y tu cuerpo? ¿Has notado algo en los brazos, en las manos, en la boca? ¿O en los ojos, la garganta o la tripa?

Pues... ¿tranquilidad?

Tranquilidad. Magnífica palabra. ¿Y cuando has visto a Lupin?

He tenido miedo. Solo un poco.

¿Has notado algo distinto en los brazos, las manos o la cara?

Creo que no. Un poco de rigidez, a lo mejor.

Pues mira: ahora ya sabes todo lo que hay que saber sobre mi trabajo. Porque lo único que yo hago es ayudar a las personas a comprender que las cosas que piensan con la mente y las cosas que notan en el cuerpo están conectadas. Estoy convencido de que vas a saber responder a esta última pregunta, dice el doctor Pierson. Cuando el canal ha cambiado, ¿quién tenía el mando a distancia?

Yo, dice Kate.

¡Tenemos una ganadora, damas y caballeros!, dice el doctor Pierson. Puedes cambiar de canal mentalmente cada vez que tengas pensamientos que empiecen a dominar tu cuerpo. Ahora solo tenemos que vernos unas cuantas veces más para practicar.

Cuando acaba la sesión, el doctor Pierson le dice a Kate que puede jugar con la consola mientras los mayores despachan los temas aburridos en la sala de espera.

La ansiedad es increíblemente habitual entre los niños precoces, dice el doctor Pierson. La imaginación los lleva por caminos que su cuerpo no está preparado para afrontar. Me gustaría empezar con unos ejercicios de *biofeedback*. Nada de medicación de momento. Y otra cosa, dice, esto lo pregunto siempre, así que, por favor, no os lo toméis como algo personal: ¿pasa algo más en casa que yo deba saber?

Agosto de 2017

Querido James:

Hubo una cuarta visión. Esta no me muestra ninguna oscuridad. Pero era igual que las otras tres —vívida, pertinaz—, así que no sé cómo ponderarla.

Estaba en el avión en LaGuardia, al día siguiente de verte en Nueva York. Éramos duodécimos en la cola para el despegue. Cerré los ojos y apoyé la cara en la ventanilla, y contra la oscuridad de mis párpados vi la ciudad despojada de todos sus edificios menos tres: la Freedom Tower al fondo, el Empire State en el centro, y en lo más alto, en algún punto del Bronx, un crucifijo inmenso, tan alto como alargada era la isla. Si la cruz hubiera sido un ser humano, la Freedom Tower le habría llegado a la rodilla. Mientras yo la contemplaba, la cruz se puso en horizontal sobre Manhattan. Se inclinó hacia delante y cayó. El travesaño más corto se convirtió en un par de brazos que envolvía a la isla, como si la cruz estrechara una almohada contra su pecho. Manhattan se enroscó en sí misma. *Todo este amor*. No quiero afirmar que oí las palabras, pero las sentí, una nota de bajo atravesándome el cuerpo. *Todo el caos y la gloria de esta ciudad, y aún más. Y a ti, con tus ideas obstinadas, en la agonía de la tentación: te aceptaría tal como eres*. Y sin embargo, ¿cómo reconciliar las otras visiones del mal que hay detrás de nuestra situación —juicio, obediencia necesaria a un estándar imposible—, cómo equilibrarlas con este atisbo de amor incondicional y misericordia infinita? ¿Quién podría inventarse una religión tan contradictoria? Si existe eso que llaman verdad divina, tendría que llegarnos trasladada de este modo, revelando la incompetencia de nuestro cerebro para comprender (debemos considerar A y no-A como verdaderas, simultáneamente), y al revelar así nuestras limitaciones intelectuales, demostrarse «verdadera» más allá de categorías binarias como «verdadero» o «falso».

O tal vez la complejidad sea simplemente el cerebro humano justo antes de la locura, funcionando al máximo de sus capacidades evolutivas. Se acabó

el blanco y el negro, todo gris. Y luego desaparecemos. Un virus eliminado del planeta.

¿Y si un día te despertaras con la noticia de que el cadáver de Cristo ha sido definitivamente identificado? ¿O de que se ha elaborado un estudio científico, irrefutable y sin fisuras, para desmentir la existencia de Dios, y que el estudio demuestra —más allá de toda duda— que no existe? ¿Qué sentirías?

Alivio.

Una tarde de otoño, cuando Kate ya lleva varios meses viendo al doctor Pierson, Thomas entra en la cocina con una caja del tamaño de un televisor, con agujeros en la tapa. Lo coloca en el centro de la mesa; la caja gime y da sacudidas.

Maggie acaba de volver del mercado con los niños. En la mesa hay calabazas, kits para vaciarlas; un casco del ejército, una tiara y una varita mágica; pintura de camuflaje para la cara, bolsas de caramelos.

¿Qué creéis que hay dentro?, pregunta a los niños.

¡Dínoslo!

Tenéis que adivinarlo.

¡Un cachorro, un gatito, un conejito, dínoslo!

Thomas abre la tapa y saca un labrador negro de ocho semanas. Se mea en la mesa, sin dejar de mover la cola.

Míralo, está todo emocionado, dice Maggie.

¿Puedo cogerlo? Kate está al borde del llanto. ¿Puedo ponerle nombre?

Ya va a dormir en tu cuarto, Kate, dice Thomas. Deja que Tommy le ponga nombre.

Yo quiero que duerma en mi cuarto, dice Tommy.

Tú lo sacarás, Tommy, dice su padre. Esa será tu misión especial.

Thomas baja al cachorro al suelo de la cocina; tiene unas patas inmensas, que resbalan y se abren. Tumbado sobre la panza, husmea y lame con ganas una mancha del suelo de madera.

El gato de Duncan se llama Wiggins, dice Tommy. Y también es negro.

Pues Wiggins, dice Thomas. Mira, si te untas mantequilla en la mano te la lame como loco.

En el maletero de su coche hay una jaula para perros, todavía desmontada. Thomas la ensambla y Maggie lo ayuda a subirla al cuarto de Kate. Kate está sentada en la cama, con un edredón azul echado sobre el regazo y el cachorro dormido en el nidito que ha fabricado entre sus piernas cruzadas.

¿Por qué tiene que dormir en una jaula?, pregunta Kate.

Para que no haya accidentes, dice Maggie. Cuando esté entrenado podrá dormir en la cama contigo.

Toma, mi mantita de elefantes, dice Tommy, entrando con la manta de cuando era un bebé.

¿Quieres dormir aquí esta noche, Tommy? ¿Puede dormir Tommy en mi cuarto?

Instalan al cachorro en la jaula y los niños preparan la manta de Tommy en un rincón. Se sientan delante del armazón, introduciendo las manos.

Duérmete, Wiggins, dice Kate. Tommy, pásame ese libro. No, el otro, el del ratón.

Kate le lee al cachorro por encima de los gimoteos y ladriditos, hasta que el animal se enrosca y se desploma sobre la manta.

Puede que sea lo que necesita, dice Maggie esa noche, en la cama.

Yo tenía un perro a su edad, dice Thomas. No sé por qué no se me había ocurrido antes.

Es una genialidad, dice ella.

Thomas se gira para mirarla y le mete una mano bajo el camisón.

¿Lo has probado ya?, pregunta.

No me ha apetecido.

Algo tenemos que hacer.

Quizá podríamos hablarlo, sin más.

Joder, Maggie, yo lo intento.

Más tarde, después de que ella se haya puesto de lado y haya articulado los ruidos que sabe que ayudarán (¿Qué tiene de malo fingir? ¿Qué tiene de malo?); después de que Thomas la haya embestido tan fuerte que ella ha gritado de dolor, y él haya embestido con más fuerza aún, pensando que le gustaba; después de haberse corrido en las sábanas y haberle pedido perdón con los hombros temblorosos, y de que ella le haya dicho que no, que le ha gustado; después de que le haya rogado que no lo abandone, y prometido, otra vez, que esperará, que no le pedirá que use nada, que le ofrecerá solo su propia piel, su carne y su sangre (*Vamos a tirar el vibrador, le había dicho, lo metemos en una bolsa de basura y lo sacamos al contenedor*); cuando todo esto ha terminado y Thomas duerme por fin a su lado y se apodera de ella el

entumecimiento gris, solo entonces se le ocurre rezar, y recita un poema que recuerda a salto de mata: *Querido Dios, mi roca, mi bastión Jesucristo, escúchame. Estoy aquí perdida, escondida, expulsada del centro. Ponme en peligro, si no mi cuerpo, mediante palabras martilleadas en mi cerebro, o mediante una muerte como fuego, como lento desuello, como lirios sangrientos. Pero no esta nada.*

Octubre de 2017

Querido James:

Hace seis semanas que empecé este diario. O, lo que es lo mismo: hace seis semanas que no rezo.

La autora del libro sobre el azul (no la sacaría tanto a colación si te estuviera mandando estas cartas de verdad) escribe sobre la «nostalgia del samsara». La añoranza del pasado, el nuestro o el de otro; en la tradición budista, una fuente del *dukkha*, término sánscrito en la primera de las Cuatro Verdades Nobles que las más de las veces se traduce por «sufrimiento», aunque por su sentido se acerca más a insatisfacción. Esta nostalgiasufrimiento tiene un propósito noble: nos alerta de nuestro apego a la ilusión del ciclo nacimiento-muerte-encarnación. La importancia de escapar de la rueda en llamas del samsara. *Y sin embargo, las garras del apego parecen afilarse, escribe, en cuanto empezamos a comprender la necesidad de rehuirlas.*

Cuando se clavan las garras del apego, me recuerdo a mí misma que el acto de recordar altera el objeto recordado. Que he reproducido tantas veces lo que ocurrió en Chicago que aquella noche se ha transformado en un producto de mi completa invención. ¿Quién decía que si alguien le regalaba flores ella las colocaba en un jarrón sin agua, les dirigía una mirada adusta y luego las guardaba en el fondo de un armario, porque no podía esperar a que murieran para poder deleitarse recordándolas?

C. S. Lewis afirma que, si fuéramos capaces de regresar al *locus* de nuestra nostalgia, el lugar o la persona o el instante en que experimentamos alegría, solo hallaríamos más nostalgia. Por mucho que nos remontásemos — las vistas desde una ventana de la infancia, la luz en movimiento en la pared de una habitación—, solo hallaríamos un deseo insatisfecho que es en sí mismo más deseable que cualquier otra satisfacción. Un indicio no de la ilusión de nuestra existencia, sino de su realidad última en cualquier otra

parte. Un hogar antaño conocido que ahora no logramos recordar, al que algún día volveremos.

Intento mantener estas dos perspectivas en equilibrio. Budista, cristiana. Imposible. Una desemboca en el nirvana, en el no ser; la otra, en la resurrección personal, individual. La idea cristiana de un más allá en el que todos seguimos existiendo como individuos, pero juntos, como un solo cuerpo —nuestros antepasados, hijos, nietos, amigos, todas las almas que hemos tocado, que ellos han tocado, y las que esas personas han tocado a su vez, y así sucesivamente, una grandísima urdimbre colectiva de personas, cada una dueña aún de su identidad, pero de un modo nuevo, completo, interconectado— suena bien, la verdad. Suena como cuando una niña le dice a su madre que tiene amigos en el cielo.

Pero la otra idea. Zafarse de las garras. Qué alivio sería dejar de desear sentir, una vez más, tu bigote en la cara interna de mis muslos.

Finge que la piscina es una sepultura. Deja que su cuerpo se sumerja y yace, bocarriba, con los ojos abiertos, en el fondo del extremo menos hondo. Presión en los oídos, arden los pulmones, el cielo aún visible pero transformado en gradaciones ondulantes de azul y blanco. El peso del agua, una gasa bondadosa entre mundos. De noche, en la cama, también se imagina muriendo: la repentina caída de las piernas hundiéndose en el colchón, la sacudida del despertar para volver a la posición horizontal. Morir será eso mismo, se dice. No inspira ningún miedo. Sus piernas caerán, sus pies descubrirán un suelo nuevo y sólido, y ella, simplemente, se levantará.

¿Consideras esto —imaginar tu propia muerte— como un recuerdo de infancia positivo?

Sí.

¿No te asustaba la idea de morir? Cuando era niña, no.

¿Recuerdas cuándo te dio miedo por primera vez?

No estoy segura. Más o menos cuando me quedé embarazada de Kate.

¿Recuerdas otras ocasiones a partir de entonces?

En el coche, cuando me dieron el alta después de la cesárea de Tommy. En un avión a Londres. En la habitación de hotel con James.

¿De qué tenías miedo concretamente en cada caso?

De que tuviéramos un accidente y el cinturón me rasgara los puntos y muriera desangrada antes de que llegase la ambulancia. De caer al océano desde el

cielo, los momentos finales de terror, sabiendo lo que estaba a punto de pasar, y ser incapaz de evitarlo. De que, si me moría esa noche, en el hotel de Chicago, mi familia se enteraría. De que lo que estaba pasando esa noche no volvería a pasar nunca más.

Vamos a hablar de Chicago.

No puedo. Todavía no.

Tarde o temprano tendrás que hacerlo.

Contarte lo que pasó le quitará poder al recuerdo. Desteñirá un poco los colores.

¿Y no es eso lo que quieres? ¿Por qué vienes a hablar conmigo? ¿Para aliviar un poco el sufrimiento de la pérdida, para seguir con tu matrimonio con perspectiva?

Sí, sí a todo...

Entonces: llegasteis al hotel después de la sesión de cine abortada...

Y fue muy triste. Deprimente, a decir verdad. Nos desvestimos uno frente al otro y, desnudos, solo podíamos pensar en el hecho de que nuestras respectivas parejas habían visto una versión más joven y musculosa de nosotros. Yo me pasé un brazo por debajo del pecho para levantarlo, y con la otra mano me tapaba el vello; él cruzó los brazos sobre la curva del vientre. Un beso rápido y volvimos a vestirnos y vimos reposiciones de *Seinfeld* hasta que nos quedamos dormidos.

En realidad, la agresora fui yo. No sé de dónde lo saqué, yo nunca he sido así con Thomas. Lo puse bocarriba y lo cabalgué tan fuerte que hizo un mohín. *Cuidado, repetía, cuidado, tengo una hernia discal.*

En realidad, me penetró de tres formas al mismo tiempo. La polla en la boca, su lengua por delante, sus dedos por detrás. Me giró y me levantó por las caderas para poder entrar de otra forma —*No quiero la parte de ti que ha tenido Thomas, quiero lo que está intacto*— y yo lloraba porque quemaba, sollozos guturales que él ignoró hasta que acabó y me dio la vuelta otra vez y detuvo el llanto con su boca. Después le supliqué que lo hiciera así otra vez, es decir, yo recibía de buen grado el dolor como manifestación conveniente de la traición que estábamos alumbrando esa noche, una versión a pequeña escala del quebranto que estábamos creando, en nosotros si manteníamos la aventura en secreto, en nuestras parejas si la confesábamos, y en nuestros hijos, nietos, amigos, compañeros de trabajo y todas y cada una de las putas personas que a lo largo de los años habían conocido y admirado nuestros duraderos matrimonios.

En realidad, fue algo sobrenatural, extático en un sentido religioso; en el punto más profundo de la penetración, la habitación se desmoronó y el cielo se abrió y fuimos absorbidos por galaxias eléctricas, nuestros cuerpos fusionados en presencia de un Dios que nos permitió alargar las manos y pasar los dedos por la punta de sus barbas...

Suficiente. Veo que no estás preparada para esto.

(Pero Dios, Dios, desgarrado amigo de mi infancia, tú lo viste todo aquella noche. Cómo me eché a llorar en el ascensor, envuelta a medias en su chaqueta. Seguí llorando mientras nos desvestíamos. Las piernas no dejaban de temblarme, no pude llegar a la cama, solo desplomarme en el suelo en bragas y sujetador mientras él se sentaba a mi lado y me acariciaba la cara y, con una ternura casi insoportable, terminaba de desvestirme. Me cubrió con su cuerpo, su peso clavándome a la moqueta, y luego me penetró y no se movió hasta que me corrí, y luego otra vez. Me habló en todo momento como si yo fuera virgen. *Ahora, respira*, me decía. *Cariño. Necesitas respirar.*)

Dos

Invisible, implacable, la erosión de la huella humana en el planeta. La vieja enemiga Natura royéndolo todo incesantemente, viento y agua y planta invasora. Húmeda emergencia de palma y helecho, musgo y líquen, trepadora y aligustre; feroz expansión del kuzu, un sol surgiendo de unos bosques cubiertos de trepadoras con decorosa buena voluntad (nos decimos), de modo que olvidamos percibir el aumento gradual de las temperaturas. El aire pegajoso, agobiante, siniestramente detenido. Y sin embargo, cada cierto tiempo, al anochecer, una brisa caliente, como una respiración por la boca contenida y expulsada de repente, recorrerá la calle como una flecha, haciendo temblar las hojas por el camino y doblando las puntas de las espadañas recién brotadas en las cunetas. Casi puede verse ese aliento desde arriba: una única hebra de aire, como un dedo, abriéndose camino hacia la casa de dos plantas con el farol de gas con forma de globo parpadeando junto al buzón de casa de muñecas. Agita las agujas de los pinos que obstruyen los canalones de la vivienda de la vieja señora Lawson (Lady, su golden retriever, ladra en el porche; ¿qué percibe esta tarde, cuando el viento le ondula el pelaje y gime, y luego da con la pata en la puerta para que la dejen entrar?), puntea la superficie de una piscina, y mece imperceptiblemente el falso aldabón sostenido por la estatua de un hombre negro de uniforme. Traza un sendero a través de la fitolaca y la romulea en el solar que hay dos casas más allá y envuelve el soto de moreras del que aún caen frutos maduros. Deja atrás la fila de lagerstroemia de la finca de al lado, provocando que unos diminutos pétalos rosas se suelten y caigan, en silencio, al suelo.

Mira cómo se detiene ante la casa sobre su elevación de terreno, la parte de abajo en semipenumbra, el piso de arriba a oscuras. (La hija, ataviada con un fino camisón blanco, se ha destapado y duerme bocabajo, marcados los delicados huesos de la columna vertebral a la débil luz nocturna, mientras al otro lado del pasillo, bajo una manta con estampado de elefantes, el hijo yace bocarriba, los brazos por fuera, cada palma suave ahuecada, como si acunase

una galleta.) El aire remonta el césped de la entrada y se curva en torno a las geometrías externas de la vivienda, temblando contra los cristales de las ventanas. (El marido oye un repiqueteo y levanta la vista un instante para ver su propio reflejo pálido; está trabajando todavía, consultando la web de un cliente de Chattanooga al que visitará mañana, una empresa familiar en su tercera generación, desesperada por contratar mujeres y minorías.) El aire se retuerce en torno al manzano silvestre y repta por la menta y la albahaca del huerto, florecidas. En la parte trasera de la casa, aprieta una ventana en la que parpadea una tenue luz azul. (La esposa está echada sobre almohadones, leyendo, con un foco orientado hacia el libro. Oye un suave golpeteo en el cristal y se acuerda de que tiene que podar la buddleja. Cuando está a punto de quedarse dormida nota una exhalación en la nuca. ¿Thomas?, dice, estirando el brazo hacia su lado vacío de la cama.)

Creo que voy a escribirle, dice Maggie.

Una mañana de sábado en agosto. Thomas y ella están sentados en el porche trasero. Los niños —adolescentes— duermen todavía.

¿A quién?, dice Thomas, levantando la vista del portátil. Sus pies descansan sobre el cristal templado de la mesita de café que los separa. Hojas de magnolio y agujas de pino ensucian la entrada para los coches, una tormenta que estalló durante la noche. La mañana es fresca, hay brisa, las lagerstroemia centellean gotas de lluvia. A mediodía volverá la humedad.

Maggie sostiene un libro. Siempre con un libro en la mano, en el bolso, junto a la cama.

A James Abbott, dice. Es un formalista. Escribe en yámbicos ultrarregulares, pero al mismo tiempo se percibe un... no sé... un caos entre líneas.

Thomas asiente. Siempre ha sabido escuchar.

En apariencia escribe sobre el sufrimiento apocalíptico creado por una economía de mercado, dice. Formó parte del movimiento Occupy.

Los del Occupy, dice Thomas. Levantando sus vasos del Starbucks en señal de protesta.

Me recuerda un poco a Hopkins, dice ella, ignorando el desaire. Recalibra el lenguaje de la fe. Asimila las formas clásicas de hablar de Dios y las trasciende.

Léeme algo, dice Thomas.

Ella sabe que es su recurso para involucrarse en el diálogo cuando se siente amenazado, tratar de comprender lo que ella le está diciendo e invitarla a profundizar un poco más. Y a cambio de esa apertura —aunque ella no lo diría así, algo a cambio, así funcionan ellos, sin más, una suerte de acuerdo tácito— ella se lo cuenta todo. Con frecuencia, más de lo que él necesita saber. Que escribirá al poeta, por ejemplo.

Abre el libro por la página de su poema preferido, lee unas cuantas estrofas, levanta la mirada.

Dios mío, dice Thomas. Estás arrebatadora cuando lees, ¿lo sabías?

De: Margaret Ellmann <magselm@gmail.com>
Fecha: 12 agosto 2013, 11:48
Para: James K. Abbott <jlabott@princeton.edu>
Asunto: hola y gracias

Estimado señor Abbott:

Le escribo para contarle lo mucho que he admirado su última antología. La leí durante un vuelo largo, y fue como despegar en un universo y aterrizar en otro. Sus poemas han liberado algo. Han purificado mi percepción, en cierto modo. No sé muy bien cómo describir la experiencia. Una sensación renovada de santidad en el mundo. Me ha brindado un apoyo fundamental a la hora de articular mi propia fe. En una mesa redonda en Boston en la que participé con dos escritores —ambos varones que declararon su desprecio hacia la organización religiosa—, el moderador me preguntó a bocajarro si yo era creyente. No estoy segura de que hubiera dado la misma respuesta si no hubiera leído su libro antes.

Ahora leo con interés sus ensayos de *Hábito de perfección*.

Es la primera vez que le escribo a un autor que no conozco personalmente. Pero, parafraseando a C. S. Lewis, «a veces se cruza en tu camino un libro tan semejante al sonido de tu lengua materna en un país extranjero, que resulta casi incívico no enarbolar algún tipo de bandera como respuesta».

Espero de veras que lleguemos a conocernos algún día. Hasta entonces, le doy las gracias de todo corazón por su hermoso trabajo.

Con afecto,
Maggie Ellmann

De: James K. Abbott
Fecha: 17 agosto 2013, 9:12
Para: Margaret Ellmann
Asunto: RE: hola y gracias

Querida Maggie:

Gracias por el tiempo y las palabras que me dedicas, y por ser un alma solidaria en estos tiempos aterradores de alegre nihilismo. Nietzsche, Camus y Beckett —toda su significativa insania— se me antojan tremendamente sociables comparados con la insulsa locura de hoy. Hubo un tiempo en que los escritores clavaban sus creencias en las puertas de las iglesias o las proclamaban a gritos entre las llamas. Ahora las susurramos al micrófono en mesas redondas. ¿Por qué no puede haber una Gran Mesa Redonda (¿quizá también un Gran Inquisidor?) y acabar con esto de una vez?

¡Ojalá supiera lo que respondiste a ese moderador!

Y en *Hábito* hay mucha tontería. No me lo tengas muy en cuenta. Quiero escribir un prólogo nuevo para ese libro, pero no doy abasto con el trabajo que ya me traigo entre manos. No doy abasto con nada últimamente. Estoy convencido de que así es tu vida también, porque creo que tienes dos hijos, como yo. Te he googleado; estoy deseando leer tu libro. Relatos interconectados sobre sureños que se preparan para un segundo advenimiento inmanente suena fenomenal, subversivo y curioso.

Me sorprende que tengas tiempo para ir al baño, no hablemos ya de escribirme un email. Pero quiero que sepas que te agradezco mucho que hayas enarbolado esa bandera. Espero hallar el modo de conseguir que vengas a Princeton en algún momento para que podamos charlar tranquilamente.

Con afecto, James
P. D.: (¿Señor Abbott?)

Querido James (¡*James!*):

Sí, sí, el susurro colectivo desde el estrado. Y me declaro culpable. Estaba escribiendo un texto por mi cuenta, titulado «El escritor cristiano en los Estados Unidos poscristianos», al estilo de «La novelista católica en el Sur protestante». Había escrito un bloque entero sobre mi sensación de aislamiento; la aflicción, el anhelo de volver a una literatura de la fe viable. Lo quité justo antes de la entrega. Me amilané. Creo que fue lo mejor. Era un ensayo pontificador, e incluía un manifiesto contra «la industria editorial cristiana», la cual —te lo digo en confianza— no ha hecho sino diezmar el entendimiento teológico real y llevar cada vez más lejos la desaparición del pensamiento intelectual y la discusión sobre la religión en este país. Resumiendo: lo que en 1935 T. S. Eliot temía que pasara ha acabado pasando. Seguro que conoces la cita, pero te la copio de todos modos: «La última cosa que desearía sería que existieran dos literaturas, una para consumo de los cristianos y otra para el mundo pagano. [...] La mayor parte de lo que leemos lo escribe gente que no solo no posee las mismas creencias, sino que ignora el hecho de que aún hay gente en el mundo suficientemente “atrasada” o “excéntrica” para continuar teniendo fe».

Pues de hecho mi marido y yo vivimos unos años en Princeton. Yo estaba haciendo el doctorado en literatura comparada. Gracias a Dios no lo acabé, porque me hace mucho más feliz la faceta creativa. Me quedé embarazada y nos mudamos a Nashville, y aquí seguimos. Empecé otro programa de doctorado, esta vez en Vanderbilt, confluencia de poesía y teología. Y como es natural me desvié hacia la escatología y escribí una pequeña y extraña antología en lugar de acabar la tesis. Al parecer no está escrito que me haga doctora.

Lo que ojalá pudiera hacer es escribir poemas.

Estaremos encantados de tener una excusa para ir por allí. ¿Sigue abierto el Teresa Caffè de Palmer

Square? Nuestro italiano favorito. ¿Y Chez Alice? (¡Qué cruasanes!)

Con afecto, Maggie

Querida Maggie:

Conque has estudiado aquí... Razón de más para que vuelvas. Mi mujer y yo os invitaremos a cenar en el Teresa, que sigue abierto, sí, y es también nuestro preferido. Si todo lo demás falla, acaban de invitarme a dar una conferencia e impartir un taller de un día en un congreso que se celebrará en Nashville el verano que viene. Normalmente declino ese tipo de invitaciones: los congresos me parecen una distracción del trabajo real, y uno sale de ellos con una percepción alterada de su propia importancia. Pero algo hay en que me hayan invitado a esto justo ahora, ¿no te parece? A lo mejor estamos predestinados a encontrarnos.

Entretanto, sigamos con nuestras conversaciones. ¿Has leído *Indivisible*, de Fanny Howe? Creo que te encantaría. ¿Te puedo mandar un ejemplar? Si me das tu dirección te lo enviaré enseguida.

Con afecto, JA

Querido James:

No, no lo he leído, y sí, me encantaría que me lo mandaras. Encontrarás mis señas al final de este mensaje.

A mí también me han invitado a ese congreso. Profeta en mi tierra, jaja. Qué más da que casi nadie que yo conozca haya leído el libro.

Estoy deseando que nos veamos allí, si no antes.

Con cariño, ME

Querida ME:

Ay, ese desenfadado autodesprecio al firmar con tus iniciales. *Me*. Yo. Genial.

Aquí tienes el libro. Escríbeme cuando lo termines. Tengo curiosidad por saber qué opinas de McCool en el armario.

Con cariño, JA

P. D.: Perdona la caligrafía, nunca se me ha dado bien la pluma. Sospecho que por eso me hice poeta;

uno trafica con palabras sueltas. Me siento tremendamente agradecido por haber nacido en la Era de la Herramienta de Escritura Manual. De haberlo hecho en la generación del teclado habría acabado —el horror— de novelista.

El invierno se instala en el barrio, mañanas húmedas y nubladas, tardes luminosas y glaciales, a veces nieve suficiente para sacar los trineos e ir al campo de golf, donde las familias se reúnen en lo alto de una colina escarpada. Carcajadas y gritos, pies congelados, lágrimas, bufandas mojadas, guantes extraviados. Padres tirándose con niños pequeños de mejillas encendidas entre las piernas. Madres con termos de chocolate caliente y latas de nubes de azúcar concentradas cerca de los coches, comentando planes de viajes y regalos navideños.

Encerrado en la casa, el perro frota el hocico compulsivamente contra los cojines del sofá. El hijo, vestido para la fiesta navideña del colegio, se desliza pasamanos abajo. Salta un barrote, el pasamanos cede, y el niño se cae y se fractura una muñeca. El marido lleva al anciano gato gris al veterinario dos veces por semana para que le pongan inyecciones; en el asiento de atrás, un gruñido apagado sale del transportín. Venga, Señor Smokes, venga, abuelete, aguanta. Has sido un buen gato, un gato bueno y fiel. Has redimido a tu especie. Eres mucho mejor de lo que jamás hubiera imaginado, dice el marido sin apartar la vista del parabrisas, enjugándose los ojos con la manga de la camisa.

Aparece una grieta en la pared de yeso donde está señalada la altura de los hijos en lápiz, ceras y rotuladores; un lugar muy mal elegido, orientado al sur, en el que las marcas más bajas ya están desapareciendo. A los platos decorativos alineados en una estantería de la cocina le crece una capa de polvo. Un lavavajillas que pierde agua hincha los puntales del suelo de madera, hasta que una mañana una plancha suelta se levanta y la hija se da un golpe en un dedo del pie al ir a enjuagar el bol de los cereales. Los goznes de la puerta batiente que comunica cocina y comedor se aflojan. Un día, cuando el perro cruza el umbral, la puerta se cierra de golpe y le pilla la cola. El perro chillaba e inmediatamente se lo hace encima.

En el sótano, el moho se come la tela de un cochecito, manchas negras empiezan a fusionarse y multiplicarse, hasta que se produce el gran desgarramiento silencioso de una parte de la tela, que se resbala del armazón y queda colgando salvajemente en el espacio por un momento.

Los días son cada vez más calurosos. Los conductores de trineos desaparecen del campo de golf. Con la luz acuosa de la primavera solo se oye el susurro y el chasquido de los golpes de salida, el zumbido de los carritos, el suave picoteo de los palos sobre los cuidados *greens*, el latiguelo de las banderas en las puntas de los mástiles.

De: Margaret Ellmann

Fecha 21 julio 2014, 10:16 Para: James K. Abbott

Asunto: adjunto poemas

Querido James:

Fue fantástico conocerte por fin y pasar un rato contigo aquí en Nashville. Gracias por dedicarme un día.

Lo prometido es deuda: un poema. Dos, de hecho. Advertencia: son malos. Soy novata. Imagíneme a tus pies, una aprendiz ansiosa.

Con cariño, ME

La retención

Hora de despedirse, dijo papá. Pensé que lo diría mi tío, pero él dijo: No, nos corresponde a nosotros.

Junto a un postigo de listones, brazo levantado y levantado por la muñeca, como movido por un hilo. Papá se deslizó sobre el linóleo,

y de nuevo por la pared. Cuando preguntó:

¿Por qué hace eso?

Era su hermano pequeño.

Tocar, dijo la enfermera, a los seres queridos que esperan.

Intenté darle un sorbo de agua.

Sujetó la pajita cortada entre los dientes, de los que sobresalía, elegante, como un puro.

La enfermera apretó las mejillas
hasta que la pajita rebotó
sobre la sábana del pecho. Solo si lo piden, dijo.

En la sala para la familia, no lloré
porque lo echaría de menos.
Era el agua, esa pajita.
La piedad feroz de la retención.

Fiel protestante en la catedral de Nogales, Sonora, México

Verónica es maravillosa. Enjuga el polvo del rostro
de Jesús en la escultura
junto a Simón, aunque no la mencionan los
Evangelios.

Veo a una mujer calva de cáncer pegar diminutas
rosas de seda a los pies, manos
y costados del cuerpo que cuelga del crucifijo.

La curación es el final
de todas las cosas. Dentro de la catedral,
los congregantes llevan camisas con alzacuellos
y leotardos. Mañana barrerán suelos,
cogerán coles.

No nos es ajeno el ritual. Algunos descendemos
a ríos, representamos la muerte,
el entierro, la resurrección, un tanto avergonzados
de nuestro pelo mojado.

De: James K. Abbott
Fecha: 21 julio 2014, 16:21
Para: Margaret Ellmann
Asunto: RE: adjunto poemas

Querida Maggie:

Los poemas no son malos. Ni de lejos. El primero es deslumbrante, el golpe del verso final da justo en el clavo. El chasquido que emite al cerrarse una caja de perfecta ejecución, como decía Yeats.

El segundo también es bueno. Le he hecho un par de retoques. A ver qué opinas.

Recuerdo a menudo y con cariño el día en Nashville. ¿No podemos dar con la manera de repetir?

Con cariño, JA

Querido James:

¡Me siento como una caricaturista enseñándole borradores a Da Vinci! Pero me gustan tus retoques. Gracias por dedicarles tiempo. Por tomártelos en serio. Son muy directos, pero seguramente es la única clase de «poesía» que soy capaz de crear.

¿Quién era el que decía que todo el mundo quiere ser poeta? Y al fracasar intentas escribir cuentos; y al fracasar también en esto te rindes y escribes una novela... ¿Faulkner? ¿Updike?

Necesitamos repetir, sí. Me encantaría conocer a Beth. Lástima que no vivamos más cerca.

He estado leyendo los sermones de Lewis en *El peso de la gloria*. ¿Conoces el de la transposición? Expone la idea de que el lenguaje de la fe es una traducción de un sistema más elevado a otro más bajo. Pepys escribió en su diario que cuando experimentaba un placer estético se sentía igual que cuando estaba enamorado de su esposa, o enfermo con gripe. En otras palabras: las emociones eran muy distintas, pero las manifestaciones biológicas eran idénticas. Naturalmente el sistema físico es... más tosco, por decirlo de alguna manera. Menos complejo que el emocional. De modo que el sistema más bajo (el físico) tiene que depender de los mismos mecanismos para expresar las complejidades del más elevado (emoción, psicología). Lo mismo ocurre cuando interpretas al piano una pieza compuesta para orquesta: las teclas tienen que valer para las flautas, los violines, los cellos, etc.

Ídem con el lenguaje de los textos sagrados. ¿Quién se extraña, dice Lewis, de que la Biblia no pueda proporcionar nada mejor para un Apocalipsis que joyas, música, coronas y tronos, los mismos elementos conocidos de nuestra existencia terrestre? Este fenómeno se observa también en la mística, sobre todo en las visionarias medievales. El lenguaje erótico empleado al servicio de un amor que está muy lejos de ser sexual. Hadewijch de Amberes, Beatriz de Nazaret, Matilde de Brandeburgo. Ángela de Foligno sobre todo (¡su visión del amor como una hoz penetradora que se acerca a

ella!). La cuestión es que habitamos el orden más bajo, de modo que cuando el elevado intenta colarse solo puede ser por transposición. Pero desestimar el orden superior porque las imágenes resultan pueriles sería como negarse a contemplar un cuadro porque solo plasma dos dimensiones. No se nos pasaría por la cabeza. Comprendemos la traducción.

Puede que escriba algo sobre esto. Quizá ese ensayo sobre la América poscristiana, finalmente.

Me gusta escribirte estas cosas. No sé si te lo dije cuando estuvimos juntos en Nashville, pero a Thomas no le tira nada lo religioso. Me apoya totalmente, pero hablar de Dios con alguien que se lo toma en serio... es algo que no sabía que echara en falta, y ahora que está pasando me doy cuenta de lo mucho que lo necesitaba.

Con cariño, ME

P. D.: Por fin terminé el de Howe. ¡McCool encerrado en el armario! Como es natural, se te viene a la cabeza cualquier metáfora de represión. Pero lo desgarrador es que el cautiverio del marido en realidad la encarcela a ella. Encerrándolo no ha conseguido nada.

Querida Maggie:

¡A Da Vinci no le habrían venido mal unos cuantos consejos de un caricaturista!

Me encanta ese sermón, «Transposición». Lo pronunció en Pentecostés. Uno de los mejores, junto con «¿La teología es poesía?». Me figuro que te lo sabrás de memoria. Lewis tiene toda la razón: la evolución es la idea más poética, la célula frágil que lucha por ascender, por atravesar millones de años contra todo pronóstico y contra la certeza de la extinción cuando el sol se apague. Trágico.

Sí, las visionarias medievales. Lo que siempre me ha fascinado de Matilde de Magdeburgo (tomo aire) es su deseo de una relación erótica tanto con Jesucristo como con la Virgen María. Su comprensión intuitiva de que el anhelo espiritual trasciende los conceptos binarios de masculino y femenino. Y cómo atribuye roles de género duales a Jesús: madre, sustento, cuya sangre desea beber (cuánta sangre en sus visiones), pero también figura a la que está dispuesta a someterse, y ansiosa por... en fin. Acoger su potencia, por así decir.

Con respecto a conocer a Beth: es cariñosa, es maravillosa e inteligente. Pero un poco remisa a quedar con mis amigos escritores. Prefiere que las conversaciones de trabajo las mantenga en su ausencia. Ahora bien, si pudiéramos charlar sobre paisajismo... ¿Te he contado que está proyectando un parque para ciegos? El primero en todo el estado. Braille en la parte de abajo de los pasamanos, por los bordes de los toboganes, en las cadenas de los columpios. Flores escogidas por aromas.

He estado escuchando —obsesivamente— las suites inglesas y francesas de Bach. Me está ayudando con la métrica. Para mi trabajo, aclaro. Mira el enlace que adjunto, Glenn Gould interpretando una giga que me encanta. (¿Sabes lo de su silla a medida?)

Me encantaría comentar los poemas por teléfono, si te apetece. Una voz en directo es muy superior a este medio digital tan depurado. Hasta las cartas

manuscritas serían mejor. Echo de menos los tachones, el notorio desbarajuste del ensayo. Los emails son muy prácticos, pero uno obtiene (y ofrece) algo muy parecido a una representación.

Con cariño, JA

P. D.: ¿No me mandas más poemas?

Reuniones de padres, formularios médicos, fotos de clase, autorizaciones. Orgánulos. Transporte pasivo y transporte activo. Célula vegetal, animal, hipo, híper, exo, endo. Tabla periódica. (MaNtenerse FEeliz COmo NIngún CUlo de ZiNc. Es una regla mnemotécnica.) No permitáis que la unión de unas almas fieles una rosa con cualquier otro nombre si nosotros vanas sombras te hemos ofendido apágate apágate luz fugaz. A al cuadrado más B al cuadrado seno coseno línea plano pendiente distancia fórmula. *Je suis tu es il/elle est nous sommes vous êtes ils/elles sont* censura artimaña parsimonia recalcitrante timorato prosaico gravedad electromagnético nuclear fuerte interacción débil bosón de Higgs materia oscura teoría del multiverso colapso de función de onda Polifemo Odiseo George Lennie Daisy Tom Gatsby Atticus Scout Huck Jim Hester Prynne Ralph Simon Jack Piggy Ministerio de la Verdad Granja Manor Estado Mundial Reserva Salvaje Gran Hermano te vigila no sois más que unos impostores. Cuando en el curso de los acontecimientos humanos nosotros el pueblo a fin de formar una unión más perfecta hace cuatro veintenas y siete años 1492 1517 1776 1865 1914-18 1929 1939-45 1969 1989 1991 2001. Hitler Mussolini Churchill Varsovia. Dachau. Auschwitz.

La hija estudia, dibuja, toca el piano; canta, calentando la voz y dando las notas más altas. A-a-a-aaaaa. Su amiga llama a la madre, después de la excursión escolar al Museo del Holocausto de Washington. Tengo que contarle una cosa, señora Ellmann, dice. Se ha fijado en la cantidad de pulseras que se pone Kate, ¿no? Debería mirarle los brazos. No sé por qué lo hago, mamá, dice Kate. Estoy triste y me siento culpable todo el rato. Como si tuviera que estar haciendo más. O menos. No lo sé. Pediatra, especialista en nutrición, terapeuta. Parece pensar que de ella solo se esperan dieces, dice el doctor Pierson, que es su mínimo. Al final se rinden a la medicación y en menos de un mes la hija vuelve a ser feliz. ¿Por qué hemos esperado tanto?,

dice Maggie, con la cabeza sobre el pecho de Thomas. ¿Tan malos padres somos? Uno va aprendiendo sobre la marcha, dice Thomas.

Pruebas de acceso a la universidad, visitas guiadas a campus, admisión definitiva, preadmisión, interés mostrado, entrevistas. Cuéntenos algo que haya hecho y que haya tenido impacto nacional. Lágrimas. Un soleado día otoñal en Boston, nítido. Durante la visita, la hija compra una sudadera en la librería y no se la quita en todo el fin de semana. Hacen la ruta del Freedom Trail hasta el distrito italiano, cruzándose con bandas improvisadas, personas con disfraces de Halloween que regalan caramelos. La hija se come el *calzone*, arrebatada y exultante. Me encanta, me encanta estar aquí, dice.

De: Margaret Ellmann
Fecha: 23 julio 2014, 9:17
Para: James K. Abbott
Asunto: RE: adjunto poemas

Querido James:

Entiendo perfectamente lo que me comentas de Beth. Nada más lejos de mi intención que imponerme. Ese parque tiene pinta de ser fenomenal, y todo un hito. Thomas también puede ser un pelín protector, o sentirse amenazado. Aunque no es esa la palabra. Es un hombre brillante, y muy respetado en su campo. Ahora está ayudando a una empresa a desarrollar una OPV a diez años y un plan de fusión y adquisición. O algo así. Ojalá pudiera contarte más sobre su trabajo, pero la jerga del mundo de los negocios me resulta inaccesible.

Yo toco esa giga. Los años de clases de piano todavía no se han borrado. Es una pieza preciosa.

Con qué ligereza se trenza la voz más alta con la contundencia del peso de la mano izquierda... y luego cómo cambian los papeles y la superposición crea una especie de tercera voz. Por no hablar de la espléndida fusión del acorde final.

Gould es un genio. Mis padres lo vieron una vez en concierto y se salieron. Contaba mi madre que era espantoso, que no paraba de hacer ruidos y de tararear, ¿quién era capaz de soportar eso?

¡No tiene ni idea del pianista que despreciaron!

Adjunto otros dos. Socorro.

Con cariño, ME

Precognición

Un hombre en la puerta de una librería
la muñeca tatuada

la atrae hacia él
hacia su interior

como a las álulas de un ala
tantos años cerrada

el lacre
que su boca quebraría

ella desvía la mirada
saben qué pasará

ella se tumba
él le pide que se tumbe

Plegaria

Pedí estar donde no hubiera tormentas.
Silencio. Pedí solo un poco de lluvia,
algo de viento, relámpagos, quizá truenos,
granizo, incluso, pero nada más.

Dije: Me debes al menos eso.

Tejados arrancados de la ciudad, cables
caídos, manzanas sin luz, campos

asolados, camiones volcados, árboles descuajados como partos de nalgas. La
ciudad, reventada...

mi casa todavía en pie,
la única todavía en pie.

A finales de julio van en coche al lago Rabun, en las montañas del norte de Georgia. Uno de los últimos viajes en familia antes de que Kate empiece la universidad. Un amigo del trabajo le ha dejado a Thomas las llaves de su casa de veraneo: tres plantas, paredes exteriores de cristal con vistas al lago, cobertizo con capacidad para dos botes y terraza en el tejado. La entrada principal se encuentra en el tercer piso; cocina y una sala de estar mínimamente amuebladas, suelos de madera natural, ropa de hogar blanca, acero inoxidable. Este sitio es una pasada, dice Tommy. Se queda en calzoncillos, baja a todo correr la empinada escalera hacia el cobertizo y chilla subido a la barandilla de la terraza antes de taparse la nariz y saltar al agua.

Thomas sonrío a Maggie y a Kate, se descamisa y hace lo mismo.

Kate los mira desde los ventanales del salón. Creo que se abren, dice. Juntas, Maggie y ella recogen las puertas formando pliegues, hasta que lo único que hay entre ellas y el lago es un estrecho balcón y una delgada hilera de pinos. El agua emite destellos de jade a la luz del mediodía. Se ponen los bañadores y bajan a la terraza. Los chicos ya han sacado las tablas de *paddle surf* y compiten intentando tirar al otro al agua. Kate se asoma a la barandilla.

¿A qué distancia estaremos del agua?, le pregunta a Maggie.

¿Siete metros, tal vez?, dice Maggie.

Pues yo me voy a meter como las personas normales, dice Kate mientras baja al embarcadero y usa la escalerilla. Thomas y Tommy le tiran agua con los remos. ¡Estaos quietos, que está helada!, grita ella, y se zambulle. Desde arriba, Maggie observa los músculos de la espalda de Thomas ensancharse en el momento en que rema en dirección a Kate y salta de la tabla para ayudarla a subir. Mira hacia arriba.

Te doy cincuenta pavos y friego los platos una semana entera si te tiras, exclama.

¡Hazlo, mami, salta!, jalean Tommy y Kate. El pelo hacia atrás, la forma conocida de sus cráneos... siempre se sobresalta al verlos después de darse

un chapuzón, o recién salidos de la ducha, por la estratificación del pasado en sus rostros: bebés y niños formando un palimpsesto bajo los adolescentes.

Ni soñarlo, dice. Voy a preparar la comida.

En la cocina prepara unos sándwiches. Pavo, tomate de huerta, aguacate, queso Havarti. Se lame la mostaza de Dijon de los dedos. Sol sobre el agua, verde profundo en los árboles de la otra orilla, risas quebrando el silencio como esquivas de cristal; detrás de la paz del momento hay una felicidad nueva. Cada vez que piensa en ello —en él— su entorno actual se electrifica.

Al anoecer sacan los botes para dar una vuelta por los angostos canales del lago. Llegan a una calita y apagan el motor. Thomas ha traído los bártulos para pescar.

Seguro que aquí hay unas percas fabulosas, dice. Y hasta mojarras azules. Tus favoritos, ¿te acuerdas, Kate?

Hasta los catorce o así estuve convencidísima de que ese pez se llamaba *macarra* azul, dice Kate. Y siempre me mosqueaba que no fuera azul en realidad.

Maggie se acuerda del estanque del campo de golf, lleno de peces, y de los niños con siete y cinco años, acucillados en el borde, con un pez dando coletazos entre los dos, sobre la hierba. Thomas le enseñó a Kate que había que meter al pez en el agua moviéndolo adelante y atrás varias veces. *No conviene lanzarlo sin más, bichito, porque se desorienta. Tienes que ayudarlo a recordar dónde vive.*

¿Quieres intentarlo tú?, pregunta ahora Thomas, ofreciéndole la caña a Kate.

Claro, dice Kate. Pero si pesco alguno, tú le quitas el anzuelo.

¡A ver, gente, decid *macarra azul!*, exclama Tommy levantando el teléfono.

Aparecen baches en el camino de la entrada. Las losas del patio trasero se desconchan por los bordes, dejando al descubierto unos parches de tierra donde brotan malas hierbas y musgo. Las plantas invasoras se desmandan, aligustres y glicinias, cardos y madreselva. El jardín mengua sin cesar. El pasador se desprende de la cancela del gallinero y una comadreja se cuelga, sube el madero y entra en el ponedero. A la mañana siguiente la esposa descubre a una de las gallinas muerta, otra viva aún, pero con el buche abierto en canal. Las demás están arrinconadas en un nido. Saca el cadáver del corral y envuelve a la gallina herida en una toalla de playa, la inmoviliza sobre el césped, mientras el hijo, estoico y haciendo una mueca, estira del cuello, tapándose los ojos con una mano. El marido usa unas tijeras de podar para cortarle la cabeza. Lo siento mucho, repite, hasta que el cuerpo bajo la toalla cede a la inmovilidad.

De: James K. Abbott
Fecha: 23 julio 2014, 9:56
Para: Margaret Ellmann
Asunto: RE: adjunto poemas

Querida Maggie:

¡No sabía que tocaras el piano! La próxima vez que nos veamos —sea cuando sea— podrías interpretarme esa pieza. Tenemos uno de pared, un Yamaha. Caroline estuvo un tiempo dando clases, pero no cuajó.

Los poemas. Insisto en que los comentemos en tiempo real. Casi no recuerdo el sonido de tu voz.

¿Lees mucha literatura apofática? Estoy pensando en la *Nube del desconocimiento*. Me interesa muchísimo cualquier poesía o música — cualquier manifestación artística— que halle o intente hallar a Dios a través de la vía negativa. Es decir, describiendo todo lo que no es. Las teorías catafáticas occidentales ya no me dicen nada.

Lo siento, salgo pitando, que tenemos que llevar a Caro a hacer compras para la resi (¡!)

Con afecto, apresuradamente,

JA

P. D.: ¿Y si dejamos de hablar de nuestras parejas?

De: Margaret Ellmann
Fecha: 25 julio 2014, 15:25
Para: James K. Abbott
Asunto: RE: adjunto poemas

Querido James:

Mejor todavía: te adjunto un mp3 tocando a Bach. Pero reconozco que me da un poco de miedo hablar contigo por teléfono sobre los poemas. ¡A lo mejor no quiero oír lo que tienes que decirme!

Leí mucha teología apofática occidental en el posgrado, pero lo he olvidado casi todo. No sé por qué, pero no se me graba en el cerebro. Bueno, la *Suma Teológica* por supuesto. (Tuve un profesor de Santo Tomás fabuloso.) Y el Maestro Eckhart, y, sí, la *Nube del desconocimiento*. Recuerdo haberme quedado con la idea de que lo que distingue el misticismo oriental del occidental es el concepto del yo. Me refiero a que en el budismo la existencia del yo —la ilusión del yo— es una fuente de sufrimiento. En cambio, para el cristiano no se trata de que yo exista, sino de que existo separada de Dios. Ansiamos una existencia perfecta, no contingente, y no la aniquilación total de la existencia. Resurrección versus nirvana. Lo vemos en el orden natural, en las relaciones humanas. Lejos de perderme en... pongamos en ti, en estas conversaciones, siento que estoy descubriendo, o recobrando, un yo más profundo, algo en el núcleo de mi ser. Si esto es así para las relaciones humanas, ¿por qué no para algo más allá de la humanidad? Naturalmente, esta línea de pensamiento no contendría ni un gramo de sustancia para un ateo.

Nosotros también andamos de compras universitarias. Jamás pensé que gastaría tanto dinero en edredones de plumas.

Totalmente de acuerdo sobre lo de las parejas.

Con cariño, ME

Dejan de ir a la iglesia, salvo en fiestas de guardar. Los domingos son el único día de que disponen para dormir hasta más tarde. Marido y mujer se cruzan por los pasillos, agotados de intentar mantenerlo todo en pie. Viven en la casa con impotencia, como si fuesen inválidos. El hijo los hace reír, les enseña vídeos en su teléfono durante la cena, caídas, meteduras de pata. Las paredes están abarrotadas de dibujos, cuadros, mapas, fotografías. Una noche el marido se detiene en el rellano de la escalera a mirar las obras de arte que llegan casi hasta el techo. La mujer se para a su lado. Nadie colgó nunca nada hecho por mí, dice él. Es muy bonito lo que has hecho por nuestros hijos. No te lo agradezco lo suficiente.

Los años acumulados: granos de sal derramados y barridos de la superficie de una mesa cayendo en la palma abierta de una mano. Insignificante cada uno de ellos, apenas perceptible, y sin embargo, si examináramos un único grano bajo el microscopio, descubriríamos un fulgor luminoso y en expansión: el tormento de la hija por una ruptura en la universidad, su azorado silencio en el coche durante el camino del aeropuerto a casa, fotos de danza con letras griegas en relieve metidas en una esquina de la estantería del armario. Seríamos testigos de los ataques de ira del hijo a cuenta de la limitación de horarios para los videojuegos y el ordenador. Lanza el libro de texto de cálculo contra la pared y deja un boquete con forma de paralelogramo. Cuelga un póster de un manga japonés para ocultarlo y el boquete no se descubrirá hasta que se vaya a la universidad. Escondido en el fondo de un cajón del escritorio del hijo hay una pipa que un amigo le explicó cómo fabricar con un marcador fluorescente, y los cogollos guardados en una bolsita dentro de una cinta vhs vieja. En la mesilla de noche hay una Biblia roja diminuta, un chicle envuelto con la esquina doblada de un salmo.

De: James K. Abbott
Fecha: 29 julio 2014, 6:12
Para: Margaret Ellmann
Asunto: RE: adjunto poemas

Querida Maggie:

Gracias por la música. Precioso. Y pensar que puedes sentarte y tocar algo así... Te envidio el talento.

Efectivamente, me parece el Gran Fracaso de la humanidad que sigamos intentando existir separados de Dios...

Oye, ya no conozco a nadie que piense así. ¿Te criaste en la iglesia evangélica? Me cuesta creerlo. Te veo —a ver cómo lo digo— abierta a modos de pensar que van más allá de la ética personal. El colapso de nuestra moral colectiva excede con creces al de la personal. Los evangélicos van por ahí proclamando que el cristianismo se basa en una relación personal con Jesucristo, pero no dicen nada de reconstruir las ruinas del mundo, de adoptar una postura política activa. Un continente entero que se muere de sida, matanzas en Siria y Sudán, los arrecifes se extinguen, el calentamiento global se recrudece... y la mayoría de los estadounidenses de derechas se contentan con intentar no caer en fracasos morales de envergadura.

Háblame más de tus hijos. ¿Usan el Snapchat como medio principal de comunicación, como los míos? Y del resto de tu familia. ¿Tienes hermanos? ¿Mascotas? Quiero saberlo todo de la pequeña Maggie. Quiero conocer a la niña que se transformó en la mente desprejuiciada que estoy deseando encontrar en mi bandeja de entrada todos los días. Una mente que me gustaría tener siempre cerca. Para toda la vida, en la medida de lo posible.

Con cariño. Con cariño.

De: Margaret Ellmann
Fecha: 29 julio 2014, 12:10
Para: James K. Abbott
Asunto: RE: adjunto poemas

Querido James:

Sí, Tommy no puede vivir sin el Snapchat ese. Yo tengo la aplicación, pero no sé cómo se usa. Tendré que aprender si quiero mantener el contacto con él cuando se vaya a la universidad. Quiere solicitar plaza en la de Nueva York y en Columbia, por cierto. Albergábamos la esperanza de que se planteara algunas de Boston, pero tiene el corazón puesto en la gran manzana. Es curioso, nosotros empezamos allí y luego bajamos aquí y ahora los niños hacen el movimiento migratorio a la inversa. Si al final acaba en Nueva York, quizá podríamos intentar vernos. Me encantaría que tomáramos un café o almorzáramos juntos.

¡Y no hace falta que te hable de la experiencia de crecer en el desierto! Aunque me imagino que Phoenix y Santa Fe tendrían sabores muy distintos...

¿Quieres que hablemos en vivo? ¿Tienes Skype? Estoy en casa ahora, si te apetece. Magselm72.

Con cariño, con mucho cariño también.

Es el verano lo que destruye. El aliento caliente exhalado. Como el Ángel de la Muerte en los dibujos animados que veían los niños. Concentra sus fuerzas. Tira una hamaca de madera y hace sonar el móvil de largos bambús colgado de una rama, dejando una estela en forma de *ohhh* hueco. Al atardecer, el viejo labrador negro profiere ladridos roncós al disco brillante de la luna sobre una nube iluminada, un sistema de tormentas que estallará durante la noche. Echa las orejas hacia atrás, husmea el aire y parpadea, como aguzando el oído.

Tres

Tentativa de remontarse en el tiempo y ubicar sus deseos sexuales más precoces. Sospecha de que la explicación para Chicago —si es que la hay— se halla en el pasado. Un sueño recurrente, cuando tenía diez o doce años: una polvorienta aula de catequesis en las dependencias traseras de una iglesia. Estaba sola, tumbada en un catre, mirando hacia una ventana alta abierta entre ladrillos de adobe. Típica construcción del desierto, ventanas alargadas y rectangulares para que entre la luz, pero no el calor. Una luz solar desdibujada se colaba por la ventana —roja anaranjada, de amanecer o de atardecer— mientras en algún lugar remoto alguien tocaba «The House of the Rising Sun» en un piano metálico. Una canción sobre la muerte, pensaba al despertarse. Una canción que podría sonar en un funeral, posiblemente el suyo. Estaba echada en el catre —aunque a veces, en el sueño, estaba postrada en una silla de ruedas—, tenía las piernas abiertas, era incapaz de moverse mientras la luz antigua se desplazaba por la pared y a lo largo del suelo, acercándose a ella; un placer intenso en la parálisis, la incapacidad para resistirse al color que se deslizaba ya por sus muslos.

Remóntate más atrás. Las consecuencias, piensa Maggie, se hallan en las exigencias del pasado. La amiga de quinto curso, Karen, que le enseñó su sujetador nuevo y luego le ordenó que se levantara ella también la camiseta para poder verle el pecho. Anika, en tercero, el contacto de sus dedos cuando jugaban a los médicos y le ponía una inyección o le vendaba una pierna rota con papel higiénico, el modo en que el contacto con Anika provocaba que el estómago de Maggie se estremeciera.

Quizá todo deseo arranque así, piensa. Con amigas, en un movimiento de ampliación.

Más atrás. Cleveland, 1955. Su padre y el hermano de este, el tío rico, ocho y diez años. Se turnan para tocar el piano toda la tarde y buena parte de la noche mientras su madre, la abuela de Maggie, lleva el compás con un lápiz. *Pam pam pam, pam pam pam*. En la planta de arriba, la madre de esta —la abuela de los niños, la bisabuela de Maggie— agoniza. Quiere oír el

piano, el sonido de unos dedos juveniles sobre las teclas, ascendiendo por la empinada escalera enmoquetada y flotando por el pasillo hasta la habitación mal iluminada de la gigantesca cama con dosel y la luz polvorienta de media tarde. Los chicos interpretan a Bach. Cuando se cansan, uno toca con la mano izquierda y el otro con la derecha, intentando ajustarse al tono, hasta que la abuela reclama *baladas irlandesas una sonata un nocturno por el amor de Dios tocad otra cosa* y uno busca partituras mientras el otro intenta tocar de oído, lo más alto posible, no por satisfacer a la abuela, sino para sofocar los sonidos guturales que profiere cuando la medicina deja de surtir efecto. Les duelen las muñecas, los dedos se les agarrotan durante la noche; el precio que su padre pagó por criarse en esa casa, para finalmente marcharse y casarse con su madre y tener a Maggie, pagarle las clases de piano, mandarla a estudiar a UCLA y, en última instancia, al mundo, para que pudiera casarse y tener sus propios hijos y darles una vida más feliz, más *estable* que la que le tocó a él.

Cada mañana, le dijo una vez su padre, me despertaba con la esperanza de que hubiera muerto mientras yo dormía.

Ducharse a cubazos, cuenta Kate durante la cena. Y el agua está caliente solo a veces, si tienes suerte. Los americanos no tenemos ni idea.

Enero de 2017. Su hija acaba de volver de la India, dos semanas en una aldea diminuta en la frontera con Nepal haciendo el trabajo de campo para su proyecto de investigación durante las vacaciones. Se ha licenciado en antropología, estudia las oportunidades educativas para las niñas de la comunidad de refugiados tibetanos. Lleva el pelo recogido en un pañuelo, una camiseta recortada y bombachos con estampado de lotos. Va descalza y lleva las uñas de los pies pintadas de verde claro. Delgada, piensa Maggie, pero parece sana. Están cenando estofado y pan. Velas y vino para darle la bienvenida. Thomas ha encendido la chimenea del comedor. Wiggins está echado a su lado, junto al fuego. De vez en cuando levanta la cabeza y le da un lametón en la mano, con la esperanza de que caiga un trozo de pan. Últimamente arrastra las patas de atrás. Maggie le examina las almohadillas en busca de cortes, espinas, heridas, pero no encuentra nada.

Es un país alucinante, dice Kate. Lleno de colores, y... no sé. Vida. He visto a un mono con un pajarillo en la cabeza y subido a lomos de un cerdo. Cachorros por todas partes. En Benarés me quedé atrapada en una calle — bueno, más bien un callejón— entre una carretilla con boñigas de vaca y un cadáver. Estaba amortajado en una tela naranja, pero sobresalía un pie, justo al lado de mi cara. Los hindús quieren morir en Benarés, si te mueres allí tienes la *moksha* automáticamente. Ah, y fuimos en barco por el Ganges para ver a los sacerdotes del *aarti* de noche, sueltas unas velas y unos pétalos y rezas una oración a la diosa. ¡Y en Gangtok está el Kanchenjunga! La tercera montaña más alta del mundo, es increíble lo alta que es, tiene su propio clima, y cuando el viento levanta la nieve se forman como nubes. El aire es purísimo, y los tibetanos son muy felices. Estoy deseando volver.

Resplandeciente, piensa Maggie. Radiante, con veintiún años, los tiempos de batalla contra la ansiedad han quedado atrás. ¿Fue la medicación? ¿La terapia, los ejercicios de *biofeedback*? ¿Cómo ha salido al otro lado?

Tommy y ella son la razón de mi existencia, piensa Maggie. La razón de que exista todo esto.

Cuando hay amor en un hogar, los niños casi siempre alcanzan la edad adulta sin sobresaltos, les explicó el doctor Pierson en la última sesión de Kate. Ha sido un placer trabajar con ella, dijo, estrechándoles la mano. Y con ustedes. Sigán haciéndolo como hasta ahora.

Mamá, dice Kate. Por qué no vamos este verano. Podría hablar con Deepak para que nos recoja en Delhi, y luego podríamos juntarnos con Tenzing en Siliguri. Haríamos una excursión desde Yuksom, que es un pueblecito precioso. Incluso hay un hotel, con electricidad.

Me encantaría, dice Maggie. Me lo pensaré. Tengo un viaje programado a Chicago.

Ay, llevo tiempo queriendo contártelo, dice Thomas. La empresa de Chattanooga con la que he estado trabajando está organizando un retiro en las Islas Turcas y Caicos en abril. Las parejas están invitadas y el director quiere que vayamos. ¡Al Palms, Mags! Buceo entre arrecifes, yate privado...

Me comprometí con lo de Chicago hace tiempo, dice Maggie. Pensaba que vendrías conmigo.

Es que insisten en que vaya, dice Thomas, pero tienes razón, lo de Chicago estaba antes. Ya lo iremos hablando.

Joder, ya te acompaño yo si mamá no puede, dice Tommy.

A la mañana siguiente, durante el paseo, Wiggins se desploma al final de la calle, con las patas abiertas. Venga, so flojo, dice Tommy, tirando de la correa. Wiggins jadea y traga, una y otra vez, y la saliva forma un charco en el hormigón. Cada exhalación suena como un rugido.

Venga, Wiggins, dice Tommy. Ánimo, tú puedes.

El perro apoya la cabeza en la acera.

Tommy sube la colina, coge el coche y vuelve. Wiggins no se ha movido. Lo levanta y lo mete en la parte de atrás. Tienes que hacer más ejercicio, vejstorio, te veo en baja forma. Por un momento acerca la cabeza al pelo gris y tieso del hocico y deja que Wiggins le lama la barbilla, como le gusta hacer.

Parálisis laríngea, le dice el veterinario a Maggie. Existe un procedimiento para abrir la laringe, pero el riesgo de neumonía por aspiración es muy alto. En cualquier caso, se trata de una enfermedad neurológica y progresiva. Hay un tratamiento por vía oral que funciona en algunos perros, a corto plazo.

El veterinario hace una pausa.

Muchos prefieren esperar antes de optar por la eutanasia, dice. Otros se deciden enseguida, para evitar un sufrimiento innecesario. Es una decisión muy personal.

Pero él es feliz, dice Maggie. No deja de mover el rabo.

Es cosa de la raza, dice el veterinario. La semana pasada me llegó un labrador al que acababa de atropellar un coche. Huesos rotos, cráneo fracturado, trozos de piel desprendidos... Seguía meneando la cola cuando le puse la inyección.

Durante la cena —Wiggins resuella, sentado y atento a todo— hablan con Kate y Tommy para decidir el momento. Los dos estarán aún unos días en casa, y podrán despedirse. Maggie nota que Tommy se pone colorado y tiene los ojos inyectados en sangre. No distingue si de llorar o por los porros. La mezcla de niño y hombre, su expresión tratando de situarse en algún punto intermedio, fragilidad y estoicismo desfilando por su semblante.

No es justo que permitamos que sufra, dice Thomas.

¿No podríamos intentar lo de la operación?, pregunta Kate.

Es arriesgado, y solo lo aliviaría un tiempo, dice Maggie.

Ha tenido una vida larguísima para su raza, dice Thomas.

Las mascotas son una puta ruina, dice Tommy, con el mentón tembloroso. Son bombas de relojería de tristeza.

Dos días después, cuando Thomas vuelve a casa con las cenizas —el collar de Wiggins ceñido a la urna repujada—, Tommy se levanta del ordenador.

Deberíamos enterrarlo, dice. Voy a cavar el hoyo.

6 de junio de 2018

Querido James:

No recuerdo cuándo fue la última vez que te escribí. He perdido el diario antiguo...

Es mentira. Lo tiré yo. ¿Dónde aprendí que la palabra «arrepentimiento», entre los griegos, connota algo más que el mero reconocimiento de un fallo, que la palabra encierra la idea de un giro de ciento ochenta grados, un alejamiento deliberado del mal? Tirar el diario fue mi forma de intentar dar ese giro. Ahora me arrepiento. Me arrepiento porque no puedo repasarlo para comprobar si he avanzado algo, y porque leer las viejas cartas prende en mi cuerpo, de nuevo, las sensaciones a las que solo tú has accedido; pequeñas réplicas, nada parecido a la erupción, pero a veces muy cercano. Puntos de conexión que, siempre que yo lo permitiera, podían trasladarme de aquí a ahí.

Este diario es nuevo, con tapas de piel y un cordel fino que lo envuelve por fuera. Kate me lo trajo de la India el año pasado. Lo he tenido guardado hasta ahora. Imaginaba que te lo enviaría con una de mis cartas plegaria escrita en la primera página. Imaginaba que tú escribirías una carta en la página siguiente y me devolverías el diario, y adoptaríamos la costumbre de mandárnoslo durante años y años. Ni teléfono, ni emails ni mensajes. Una especie de redención analógica, un regreso tranquilo; esta vez no el fuego, sino los rescoldos, apagados y tibios. Una calidez que supiéramos mantener, y agitar de vez en cuando, lo suficiente para dejar al descubierto un fulgor sutil pero aún vibrante.

El calor es insoportable este verano, y la humedad, agobiante. Lo único que hacemos es vagar por la casa y beber latas de agua con gas aromatizada. Hoy me he sentado en el porche trasero a leer —¿conoces la trilogía de Jane Gardam? (¿Por qué hago preguntas en estas cartas que le dirijo, Dios mío,

igual que cuando te preguntaba cosas a ti?)— y cuando he sacado a los pollos para que correen se han quedado en el sitio, boqueando, pasmados.

Kate está en casa, hemos ido de compras. Está a punto de mudarse a París, donde su novio va a empezar el posgrado. Me he comprado una camiseta con los hombros al descubierto para el viaje a Florida de la semana que viene. Veinticinco años.

Le ha pasado algo a mi cuerpo, una especie de alteración en los genes. Un repentino envejecimiento generalizado. No soporto mirarme al espejo. Ni mirarme las manos cuando tecleo. Se me están arrugando las yemas de los dedos, como cuando me bañaba en la piscina. Me sorprende diciéndole algo importante a Thomas —extendiendo la mano sobre la mesa, con la palma hacia arriba y los dedos juntos, como si pidiera limosna— y pierdo el hilo de mis pensamientos al ver las arrugas. Mi abuela hacía ese gesto de alargar la mano con la palma hacia arriba. Me pregunto si lo hago por imitación recordada o si lo llevo grabado en el ADN. Y a esto me refiero, a que este envejecimiento generalizado me ha convertido en una versión más joven de mi abuela, porque veo su cuerpo esperando debajo del mío. Los brazos se descuelgan, el abdomen se comba, por muchos abdominales que haga; manchitas en la piel de los muslos y el pecho, y en el dorso de las manos. Odio preocuparme por estas cosas, pero no puedo evitarlo, entiendo el impulso de teñir e inyectar, de llenar ciertas partes y menguar otras.

Mira a tu alrededor, Mags, me dice Thomas. Estás mejor que el noventa y cinco por ciento de las mujeres de tu edad.

Y yo me acuerdo de la cena del día en Chicago — justo antes de ir al cine—, cuando me dijiste que te gustaban dos cosas en una mujer: las arrugas y las canas. Qué hermosura, dijiste, una mujer que se ha ganado la cara que tiene. Di por hecho que lo decías por quedar bien, porque te habías fijado en mis sienes plateadas y en que se me habían acentuado las patas de gallo desde la anterior vez que nos vimos. Thomas lo dice por halagarme. Pero en su versión el estándar sigue siendo la juventud, mientras que la tuya prescinde completamente de estándares.

Se murió el mes pasado. Mi abuela. Vértigos crecientes, un andador, oxígeno, una silla de ruedas. Insuficiencia cardiaca congestiva. Todos esperábamos que llegara a los cien. Me pregunto si la tuya vive todavía. A

veces imagino que podrían haber muerto el mismo día, y que ahora, juntas, se compadecen, o lo celebran. Puede que hablen de nosotros.

Ojalá le hubiera hablado de ti. Nashville, Nueva York, Chicago. De todo. Después del funeral me llegó una carta suya, acompañada de un juego de pañuelos bordados por ella. La carta la escribió el día después de mi boda, pero no me la mandó. Veinticinco años guardada, con mi nombre en el sobre. Mis padres ni siquiera la abrieron cuando despejaron la casa. Si todavía habláramos, te llamaría y te la leería. Ella nos habría entendido. Es un consuelo saber que podría habérselo contado a alguien. *Abuelita, me enamoré de otro hombre.* A veces, cuando la casa está vacía (ahora siempre está vacía, un cambio radical para quien se quedaba en casa con los niños, Thomas no se hace una idea), practico pronunciando esas palabras en voz alta. Distintas maneras de decirlo, dependiendo del interlocutor. He cometido adulterio, le digo a mi madre. Me enamoré de otro hombre, le digo a mi mejor amiga. Follamos, no significó nada, le digo a Thomas.

Fue lo mejor, te digo a ti. De toda mi vida, lo mejor.

Me imagino escribiendo todo esto y dándole el manuscrito a mi agente.

Está ya muy visto, dice. No podría vender esto.

Así que ya ves: no queda nadie con quien poder confesarme. Nadie me escuchará ni me entenderá. Estás tú, y está Dios. Ya no tengo claro si existe alguna diferencia.

Chicago. Abril, 2017. Cena tarde después de la conferencia inaugural, casi eran las nueve cuando nos sentaron, un grupo alrededor de una mesa alargada junto a las ventanas que daban a la calle. Doce escritores y músicos, algunos acompañados por sus parejas. Nadie que conociéramos James o yo. Estábamos apretujados en el centro de la mesa, mirando hacia las ventanas.

Fuera, la lluvia empezaba a amainar. Paraguas, parkas, taxis circulando con prisas. Debajo de la mesa me quité los botines de ante húmedos; no había tenido tiempo de pasar por el hotel para cambiarme.

¿En qué zona de Los Ángeles?, preguntaba el hombre que James tenía al lado.

Todavía no he encontrado sitio, dijo James.

Deberías mirar por Pasadena, allí fui yo al instituto. Hace veinte años. Ahora hay un tren que va al centro; a decir verdad, el transporte público está consiguiendo que Los Ángeles sea casi soportable.

Entiéndeme, yo adoro a mis alumnos, pero la calidad del trabajo no tiene nada que ver, dijo una mujer en el extremo de la mesa. La reconocí, una escritora que acababa de sacar una novela en la que se imaginaba a Francis Scott Fitzgerald como capitán de barco.

¿Tú das clase?, preguntó el dramaturgo que yo tenía al otro lado. La barba le llegaba al pecho. Acababa de pedir el tercer whisky sour.

Haré una estancia docente el otoño que viene, dije. En una facultad pequeña entre Nashville y Chattanooga.

Jamás des clase, salvo que amenace la inanición, dijo él.

Los poetas tenéis suerte, dijo la mujer de Fitzgerald. No tenéis que preocuparos ni de agentes, ni de adelantos, ni de derechos. Qué libertad...

Los poetas sí tienen agentes, dijo la mujer que estaba frente a mí. Tú tienes, ¿verdad, James?

Bueno, pero no es lo normal, dijo la mujer de Fitzgerald.

Vámonos a otro sitio, le dije a James, hablando bajito para que nadie más me oyera.

¿Adónde?

Tiene que haber un cine por aquí cerca.

Mi avión sale mañana a las nueve.

El mío, a las ocho. Una de Nicholas Sparks, ciencia ficción. Lo que sea.

Voy a pedir un taxi, dijo James, poniendo algo de dinero suelto en la mesa por nuestras bebidas.

¡Pero si todavía no hemos pedido!, dijo la mujer de Fitzgerald cuando nos levantamos para marcharnos.

El inicio de la oscuridad en climas septentrionales: quédate en casa, entra en calor, enciende un fuego. Y el extremo opuesto en el desierto, todo el año: el crepúsculo como pistoletazo de salida. El calor que remite, la hora de pisar la calle, de algo que está a punto de ocurrir —cada vez que va de visita a Phoenix para ver a la familia, el ocaso la impele a coger el coche y poner rumbo a cualquier sitio, para abrazar y ser abrazada—, y es esa emoción del crepúsculo lo que siente en Chicago, en el museo, cuando James la mira en el espejo, cuando el barrido de su mirada pone de manifiesto, o crea, la oscura verdad de su situación: la pasión de ella está adormecida y algo más. Un deseo de ponerse de rodillas, de suplicar, y de ceder luego al dolor. Un anhelo tan grande como el cielo; ¿qué posibilidad tenía, cuando se topó con su equivalente?

Cuando ha vomitado en el baño y se ha lavado la cara y los dientes y ha vuelto a la habitación; cuando le ha pedido a James que la folle otra vez, cuando está inclinada sobre las almohadas y él ha entrado, no precisamente con delicadeza, un dedo moviéndose por delante, cuando por fin está ahí es como si cayera dentro de sí misma y volara fuera de sí misma, las dos cosas a la vez, está más cerca del éxtasis que nunca antes, y más de lo que nunca estará.

Lo que él le pide que diga es *Por favor*.

Y, cuando ella ha terminado: *Gracias*.

Vas a tener que investigar en el aspecto de dominación y sumisión de este asunto.

Ya lo he hecho.

¿Y?

Identificación con Jesucristo, que se rindió —voluntariamente— a la muerte. Abrió los brazos y, en una obediencia radical al Padre, dijo: me someto. El lado de dominación y sumisión de la naturaleza Divina.

¿Te has planteado la similitud con la postura que Thomas...?

O, por ejemplo, la Virgen María. Su sumisión al Espíritu Santo en el momento de la concepción. Aquí está la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Estás afirmando que, en ese momento, James y tú erais una metáfora de...

Es la idea.

Y sin embargo esto te exime de toda responsabilidad por lo ocurrido. Parece que quieras retratarte como víctima de unos sentimientos muy fuertes, pero no me da la sensación de que tengas ninguna voluntad con respecto a ellos. Incluso la manera en que hablas de Thomas, de las veces que te ha forzado... es como si creyeras que no tienes autonomía.

Reconozco que uso mis creencias religiosas para manipular, que resisto la tentación como forma de alimentar mi propio deseo.

Reconozco que el hecho de haber mantenido relaciones sexuales solo con un hombre me proporciona una fuente de poder. Reconozco que la uso. En el caso de James, asegurándome de que supiera lo intacta que estaba yo.

Reconozco que *recalco la faceta inocente*.

Reconozco que he creado, hasta cierto punto, un monstruo que se autoalimenta, usando, al principio, la conexión emocional con James para apartarme aún más de Thomas, creando una apariencia general de frustración en nuestra vida sexual. A veces creo que no le he dado a Thomas otra opción que la de seguir tomándose por la fuerza, y uso este hecho para justificar de manera inconsciente («engañoso es el corazón, por encima de todas las cosas») tanto mis sentimientos hacia James como la repetición continuada e imaginativa de la noche en Chicago. (La llama azul, dijo James en el aeropuerto. Extinguiremos el fuego, no volveremos a hablar, pero tenemos que mantener viva la llama azul. Los dos. Prométemelo. Necesito oírte pronunciar esas palabras.)

Reconozco que mi autoflagelación es indulgente y coercitiva. La culpa como combustible, la culpa como alimento, la culpa como energía.

Reconozco que no soy una víctima, sino que sé lo que quiero y cómo conseguirlo fingiendo, conmigo misma, que no lo quiero; tal vez incluso mintiéndome acerca de mis creencias religiosas, porque si no soy creyente cualquier aspecto prohibido de mi relación sexual con James desaparecerá, llevándose consigo el placer.

Reconozco que si creo en lo que digo —perdón eterno desde antes de todo— la palabra *prohibido* pierde todo sentido, todo se vuelve permisible. ¿Por qué sentir culpa por algo perdonado de antemano? ¿Por qué no reconocer sin más que Chicago fue algo planeado, decretado, incluso un motivo de celebración? (Las abuelas brindan con sus copas de vino en una habitación de cristal que gotea joyas. Todo va bien, dicen. Todo irá bien y todo irá bien y todo será para bien.)

Reconozco que salvo que algo esté prohibido no puedo desearlo con ningún grado de intensidad.

Reconozco que salvo que algo esté prohibido no puedo *sentir una puta mierda*.

Reconozco que aborrezco a Dios por crear el universo en una situación tan desesperada, sabiendo que se metería en este lío, creándolo de todos modos.

Reconozco que con Thomas tengo autonomía. Soy adulta. Podría irme, por ejemplo. Los niños son mayores. La casa está vacía.

Podría irme y listo.

(Pero ¿tú dejarías a un marido que, cuando te despiertas en plena noche, con el cuerpo bañado de sudor —soñando que tenías que despedirte de un hombre con quien te acostaste, hace mucho tiempo, pero a él eso no le importa, tiene cosas mejores que hacer, le da igual no verte más y el dolor de tu pecho es tan agudo que te obliga a despertar, sin aliento—, este marido se levanta para traerte un vaso de agua y luego te coge de la mano hasta que te quedas dormida? ¿Un hombre que, cuando su hijo trae a casa a una chica que no acabó el instituto y solo quiere casarse y tener críos, se sienta a hablar con ella durante una hora sobre los beneficios de una educación superior, y se ofrece a costearle los gastos para que se saque el título y entre en la universidad? ¿Dejarías a un hombre así? ¿O más bien pensarías: confiesa, arrepíentete, es él quien debería irse?)

9 de enero de 2017

Querido James:

Desde que nos vimos en Nueva York no paro de preguntarme si tomé la decisión adecuada, la de no escribirnos más, porque está siendo

Querido James:

¿Te acuerdas del momento en que llegamos a la altura de la Veinticuatro, justo cuando el semáforo cambió y yo crucé pero tú paraste

James:

Pienso mucho en las iglesias, en que, si hubiéramos podido entrar en alguna, si hubiéramos podido acceder a un lugar de veneración, quizá rezar juntos...
¿Habría yo cambiado de opinión

James: Sé que fui yo quien insistió en este silencio, pero no puedo evitar querer comentar algunos de los poemas del libro de Olds que me diste. «Los conversadores», por ejemplo, así deben de vivir los ángeles, y que Milton considerase que en la cópula más elevada no intervenía el sexo, la interpenetración intelectual de los ángeles. *Dios mío, no van a tocarse*; ese verso me parte el alma cada vez que

Amigo mío, cómo echo de menos tu voz desde Nueva York

Mi querido James Queridísimo James

De: Margaret Ellmann
Fecha: 10 enero 2017, 11:16
Para: James K. Abbott
Asunto: Hola

Querido James:

Te pido perdón por romper el silencio en el que tanto insistí en Nueva York. Seré breve: ¿participarás en el congreso de abril en Chicago? Voy a dar una charla. Y he pensado en comentártelo. Supongo que tú también estarás por allí. Thomas está planeando acompañarme.

Espero que estés muy bien, y que no haga mucho frío por ahí arriba.

Cordialmente,
Maggie

De: James K. Abbott

Fecha: 10 enero 2017, 11:23

Para: Margaret Ellmann

Asunto: RE: Hola

Querida Maggie:

¡Qué maravilla ver tu nombre en la bandeja de entrada! No te preocupes por haber roto el silencio. Como bien sabes, siempre he sido de la opinión de que mantener nuestras conversaciones dentro de lo profesional era lo mejor que podíamos hacer. Estaré en Chicago, sí. Beth no puede ir. Pero estoy deseando conocer a Thomas. (¡Por fin!) Sí que hace frío. ¿Traerás un poco de calor sureño?

Con afecto, JA

Querido James:

Gracias por tu respuesta. Reconozco que estaba preocupada por romper mi propia norma. Tienes razón: es mejor dejar la puerta abierta a la comunicación profesional. Hasta Chicago, entonces. Qué ganas.

Cordialmente, ME

Maggie:

Oye, ¿te puedo llamar? Tengo que comentarte una cosa antes de lo de Chicago, y por email es muy impersonal.

Con cariño JA

James:

Claro que sí. Tommy y Kate estarán en casa hasta finales de la semana que viene. ¿Podemos hablar la semana siguiente? ¿El lunes 23 de enero, por ejemplo?

Con afecto, ME

12 de junio de 2018. Veinticinco años. Los padres de ella les envían un letrero blanco de aluminio con letras en relieve de color verde caqui: ELLMANN, casa fundada en 1993.

Kate está en París visitando a su novio. (*Maman*, dice cuando llama, *Mami, papá y tú tenéis que venir, queremos llevaros al Museo de Orsay, os va a encantar, y al Père Lachaise, ¡para que veas la tumba de Chopin!*) Tommy pasa el verano en casa, trabajando en una granja local de productos ecológicos. Lo dejan a cargo de la casa y se van una semana a Florida, a Naples, a un hotel en un rascacielos con vistas al mar. Entre el hotel y la playa hay un estuario y un manglar. Carritos de golf trasladan a los huéspedes por una pasarela de tablas de madera. Maggie y Thomas prefieren caminar. Tienen una suite en el decimotercero piso, en cuyo salón hay un espejo que va desde el suelo hasta el techo frente a una otomana doble. Cálculos intuitivos en la disposición del mobiliario.

Te gustará, se dice Maggie. *Darás*.

El deseo de él y el miedo de ella se han atemperado. Bordes romos, erosionados. Es como si se hubieran desgastado juntos y lo que quedara fuera la comprensión y la ternura. La clase de amor tranquilo-haz-de-luz, la plácida excelencia de una consecución duradera. El patio embaldosado, en la casa grande, el desgaste de los bordes afilados de modo que solo quedan las partes centrales de las losas; en los espacios intermedios, de una tierra negra brotan los yerbajos explosivos que los niños llamaban petardos. Y este es mi marido, piensa Maggie. Suavizado por los bordes, sólida su esencia, su parte más amplia simplemente buena. Mejor que yo. Quizá el matrimonio sirva para esto, piensa. Para podar lo basto y dejar aquello que durará para toda la eternidad.

Thomas deshace la maleta y se da una ducha mientras ella se planta desnuda frente al espejo. La cintura y las caderas todavía están definidas, la piel empieza apenas a aflojarse en la cara interna de los muslos y los brazos. Las pantorrillas y los tobillos se mantendrán finos hasta que sea muy mayor.

Los tobillos hinchados de su abuela: lo que recuerda cuando recuerda la última vez que la vio. Las perneras que se subían cada vez que se sentaba, la piel gruesa y apretada dentro de las medias de compresión color carne. Se pregunta qué será de la abuela de James en Santa Fe —si vive todavía— y en su creencia en la forma de vida de los nativos, la presencia continuada de los antepasados, cómo se le aparecían y le hablaban. *A mi abuela le encantaría hablar contigo de esas visiones que has tenido*, le escribiría James, si se escribieran todavía.

De todas las excusas para contactar con él, esta le parece la más natural. *Querido James: mi abuela ha muerto*. Nadie más que ella conozca comprendería lo que significa perder a una abuela a su edad. Haber visto a sus hijos crecer y hacerse adultos con tres generaciones tras ellos.

Días largos en la playa, tumbonas con cojines instaladas para ellos cada mañana, toallas de rayas, una sombrilla extragrande colocada para bloquear el sol matinal que llega desde atrás. Jovencitos en camisas azules con cuello pasan por allí para recolocar el dosel, conforme el sol se mueve, clavando más aún en la arena el palo acabado en pico. A su lado, Thomas lee las galeradas de un libro que le han mandado a ella para que escriba un *blurb*. (*¿Blurb?*, pregunta Thomas. *¿Consiste en escribir lo primero que salga de tu boca en forma de baba?*) Llevan más de un año sin discutir. Qué irónico, piensa ella, qué inexcusable, que hayamos alcanzado esta paz ahora. Se pregunta si la paciencia de Thomas empezó con lo ocurrido en Chicago, si de algún modo, al consumir el acto con James, por fin se relajó lo suficiente para liberar a Thomas y liberarse a sí misma.

Solo que ahora soy esclava de la culpa, piensa. De proteger un secreto. Visualiza la verdad inconfesa creciendo, como una perla maligna debajo de su piel, en un lugar donde pasa desapercibida: la axila, el oído. Examina su cuerpo constantemente en busca de lunares extraños, se pasa las manos enjabonadas por los pechos en la ducha. *¿Cuántos años tienen que pasar para que la aventura ya no tenga importancia para él, o importe menos? ¿Cuánto falta para que esté a salvo? ¿Para que pueda decir: «Hace cinco años, en Chicago, hice tal y tal cosa»? ¿Diez años? ¿Quince?*

Imagina su vida como una línea temporal sobre una hoja en blanco, en progresión ascendente y constante, con tres caídas casi imperceptibles por

debajo del punto de referencia al acercarse al eje central: amigo del máster, pastor, profesor de Santo Tomás. Tentaciones menores, en realidad, vistas desde el presente. Luego, una caída drástica justo en el centro de su vida, un descenso brusco hasta un charco negro y denso en la parte más baja de la hoja. Chicago. A partir de ahí, la línea empieza a escalar, hasta un punto en el futuro en que traspasa la superficie del eje original y nunca más vuelve a situarse por debajo.

¿Cuál será ese punto? ¿Cuando alguno de sus hijos se case? ¿El nacimiento del primer nieto?

Mojito, ron cola, piña colada. La primera copa vigoriza; la segunda adormece. A la tercera Maggie está como en un sueño, mira a Thomas en el agua, flotando bocarriba. El mar está como un plato, liso hasta el horizonte, del color de la piedra preciosa del anillo de su mejor amiga. ¿Cómo se llamaba? Peridoto. El golfo de tarde es peridoto. El peridoto es la tarde en el golfo.

Una chiquilla grita desde el agua: *¡Abuelita, míranos!* La abuela de la hamaca de al lado saluda a dos niñas con su padre. Está echada con las rodillas dobladas, lleva un bañador de una pieza, bermudas y visera, el pelo recogido en una fina coleta. Dentro de diez años yo tendré su edad, piensa Maggie.

El padre está en forma, bronceado, levanta a las niñas por encima de su cabeza y las tira al agua, sus cuerpos convertidos en balas de cañón. ¡Otra vez!, exclaman. La madre está sentada en una silla baja en la orilla. Es a la abuela a la que llaman, ella es la estrella de la familia.

Las niñas remontan la playa, levantando arena.

Abueli, ¡el agua está exactamente a la temperatura que a ti te gusta!

¡Literalmente, abueli!

¡Ven a nadar con nosotras!

¡Porfi!

Dentro de un ratito, dice la abuela.

Las niñas vuelven corriendo al agua. *¡Mira cómo me tiro! ¡Mira cómo me zambullo!* La abuela sonrío, saluda, suficiente para todos.

Déjame ser la clase de abuela que se mete en el agua, piensa Maggie.

En la dirección opuesta, en el espigón, un adolescente hace piruetas para un grupo de chicas en bikinis fluorescentes. Toma carrerilla, se da impulso y gira en el aire, cayendo siempre de pie. Un movimiento potente, un movimiento de ninja. Las chicas aplauden, arqueando la espalda, ajustando los nudos de los trajes de baño y tocándose el pelo. La melena de Maggie es de cobre y le cae por la espalda, encaneciendo solo en las sienes. Hace dos meses localizó unos cuantos vellos blancos debajo del bikini y decidió quitárselo todo con cera. Qué extraño ver esa parte de su cuerpo sin pelo otra vez, ahora, en la edad adulta. A Thomas le encanta la superficie suave, la lubricación intensificada. Desde que se depiló, quiere besarla ahí constantemente. No se planteó depilarse ni afeitarse en Chicago. El hecho de sus cuerpos —el suyo, el de James— le había parecido irrelevante. Como si las bocas y las lenguas y las extremidades fueran únicamente un estorbo, algo que debían trascender para alcanzar algo más.

Una brisa continua ondula el borde de la sombrilla. Desde el agua, Thomas la llama; ella se levanta y camina hasta la orilla, aturdida por la luz repentina, brazos y piernas ásperos de arena. Entra poco a poco, unos pececillos se dispersan, el agua está tan caliente que no la nota contra la piel. Meterse en el mar es como acceder al espacio negativo. Thomas está justo donde empieza lo hondo, en la línea donde el peridoto se transforma en pizarra. Ella se deja caer y se desliza hacia sus brazos. Él la coge, ingrávida, con las manos bajo sus muslos.

Hey, dice él.

Hey. Llevas ya un buen rato aquí.

No recuerdo la última vez que me sentí tan relajado.

Ya, a mí me pasa lo mismo.

¿Estás todavía con el libro ese, el del sombrero de madera?

Sí. ¿Qué ha contado Kate?

Quiere mudarse, como es natural. Se plantea solicitar un visado de trabajo hasta que pueda matricularse en un posgrado.

¿Y Tommy?

Todo bien. Hace calor, le han picado los ácaros por ir con la bici por un sendero sin desbrozar. Oye, vámonos a la habitación. Tengo un regalo para ti. Pero mira, mira el cielo.

23 de enero de 2017

¿Diga?

¿Maggie?

Hey.

Qué alegría escuchar tu voz. ¿Cuánto ha pasado...? ¿Seis meses?

Cinco, creo. Desde Nueva York. ¿Qué tal las vacaciones?

Bien. Este año un poco distintas...

Ya, es raro estar todos reunidos bajo el mismo techo cuando ya te has acostumbrado a la tranquilidad.

¿Qué tal el trabajo?

Bien. Bueno, lento, pero bien. ¿Y tú?

Muy bien. Sin sobresaltos.

Vi el poema del *New Yorker*.

Ese no vale para nada. Maggie...

Querías contarme...

Beth y yo nos estamos separando. Solo por probar. Ahora que los niños ya no están...

Vaya... Madre mía, siento mucho que...

... no tenemos gran cosa que decirnos. Nos casamos muy jóvenes. Me iré yo de casa.

Lo siento...

Me ha salido trabajo en Los Ángeles. Me mudo a finales del trimestre.

¿Y qué pasa con Princeton?

Es una estancia docente. En la Universidad de California en Irvine. El plan es volver. Beth y yo no queremos... Me refiero a que esperamos que no sea algo permanente. Ahora que tenemos a Dustin en Occidental, estará bien estar cerca de él.

Es verdad, él ahora está en Los Ángeles.

Eres la primera persona a la que le cuento esto, aparte de algún colega de trabajo.

¿Y por qué yo?

Porque eres mi amiga.

Sí.

Estoy deseando conocer a Thomas en Chicago.

Iba a decírtelo, esa semana tiene un retiro de empresa en las Islas Turcas y Caicos. A lo mejor lo acompaño.

No, por favor.

Todos van con sus parejas. Partidos de golf. Entremeses en yates. Te encantaría.

Entendería que fueras. Pero no lo hagas, por favor.

Todavía no sé qué haré. Tengo entendido que la organización te mete en la lista negra durante tres años si cancelas, así que no...

Maggie. Te he mentido. No he podido escribir nada desde que dejamos de hablar.

...

Ni un puto poema. Tengo la sensación de que la poesía en mí ha muerto. A mí me ha pasado lo mismo.

Ven a Chicago.

Me lo pensaré.

Quiero contarte más.

No lo hagas.

Llega la lluvia. Como llega cada tarde en esta época del año. Tormentas furiosas que acaban tan repentinamente como estallaron. La inmensa acumulación de nubes detrás de los bloques de apartamentos y hoteles a lo largo del litoral, articulación de azul y verde atenuándose en gris. Las familias se juntan, recogen sus cosas y desaparecen; unos muchachos sudorosos en camisa con cuello apilan sombrillas y sillas en la parte trasera de los jeeps. Las persianas bajan en los chiringuitos a pie de playa, el viento cimbre las palmeras y agita los emparrados con sus frutos exagerados, los primeros goterones puntean la arena. Una hora más tarde la lluvia habrá cesado, el sol se pondrá en el agua, un fulgor amarillo anaranjado en el horizonte dará paso al lavanda del crepúsculo.

Thomas y Maggie vuelven al hotel en el carrito de golf. El viento se levanta; unos pájaros blancos aletean por encima del manglar; debajo de la pasarela de tablas, en el estuario, bancos de pececillos plateados se desperdigán por la superficie del agua igual que puñados de arroz. El día anterior, mientras corría por la playa, Maggie vio una marsopa que salía a la superficie y volvía a sumergirse, trazando una línea festoneada en paralelo a su propio camino. A la vuelta, cruzando el puente, se detuvo junto a un grupo de turistas que hacían fotos a un manatí en el estuario, con la bajamar. Juntos lo vieron volver al mar rodando, amorfo.

Desde la habitación en la decimoctava planta, Thomas y Maggie contemplan la tormenta, la lluvia que parece quedar suspendida en el aire igual que una estática densa, oscureciendo como si fuese humo el bloque de apartamentos de enfrente, pintado de color mantequilla y con unos balcones de barandillas blancas amontonados unos encima de otros. El aparcamiento de ese edificio siempre está vacío, de noche las ventanas no se iluminan. (Aquí no vive nadie en verano, les cuenta una pareja que conocen. Y tampoco nadie es de aquí. Es un sitio al que se llega.)

Los dos están desnudos, los bañadores mojados amontonados en el suelo. Ella se tumba en la otomana delante del espejo, se mira tocarse sus

propios pechos. Thomas, encima de ella, la besa por todas partes. Dos mojitos y un ron cola en su sistema. Vuelve la cabeza para mirar afuera, el sol empieza ya a iluminar las nubes. Una calidez correteiza contra su piel. Maravilloso, sentir esto otra vez con su marido...

Sabes a sal

Tú también

Tu piel todavía no me puedo creer lo suave

Y si me... Quiero que...

Lo aprieta contra ella, se arquea para que entre, maravilloso

Espera, que te doy el regalo.

Thomas va hacia el armario y vuelve con una bolsa de tela con cordones.

Dime que no es lo que creo que es, dice ella.

No. No exactamente.

Se incorpora. Dentro de la bolsa hay un artilugio plateado, largo y liso.

¡Bodas de plata!, dice él.

Maggie se pone de pie, deja el artilugio encima de la otomana y empieza a vestirse.

Venga ya, Mags, dice Thomas. Un poquito de diversión. Y no es el único...

Ella se pone la ropa interior, unas bermudas, una camisola.

Estás así por el poeta, a que sí, dice. Ese con el que te escribías.

Todo se inclina hacia un lado. ¿Dónde estaban los zapatos?

Estoy así por mí, dice ella, cogiendo una llave de la habitación y — todavía descalza— saliendo.

En un teléfono del pasillo marca el número de móvil de James. Cuelga.

Marca otra vez, deja que suene dos veces. Vuelve a colgar.

Sale. Escaleras de mármol, bar con tejado de paja, piscinas, cascadas. Un tobogán acuático infantil oscurecido por palmeras y flores selváticas en violenta floración. La tormenta ha amainado, los pájaros montan un escándalo, sube vapor de la plataforma húmeda de la piscina. En la zona donde no cubre, un niño la mira. Sus brazos, recubiertos con unos manguitos, flotan en la superficie del agua. El padre mira para ver qué ha atraído la atención del niño.

Qué verán, se pregunta Maggie. Qué verá cualquiera. No lo que veían antes. James fue el último.

Se ha convertido en el tópico de todos los libros. Se confesará a Thomas.

¿Qué crees que pasará si confiesas?

Que perderé a Thomas y a los niños. Toda esta historia, borrada de un plumazo.

¿Sientes que tienes a Thomas?

Una versión de él. La versión que no sabe lo que he hecho. La versión que no sabe que todos los días pienso en coger un avión a California.

Podrías decir lo mismo acerca de perder a Thomas, aunque te quedas. Al final, todo lo que conoces —hogar, familia, iglesia, sustento, tu propio cuerpo— te traicionará. Muerte de los seres queridos, abandono por parte de los hijos, de los nietos; la apatía gradual de las amistades, la caída de la rectitud moral del clero y los líderes políticos. Fracasos de profesionales médicos. No te quedará nada salvo tu propia mente, y eso si tienes suerte.

¿Suerte? Mi mente es un infierno. Reproduce, en un bucle infinito, una sola noche en Chicago, y luego se castiga por hacerlo.

La práctica de la meditación es crucial. Las religiones orientales comprenden la importancia de entrenar la mente. En tu caso, puedes pensar en ella como tu propio pastor. En cierto sentido, debes predicarte a ti misma.

Yo creía que el objetivo de la meditación era vaciar la mente. Observar pensamientos que atraviesan el cerebro como quien observa el movimiento de las nubes.

Pero ¿acaso vaciar no implica —de hecho, requiere— la eliminación, en primer lugar, de lo que llena el recipiente? Es la articulación de

pensamientos lo que en realidad los vuelve observables como algo independiente del yo.

Si los articulara, sonaría a blasfemia. Seguramente diría cosas heréticas sobre la naturaleza del deseo erótico. Podría no creer en las cosas que digo. Las diría de todos modos. Para ver lo que digo, con el fin de saber lo que pienso, con el fin de observar. Puede que incluso de tomar distancia.

Pues dilo.

Tengo miedo de dejar una mancha de tinta gigantesca en la historia de la cristiandad.

¿Cómo vas a saberlo si no lo intentas?

Sermón del fuego

Hermanos y hermanas: una letanía, una confesión, una propuesta.

Dónde empezó el deseo: en tercero, mi amiga de pelo negro, Anika, cuyo hermano mayor era un genio al que sus padres le permitieron transformar su cuarto en laboratorio químico y la casa del árbol en el lugar donde dormía por las noches. Anika y yo no teníamos permiso para entrar en la casa del árbol, pero subimos de todos modos, levantamos el colchón inflable y encontramos las revistas que nos mostraron a nuestro yo del futuro: cómo algún día los pechos nos cubrirían las costillas, lo que nos haría un hombre, o dos hombres, o una mujer con varios hombres. ¡Un mundo de posibilidades! Los dedos de Anika temblaban al pasar las páginas, y algo en su forma —uñas tan mordidas que se veía la piel hinchada por debajo— aflojó un espacio detrás de mi ombligo. Me gustó esa sensación. Como una caída cuesta abajo montada en el asiento de atrás. Otros días veía sus dedos haciendo otras cosas —mover fichas de damas, partir galletas saladas, vestir Barbies—, pero cuando le dije *Tus manos me meten un temblor en el estómago* soltó el papel que estaba doblando para fabricar un comecocos de colores y enlazó los dedos. *Qué raro*, dijo. *No me las mires más*. Quinto curso, Karen, pelo rubio graso y una manera de hacer las cosas en legato: correr, caminar, hablar, incluso parpadeaba a cámara lenta. Sus pechos fueron los primeros de la clase en formar unos picos triangulares bajo las camisetas, hasta que un día los triángulos se convirtieron en semicírculos. En el baño de chicas se levantó la ropa: blanco, blanco, y, en medio, tres florecillas con el centro de colores: rosa palo, azul cielo, verde menta. La emoción de encontrar huevos de Pascua encajados en la raíz de un árbol. En una fiesta de pijamas le pregunté si podía probarme su sujetador. *Solo si tú me dejas probarme el retenedor*, me dijo. Hicimos el intercambio, yo imaginé sus pechos unidos a mi torso y mi saliva en su boca, aunque ella lavó el retenedor con agua caliente y jabón antes de ajustárselo en el paladar. Laura, a la que

todos llamaban La Reina, metro ochenta con dieciséis años, tan tímida que se metía bajo las mantas para cambiarse a la hora de dormir, hasta la noche que no lo hizo y se quedó de pie junto a su cama, yo sentada en su gemela, ya en camisón —filas de caballos de plástico encabritados con diminutas riendas de piel componían nuestro público—, se quedó en bragas y sujetador, mirándome, y luego se desabrochó. Fue como una película a cámara rápida de una fruta madurando en su rama. ¿Cómo podía contener eso, tanto, un cuerpo tan flaco? Lo que ocurrió dentro de mí en aquel momento me obligó a zambullirme bajo mi edredón. No podía respirar. Cuando salí, ella estaba en bata, sentada en la cama, cepillándose el pelo. *¿Lo hacemos?*, preguntó, refiriéndose a cepillárnoslo mutuamente, algo que llevábamos años haciendo en las fiestas de pijamas. *Esta noche no*, dije, pero ya no hubo más noches, dejé de dormir en su casa ese verano, y al año siguiente, cuando yo tenía novio y ella me mandó una carta, escrita a mano en la hoja de un cuaderno, en la que me decía que a veces me echaba tanto de menos que se planteaba acabar con su vida, yo ya me había distanciado tanto que había olvidado lo que verla —lo que mirarla— me había provocado.

Fue una transferencia fácil, pasar de las mujeres a los hombres: el chico que me hizo un chupetón en el cuello hasta que le pedí que parara, y luego, cuando paró, le supliqué que siguiera; el chico con acné que fue contando por ahí que se había acostado conmigo cuando en realidad ni nos habíamos besado; el chico que cortó conmigo porque —decía— si seguía saliendo con él perdería la virginidad; el chico epiléptico que me tocó las tetas por encima de la ropa y lloró cuando lo rechazaron en Yale, él que estaba convencido de que su minusvalía le daría ventaja; el chico que me enseñó a comerle la oreja, a lamer el lóbulo y agarrarlo —agarrarlo— y con la lengua hacer temblar la piel contra el cielo de la boca, me enseñaba a hacer otra cosa, aunque no me di cuenta; y el chico que me dijo que la Biblia era un disparate y que lo que tenía que hacer era ignorar todo lo que las Escrituras y mis padres y mi iglesia me habían inculcado y acostarme con él, algo que yo me negué a hacer con todos ellos hasta la universidad, cuando dejé de negarme y lo hice con Thomas, con quien luego me casé. Uno y no más. Cerrada la puerta a la posibilidad de otro amor, o de otra clase de amor.

Pero lo que quiero contaros ahora, Hermanos y Hermanas, lo que descubro veinticinco años más tarde: la amiga india del posgrado, poeta, que volvió de un viaje a Delhi y me habló de un masaje: *La masajista no se detuvo cuando llegó a los pechos —en la India siempre es así— y yo la dejé hacer, no pude evitarlo, me dio mucho mucho gusto, joder.* Los hombres no le provocaban semejantes sensaciones, con los hombres era un chasco, no sabía alcanzar el orgasmo con ellos; y un chasco también para su familia debido a su incapacidad para disfrutar con los hombres, y tal vez yo pudiera ayudarla, en vista de que estaba casada. *Creo que me harías mucho bien, podrías enseñarme cosas, enseñarme a disfrutar con un hombre.* Me sentó en su regazo, en su habitación de la residencia, me metió la mano debajo de la camisa y pasó los dedos por la copa de mi sujetador; y aunque ese mismo día, mientras paseábamos, me había fijado, con un suave latido en las ingles, en el marcado bamboleo de sus pechos bajo la túnica, cuando me sentó en sus rodillas y me metió la mano bajo la camisa no sentí ninguna excitación, solo miedo. Asco, incluso. *Estamos liadas,* les dijo a nuestros amigos aquella misma noche, en un tono coqueto que nunca antes le había oído emplear. *De eso, nada,* dije yo. Y me dejó en paz. Pasada una semana me senté a su lado en la biblioteca e hicimos las paces. Me enseñó a escribir mi nombre en hindi. Estaba leyendo un poema del sexto Dalái Lama —*Se llama Las alas de la... grulla, dijo, o tal vez pelícano—* y declamó unos versos en voz alta, primero en hindi y luego en inglés, traduciendo despacio: *En la cima de cierta montaña, la luna se alza al este igual que el sol. Cuando sale por ahí, cuando lo propio de la noche llega del lado de la mañana —no, es mejor del día—, del lado del día, yo me acuerdo del rostro de quien llevo cerca del corazón.* Yo observaba su mano moviéndose por la página, pensaba en la mente que había bajo su cuerpo, y cuando me miró me fijé en el modo en que sus labios se curvaban hacia arriba y hacia fuera, y en las manchas oscuras bajo los ojos, y pensé que sus lecturas poéticas eran encantamientos religiosos, puro sonido y ritmo, y que se había cortado el pelo porque decía que los hombres la consideraban guapa y ella no podía darles lo que querían.

Podría besarte ahora mismo, dije.

Nuestro momento ya pasó, dijo.

Más: la realizadora de documentales con el pelo rapado y el aro en la nariz que sería una belleza clásica, pensé, si se dejara crecer la melena; la camarera adicta a los tatuajes que tenía un pendiente en la lengua; la monitora de yoga cuya ayuda para hacer la postura de la paloma implicaba que me frotara la cara interna de los muslos y los separase en direcciones distintas, como si pudiera partirme en dos. Y M., el profesor de Santo Tomás, que tras una larga carrera me propuso desnudarnos y nadar en un estanque recóndito. *Nunca lo he hecho*, dije, y él dijo: *El qué*, y yo dije: *Bañarme desnuda*. Él se desvistió y se metió en el agua. Yo hice lo mismo. El agua estaba helada, pero nos daba igual. Salió y lo vi trepar a la orilla, agarrar la tirolina y tirarse otra vez. Nos fuimos turnando, llegando un poco más lejos cada vez, trepar a la orilla, agarrar la tirolina, encaramarse, recoger las piernas, deslizarse, soltarse. Antes de vestiros nos tumbamos bocarriba en un sitio donde daba el sol, sobre la hierba hirsuta, y le dije, sin volver la cabeza para mirarlo, que era muy guapo. Tenía la sensación de que había que decir algo así, y como yo era la mayor de los dos por un año, me pareció que me correspondía a mí. *Yo opino lo mismo de ti*, dijo.

Supliqué perdón, después. Recé para que mi corazón y mi cuerpo se concentraran en Thomas, siempre y en exclusiva. Recé los salmos: *Purifícame con hisopo, limpia este sepulcro blanqueado, esta tumba pintada, crea en mí un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí*. Recé la oración budista: *Libérame de máculas y de aferrarme nunca más*. Recé a Dios, como San Agustín enredado en sus bellezas externas, para que me arrancara de ellas, como un ascua del fuego. *Tú me arrancas Oh Señor*.

Pero Hermanos, Hermanas: ¿Y si no es esa la oración adecuada? ¿Y si la oración adecuada es *Déjame arder, pero camina a mi lado entre las llamas*? Recordemos a los israelitas vagando por el desierto del Sinaí, guiados por una columna de fuego. Recordemos los tres hombres arrojados al horno de fuego ardiente, al cuarto que aparecía entre ellos, con apariencia de ser un hijo de los dioses, y cómo los hombres salieron indemnes. Recordemos a Moisés en el desierto: *Quita el calzado de tus pies*, Dios hablando desde el interior de un fuego que no se consumía.

Escuchad: en frescos y mosaicos de la transfiguración, Jesucristo se encuentra en la boca de una mandorla azul. Esto lo leí en un libro sobre el

color azul. Según la autora, la mandorla es una imagen con forma de almendra que en tiempos paganos simbolizaba tanto a Venus como una vulva. *Ignoro el porqué de ese coño azul*, escribe la autora, *pero tengo la sensación de que el color es el más apropiado.*

A mí lo que me parece apropiado es la forma. Cristo rodeado por la carne de una mujer. *Para conocerme, tenéis que conocer esto: el placer, y el dolor, de la Encarnación.* La Trinidad contenida en una vulva con forma de almendra, Eros necesario para acceder a lo Divino. Sin embargo, ¿cómo vamos a descubrir el Eros, o contenerlo en nuestros cuerpos físicos, si nos mantenemos dentro de los límites del matrimonio monógamo, donde el deseo erótico acaba muriendo? «Se nos concede el amor romántico con su recompensa y vida media de dos años», escribe Jack Gilbert. Luego, empezamos a anhelar lo que está prohibido. Otros hombres, otras mujeres. Esta es la condición desesperada en la que nacemos y el hecho central —el pecado original— sobre el que se construye nuestra fe.

Pero ¿y si (Hermanos, Hermanas, sed pacientes conmigo) se nos impuso la institución del matrimonio como deliberado caldo de cultivo para el deseo ilícito? ¿Y si Dios, en su Divina sabiduría —infinita, inescrutable— ordenó el matrimonio no fundamentalmente para la reproducción de la especie, no para asegurar la estabilidad cultural y económica de las sociedades en que prosperó, sino para ponernos en una situación en que se desarrollara el deseo erótico?

Oíd: sin las prohibiciones en contra de la fornicación y la infidelidad, nos saciaríamos, una vez y otra más, siempre en busca del siguiente objeto en que realizarnos, satisfaceríamos nuestros anhelos hasta que no nos quedara nada más que anhelar, y esa capacidad se agotara.

(Exacto, diréis. El nirvana, diréis.)

Al margen de la Ley todos somos adictos.

Al margen de la Ley no hay Eros.

Pero si obedecemos la Ley —fieles dentro de ella— aprendemos a anhelar intensamente. Y el anhelo insatisfecho eleva la mirada. De la carne al espíritu, de lo material a lo inmaterial. Amor prohibido como tutelaje. Como si Dios quisiera que lo experimentásemos, como si lo exigiera, con el fin de llegar hasta nosotros. *Con esta dosis de deseo, con esta especie de abandono*

temerario, me buscarás. Yo soy el único final para el que fuiste creado, tu alimento, tu sustento y satisfacción, el combustible con el que funciona la máquina humana, el hogar y la tierra lejana que has olvidado.

Sé lo que estáis pensando. Reincidencia. Lapsarianismo. ¿Para pedirle a Dios, en las plegarias, que se nos permita permanecer en un estado de lujuria? ¡Conformista, encasillado por la cultura! Hablaréis del sacramento del matrimonio, de conservar la pureza del lecho conyugal, *por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne, lo que Dios ha unido etcétera, etcétera.*

Diréis que estoy perdonando el pecado. Levantando un andamio intelectual para justificar algo a lo que deberíamos renunciar. Pero solo estoy diciendo lo que ya dijera C. S. Lewis: uno puede renunciar a los aspectos nocivos de un amor concreto sin despreciar el amor en sí mismo.

Me he pasado la vida entera renunciando, Hermanos y Hermanas. Vosotros, nosotros, una vida entera de renuncia, y si me tacharais de aberrante, de que mis palabras evidencian una mente enferma habitante de un planeta moribundo, yo os diría que aquí hay indicios de inmortalidad, que aquí hay recordatorios de la gloria de la que procedemos, de los seres unificados que volveremos a ser. El gesto de acercamiento al hogar de un planeta moribundo.

Así pues, dejadme arder.

Cuando vuelve a la habitación, Thomas está sentado en la cama. Lleva pantalones de vestir y camisa, el pelo húmedo y cepillado. Va de punta en blanco, como si se hubiera arreglado para ir a la iglesia, con el rubor de las quemaduras del sol en las mejillas.

Déjame hablar a mí primero, dice cuando ella entra.

Tengo que contarte una cosa...

No, necesito sacarme esto de dentro. Yo te llevé a lo que sea que haya habido entre vosotros.

Y ahora está de rodillas, abrazándole los muslos, la cabeza apoyada en su vientre.

Levántate, dice Maggie. Necesito mirarte a los ojos para decirte esto.

Thomas se pone de pie.

Me enamoré de él, dice Maggie. De James Abbott.

Ya lo sé, dice Thomas. Bueno, lo sospechaba.

Cortamos por lo sano en Chicago. Hace más de un año que no hablamos.

Eso también me lo imaginaba. Estabas diferente cuando volviste.

¿Por qué no me dijiste nada?

Me preocupaba que me mintieras. Me preocupaba ahuyentarte si te preguntaba por el tema. Me preocupaba que me abandonaras. Al final decidí dejarlo en tus manos.

Se separó de su mujer antes de lo de Chicago, dice Maggie.

Thomas da un paso atrás.

¿Él estaba enamorado de ti?

Eso no lo sé.

¿Y tú sigues enamorada de él?

No lo sé.

Pero no te acostaste con él, ¿no?, dice.

Y ella está a punto de decirlo, está extrayendo las palabras del fondo de la garganta: *Sí, me acosté con él, follé me follaron hice el amor me hizo el*

amor y fue lo mejor que me ha pasado en la vida lo mejor lo mejor, pero
Thomas agita la mano en el aire como si apartara una voluta de humo.

No contestes. Soy un capullo. Tú siempre me has querido mejor que nadie, y yo no he hecho más que cagarla. Ven. No has visto el regalo de verdad.

Le ofrece la bolsa de cordones. En el fondo hay una pulserita de plata, unos eslabones increíblemente finos con un diamante tallado en el cierre.

Es preciosa, dice Maggie.

Me siento ridículo dándotela ahora, dice Thomas.

No me acosté con él, dice Maggie. No llegamos a tocarnos.

Gracias a Dios, dice Thomas, dejándose caer hacia atrás en la cama.

Eres el mejor, dice ella, sentándose a su lado en el colchón.

Thomas le pone una mano en la parte baja de la espalda.

¿Podrás perdonarme?, pregunta.

Conque ¿aquí es donde vas a aterrizar? ¿James como cebo hacia la eternidad?

Debo aterrizar ahí. El fin de esta historia depende de ello.

Puedes tener el fin que más te guste. Sigues metida de lleno.

Elija el fin que elija, todos acaban en pérdida. El único fin que merece la pena perseguir es Dios.

¿Y qué pasa si te equivocas? ¿Qué pasa si en todos estos años «Dios» solo ha sido un hermoso y aterrador cuento de hadas? ¿Qué pasa si a fin de cuentas la teología no es más que poesía?

Entonces piensa en *Moby Dick*. «La blancura de la ballena», el lockeano sentido final del capítulo: el color como cualidad secundaria, creado por la propia percepción y la refracción de la luz. Elimina la patraña del color y el universo paralizado queda tendido ante nosotros como un leproso. Transfiere esta idea al amor, a James. Si pudiera verlo correctamente, solo habría un vacío. La propia luz sería el único elemento real que perseguir.

Te olvidas de la conclusión de Ismael: dado que la luz no es color en sí misma, y sin embargo físicamente comprende todos los colores del espectro, es un símbolo válido para un mundo sin dios en el que todas las cosas materiales se combinan para formar un necio vacío. En otras palabras: la luz es la iluminación del ateísmo.

Yo no soy Ismael. ¿De parte de quién estás tú, a todo esto?

Yo no estoy de parte de nadie.

¿Quién eres?

La voz de alguien detrás de ti, que te dice: Este es el camino, avanza por él.

Pero soy yo quien va a decirte a ti cómo acaba esto.

No puedes saber cómo se desarrollará el futuro.

Bueno. Pues cómo quiero que acabe.

Habrá nietos. Viajes a Europa, un crucero por Alaska con paseos en helicóptero por los glaciares mermados. Funerales de los padres, ambos jubilados y aún afincados en Phoenix, fallecidos con seis meses de diferencia, cáncer. (*Qué orgullosos nos has hecho sentir siempre*, las últimas palabras de su madre, por teléfono.) Una mudanza a una casita en Monteagle Mountain, no muy lejos de Nashville, la tranquila facultad donde Maggie da clases y en la que se jubilará.

La casita estará junto a un estanque con un sendero en su perímetro. Aquí será donde empezarán a esperar. El obsequio, el desecho, reservar para parientes, la criba gradual de objetos. No conservará más joyas que la alianza y el anillo de compromiso. Thomas conservará postales escritas a mano por Kate y Tommy, unas cuantas fotografías que guardaron y enmarcaron. A veces, cuando esté sola, Maggie pondrá los marcos bocabajo y ensayará imaginando muertas a todas las personas que ama. Puede que no sea tan complicado dejar atrás una vida, pensará. La vida que una vivió realmente, los momentos consumados, los que ha permitido florecer dentro del cuerpo, se deslizan en la memoria y se desvanecen en el olvido.

Es la vida no vivida la que acabas conservando, pensará Maggie. La vida secreta. *Debería haber durado la familia. Deberían haber sido mi hermana y mi madre campesina. Pero no ha sido así. Ellas fueron el afecto, no el viaje.*

Leerá el *New York Times*, que todavía se publica. Una semana verá, en la primera página de la sección de cultura, que James ha publicado sus memorias. Sentimentales, dirá la reseña. Una mancha en una obra por lo demás impecable.

Nunca leerá esas memorias. Puede que aparezca en ellas, o puede que no, sea como sea, no podría soportarlo.

James morirá al año siguiente. Un coágulo. Ella tiene setenta y cuatro años. Ellos. Nunca imaginó que lo sobreviviría. Comprará su *Poesía reunida* y la guardará, sin abrir, en una estantería. En otros tiempos pensó que habría

una carta, confiada a alguien para que le llegase después de su muerte, una última declaración, una despedida reconociendo la huella de la experiencia que compartieron en su vida. Pasarán los meses, un año, y no habrá nada.

Aun así, se sorprenderá pensando —fugazmente— en su torso curvándose sobre su espalda. En el coche, conduciendo, la pillará desprevenida el recuerdo de ese momento de aquiescencia. Piernas abiertas, gemido de un instante. Algo que nunca más experimentará, ahora está resignada. Allí permanece, en su pasado: la brecha en la armonía de las cosas, melodía única separada en dos, antifonal. Su vida después de Chicago se convirtió en un movimiento a través de la mitad de dos canciones opuestas, afinando el oído en busca de momentos de unión: como cuando estaba bocarriba en la otomana en Naples, la boca de Thomas en sus muslos, recordando la primera vez en su habitación de la residencia; su pasado en común, puro (fue puro, pensará; qué desastre, tanta culpa), fundiéndose con el momento presente en la otomana, y con el recuerdo de James en la habitación del Hyatt, mostrándole lo que podía hacer simultáneamente con la nariz, con la lengua y con los dedos.

Solo soñará con él una vez. Los dos caminando juntos en la oscuridad. Ella no ve nada, solo percibe su presencia a su lado. Él tiene prisa, está a punto de dar una lectura importante —un poema en prosa sobre un escándalo empresarial—, pero hay tiempo suficiente para que, antes de irse, se detenga y la atraiga hacia él. Ella gime, se oye emitiendo el sonido que hizo cuando él la besó en el aeropuerto de Chicago. El sonido del agua sobre las rocas, la agonía de la erosión; no el hecho del desgaste, sino el tiempo que requerirá.

Desgástame, pero hazlo rápido esta vez, pensará.

Él se aparta, y en la repentina ampliación de los paisajes oníricos, Maggie ve que todo ese tiempo han estado en un sendero al pie de unas colinas himalayas. Han llegado a un campamento de refugiados tibetanos, hay monjes jugando a un juego parecido al fútbol con lata, se levantan los faldones de las túnicas mientras unas banderolas de oración ondean sobre sus cabezas. Un lugar que ella visitó, o quizá solo se propuso visitar, en otra vida.

Tengo que irme, dice James.

¿Cuándo volveré a verte?, pregunta ella.

Un silencio deliberado y un entornar de ojos que significa: Nunca. Ella da media vuelta y remonta el sendero. Más adelante, junto a una cascada, una mujer apergaminada la llama con un gesto, repitiendo una palabra en lengua lepcha: *Hija*.

Llegar hasta ella, pensará Maggie. Si consigo llegar hasta ella.

Llévenos al Hyatt.

A las tres de la mañana caímos en la cuenta del hambre que teníamos. Llamamos al servicio de habitaciones y pedimos que lo dejaran en la puerta, y luego bajamos las escaleras y entramos en una sala de baile a oscuras donde antes yo había vislumbrado un piano de cola de concierto. Yo llevaba su camisa y mi falda lápiz. James no llevaba nada más que un albornoz. Se tumbó debajo del piano mientras yo tocaba la giga.

Dios, cómo me gusta esta pieza, dijo.

Yo dejé de tocar.

Tengo que confesarte una cosa, dije. Cuando me dijiste que era tu preferida y te respondí que yo la tocaba... era mentira. Nunca la había oído. Compré la partitura y ensayé durante horas para poder grabártela.

Ven aquí, dijo.

Me quité la ropa. Me deslicé debajo del piano, le desaté el albornoz, me senté encima y empecé a moverme. Sus manos en mis caderas, mi cabeza rozando el acanalado de la parte inferior del piano.

Cuidado, dijo.

Cómo es posible, dije, haciendo una pausa; y luego: cómo es posible, moviéndome de nuevo.

Si pudiéramos quedarnos con esto, dijo. Si pudiéramos salir de aquí juntos y fusionar nuestras vidas sin efectos colaterales.

Nos transformaríamos en la misma persona, dije.

Cariño, me dijo, juntando mi frente con la suya. Ya lo somos.

De camino al aeropuerto nos bebimos los cafés sin hablar. Yo terminé el mío, estrujé el vaso, lo tiré por la ventanilla, y luego —temeraria— me eché sobre el regazo de James. Detrás de mi oreja, sus dedos enroscaban, desenroscaban y volvían a enroscar un mechón suelto de mi pelo. Le dijimos al conductor que nos dejara en terminales distintas.

¿Conoces ese poema de Linda Gregg, dije, ese en el que ella y su amante se despiden en la estación de trenes?

«Pidiendo indicaciones», dijo James.

Ese. Estaba pensando en cuando ella mira por la ventanilla y él la está mirando, el verso en el que dice que se llevará esa mirada al futuro...

¿Ese momento es lo que conservaré como prueba de que me quisiste para siempre?

Sí.

Maggie. Solo te lo voy a preguntar una vez.

No. Terminaríamos aborreciéndonos.

Ya lo sé.

Pues entonces ya está.

Nunca se lo contaremos a nadie.

Nunca.

No nos escribiremos ni llamaremos.

Lo sé.

Llegamos a la terminal, cogí mi mochila, me eché el bolso al hombro. No había nada más que decir. Saqué la maleta del maletero. James se plantó en la acera.

¿Se baja aquí al final?, preguntó el taxista a James a través de la ventanilla.

Yo voy a la tres, dijo James. Un segundo.

Tengo la sensación de que debería decir algo trascendente, dije.

James se quitó las gafas y se palpó el bolsillo de la camisa. Se tocó los pantalones.

Le ofrecí su pañuelo.

Lo he cogido yo, dije. En el hotel. Una prueba.

Él introdujo de nuevo el pañuelo en mi bolso y me agarró por los brazos.

Ahora voy a besarte, dijo.

En la cola del control de seguridad sentí que tenía que pasarme algo. Que debía ser descubierta, expuesta como portadora de alguna evidencia: un fragmento de hueso conservado, una cápsula cosida en un forro. El policía

hizo una marca en mi tarjeta de embarque con un rotulador fluorescente. Yo bajé las cremalleras de los botines de ante y los coloqué en una bandeja. Me quité el abrigo, desenrollé la bufanda y pasé por el escáner. Borrada, borrosa, emborronada de agotamiento. Una campana sonó en alguna parte. ¿Qué día era? Domingo. Dios.

Dios. Que ni dormita ni duerme, que no mira como mira un hombre, que ve los virajes más inconfesables del corazón vacilante: Nunca me quisiste como me quisiste anoche. Como me quieres ahora.

¿Y si un día te despertaras con el hallazgo de que el cadáver de Cristo ha sido definitivamente identificado? ¿O de que se ha elaborado un estudio científico, irrefutable y sin fisuras, para desmentir la existencia de Dios, y que el estudio demuestra —más allá de toda duda— que no existe? ¿Qué sentirías?

Desesperación.

¿Puedo entonar un canto acerca de lo que espera en el extremo más alejado de la fidelidad? ¿El amplio vaivén de la puerta, el cielo abriéndose?

A veces los veo caminando por el sendero que rodea el pequeño estanque de Monteagle. Me dan la espalda, cogidos de la mano. Él va encorvado, con una mata de pelo blanco azulado, liso; ella camina erguida, todavía ágil, el pelo largo de acero quebradizo. Se resiste a llevarlo corto, como las mujeres de su edad. Él es el dulce, ella la luchadora. Lo que les hizo daño en la vida, después de la aventura de ella —la volubilidad, cólera fácil, los tirones violentos y alarmantes hacia cuerpos aleatorios, pechos llenos bajo una camisa holgada, vello atisbado por encima de un ombligo, contorno de pectorales; incluso, en plena conversación con una amiga, la hinchazón de los labios al pronunciar ciertas palabras; cómo se acercaba al fuego y se retiraba, crucificar los repentinos arranques de lujuria por algo o alguien más, contener, contener, y luego dar lo que quedaba a su marido (aunque muchos días era solo ella, a solas en el lecho conyugal, a veces cuatro, cinco, seis veces seguidas)—, esa pasión es lo que ahora la salva a ella, y a él también. Lucha contra lo que obra el tiempo con su capacidad para habitar el presente, rabia por contener cada día dentro del marco de las dichas pasadas, por obligar a sus recuerdos a entrar en escena y transformar el momento. *Recuerda los paseos que dábamos en el antiguo barrio*, le dirá el marido, *a los niños corriendo por delante de nosotros, recuerda cómo les escondíamos juguetitos de plástico en la pared de roca*; pero la esposa se negará a caer en la nostalgia, lo sacará a la calle, cuando recupere las fuerzas, para oír el sonido metálico de la lluvia sobre las hojas del magnolio. Los días en que él está más débil, ella lo instala al lado del fregadero para que oiga los ruidos que hace la gata al lamer el agua que cae del grifo —tragos delicados y entrecortados— y el murmullo de avioneta del calefactor por las mañanas, y él le hablará, otra vez, de cuando los niños se colocaban en torno al radiador: *Lo llamaban Hot Peter*, y la mesa redonda ligeramente pegajosa donde han desayunado y hecho la sobremesa durante cincuenta y tres años, donde han

jugado al Monopoly y al veintiuno con los niños (con dinero cuando eran adolescentes, siempre riendo al final) y de donde ella había limpiado pegotes verdes de snacks de fruta (experimento de ciencias, microondas); ella lucha por abarcarlo todo, no como recuerdo, sino como algo aún vivo. Para cristalizar cada escena del pasado en un objeto que puedan sostener, ahora, los dos juntos.

Su mente lo traiciona. Dice *taza* en vez de *vaso*, *secadora* en vez de *maquinilla*. Ella cocina con especias que nunca ha usado, cambia los ambientadores. El estancamiento, piensa, es el enemigo. El estancamiento es el principio del fin. Hace ejercicio con un entrenador. Engañamos a los músculos, le dice el entrenador, nunca hay que darles el mismo ejercicio dos veces; y eso mismo es lo que trata de hacer ella con los sentidos menguantes de su marido: cambiarle el champú, comprar sábanas nuevas, pintar los baños.

Le pone la comida delante. No puede obligarlo a comer.

Están rodeando el estanque, un poco más despacio con cada vuelta. Ella arrastra los pies, él tropieza. Pierde un zapato y mira en derredor con la boca abierta, la pechera un triángulo de sudor. Ella lo ayuda a sentarse en la hierba debajo de un arce, recoge el mocasín y lo desliza por el pie enfundado en una media.

Se sienta a su lado. Están callados. De vez en cuando él se abanica la cara, y la de ella, con la palma de la mano.

Al final de todas las cosas, cuando venga el Amor y me pregunte lo que sé, los señalaré, allí, sentados a la sombra. Y diré: Ese hombre. Esa mujer.

Agradecimientos

A mi editora, Elisabeth Schmitz, y a mi agente, Anna Stein: gracias por tener fe en mi trabajo y por darme, siempre, el espacio y la libertad para asumir riesgos. Gracias constantes a mi familia de Grove Atlantic: Katie Raissian, Morgan Entekin, Judy Hottensen, Deb Seager, John Mark Boling y Gretchen Mergenthaler. Por llevar *El sermón del fuego* a públicos extranjeros, y por sus conocimientos del sector editorial, gracias a Paul Baggaley y a Kish Widyaratna, de Picador, a Janie Yoon y Sarah MacLachlan, de House of Anansi, y a Jessica Nash, de Atlas Contact. Gracias a The MacDowell Colony por concederme una residencia «de emergencia», durante la cual me di cuenta —por fin— de que este libro era lo primero.

Estoy profundamente agradecida a los amigos que leyeron los borradores e hicieron unos comentarios de valor incalculable: Samantha Harvey, Roger Hodge, Elliott Holt, Lisa Brennan-Jobs y John McElwee. Por su ayuda de última hora con hechos y autorizaciones, gracias a Bo Bergman, Tiana Clark y Tim Liu.

Por último, a mi querido esposo y mis hijos: gracias por sacarme de mí misma y recordarme lo que realmente importa.



La expresión «Dios, Dios, desgarbado amigo de mi infancia» es una variación de una frase que aparece en el cuento de John Updike «Wife-wooing». «Los virajes más inconfesables del corazón vacilante» pertenecen al poema «The City Limits», de A. R. Ammons. La frase final de la novela está inspirada en «Looking at Them Asleep», poema de Sharon Olds. También quisiera dar las gracias a John Newton, William Faulkner, Virginia Woolf, C. S. Lewis, Simone Weil, Flannery O'Connor, Thomas Merton, Madeleine L'Engle, James Salter, Lydia Davis, Fanny Howe, Li-Young Lee,

Maggie Nelson y Christian Wiman, cuyos lenguajes e ideas dieron forma e influyeron en la escritura de este libro.

«El amor, como la sexualidad, viene definido por su capacidad para
ensanchar la intimidad de las personas.»

ROWAN WILLIAMS

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que
ha dedicado a la lectura de *El sermón del fuego*.
Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así
ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de
nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en
www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en
www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará
información completa y detallada sobre todas nuestras
publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para
hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Jamie Quatro es una escritora norteamericana. Estudió literatura en el College of William and Mary y en el Bennington College. Su primer libro, el volumen de cuentos *I Want to Show You More* (2013), fue un éxito de crítica y fue finalista de numerosos premios. Ha publicado en medios como *Tin House*, *McSweeney's* y *The New York Times Book Review*, entre otros. *El sermón del fuego* (2018) es su primera novela.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El sermón del fuego*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[Prestigio](#), Rachel Cusk

[Departamento de especulaciones](#), Jenny Offill

[Un debut en la vida](#), Anita Brookner

Libros del Asteroide 

Jamie Quatro
El sermón del fuego

Traducción de Regina López Muñoz

